

A 100 años de la
**REVOLUCIÓN
RUSA**
DEBATES

León Trotsky / Roberto Sáenz / Víctor Artavia
Yessenia Fallas / Roberto Ayala / Heidi Valencia



Editorial Gallo Rojo es un esfuerzo de la corriente internacional Socialismo o Barbarie (SoB) y del Nuevo Partido Socialista (NPS) por darle difusión al marxismo revolucionario, para el estudio de la historia, las obras de los clásicos del marxismo, y la producción de nuestra corriente. Nos planteamos la tarea del relanzamiento del socialismo para el siglo XXI, como alternativa frente a la destrucción y explotación en las que ha sumergido el sistema capitalista al mundo.

Para mas información:
www.socialismo-o-barbarie.org
www.npscostarica.com

A 100 años de la
**REVOLUCIÓN
RUSA**

DEBATES

León Trotsky / Roberto Sáenz / Víctor Artavia
Yessenia Fallas / Roberto Ayala / Heidi Valencia

Edición: Deby Calderón Vega

Diseño de portada y diagramación: Fabiola Cordero Cantillo



ÍNDICE

Presentación	7
I. ¿Qué fué la Revolución Rusa? <i>León Trotsky</i>	11
II. Tres concepciones de la revolución rusa <i>León Trotsky</i>	42
III. A cien años de la Revolución rusa La teoría de la revolución después de la burocratización <i>Roberto Sáenz</i>	64
IV. “El equipo de Stalin”: un enfoque novedoso para validar conclusiones liberales” <i>Víctor Artavia</i>	80
V. La experiencia soviética y el Estado: elementos para una crítica a la Luz de la obra de Itsván Mészáros. <i>Yessenia Fallas Jiménez</i>	100
VI. Crisis civilizatoria y Socialismo <i>Roberto Ayala S</i>	123
VII. Las mujeres a la vanguardia: una mirada a la Revolución Rusa <i>Heidy Valencia Espinoza</i>	156

El tercer libro de la Editorial Gallo Rojo se da en el marco del Centenario de la Revolución Rusa de 1917, lo que motivó los artículos, discusiones y debates que en este se desarrollan. Cuestiones que van desde la comprensión de la revolución, pasando por la burocratización del estado soviético, hasta el papel de las mujeres en la más grande revolución de la historia.

Como marxistas y militantes socialistas queremos “recordar el futuro”. ¿Recordar el futuro? El futuro al que aspiramos sucedió hace 100 años, porque esta revolución nos marcó la posibilidad más grande a la que podemos aspirar como humanidad, construir otro mundo con la clase obrera, los sectores explotados y oprimidos a la cabeza, en la inmensa tarea de construir otra forma de organización y producción social, sobre otro estado, y bajo un funcionamiento infinitamente más democrático que el burgués, la democracia socialista.

El trágico final de la revolución provocó que sectores como la academia, reproduzcan una apatía política y posmoderna, una suerte de pesimismo histórico que planteó el supuesto “fin de la historia” y por lo tanto, de proyectos de emancipación social. Tampoco queremos caer en el optimismo abstracto, ese que no

comprende la importancia de la actividad humana, política y organizada hacia ciertos fines, que elimina la importancia de la organización política y específicamente de la militancia socialista.

Desde el materialismo histórico nos planteamos como optimistas, pero realistas, porque la historia depende de la lucha de clases, de sujetos con intereses y proyectos opuestos y las correlaciones de fuerzas entre sí. Soñamos con un mundo diferente sobre bases socialistas, horizonte que se hizo real en la revolución rusa que hoy nos marca el camino. Pero soñamos siempre con los pies en la tierra, colocando nuestro esfuerzo escrupulosamente para realizar nuestra fantasía, como lo planteara Lenin.

Las discusiones y debates contenidos en los artículos del presente libro, esperamos que contribuyan a motivar a las nuevas generaciones en el estudio, la reflexión, la discusión y la construcción de otro mundo posible: el socialismo. Desde nuestro punto de vista, rememorar la historia tiene por objetivo la comprensión de nuestra realidad, pero al mismo tiempo, y más estratégicamente, el relanzamiento del proyecto socialista en el siglo XXI.

Desde la **Editorial Gallo Rojo y la corriente internacional Socialismo o Barbarie**, agradecemos en la colaboración de los textos a todas las personas docentes y militantes, que muy amablemente hicieron el esfuerzo por plasmar interesantes discusiones acerca de la Revolución Rusa.

Hoy,
como hace 100 años,
es preciso soñar,
siempre a condición de realizar
escrupulosamente nuestra fantasía:
el socialismo.

I

¿Qué fué la Revolución Rusa?

León Trotsky

*Conferencia de Trotsky, por invitación de una Asociación
estudiantes socialdemócratas, en el estadio de Copenhague,
Dinamarca, el 27 de noviembre de 1932.*

Queridos oyentes:

Permítanme, en primer término, expresar mi sincero pesar de no poder hablar en lengua danesa ante un auditorio de Copenhague. No sabemos si los oyentes perderán algo por ello. En lo que concierne al conferenciante, la ignorancia del idioma danés le quita la posibilidad de seguir la vida y la literatura escandinavas directamente, de primera mano y en el original. ¡Y esto es una gran pérdida!

El idioma alemán, al cual estoy obligado a recurrir aquí, es potente y rico; pero “mi lengua alemana” es bastante limitada. Además, cuando se trata de cuestiones complicadas sólo es posible explicarse con la necesaria libertad en la propia lengua. Por lo tanto, pido por adelantado la indulgencia del auditorio.

La primera vez que estuve en Copenhague fue con motivo del Congreso socialista internacional, y guardé siempre los mejores recuerdos de vuestra ciudad. Pero esto se remonta a casi un cuarto de siglo. En el Ore-Sund y en los fiordos, el agua ha cambiado muchas veces. Pero no sólo el agua. La guerra ha quebrado la co-

lumna vertebral del viejo continente europeo. Los ríos y los mares de Europa han transportado con ellos mucha sangre humana. La humanidad, en particular su parte europea, ha pasado por duras pruebas; se ha vuelto más sombría, más brutal. Todas las formas de lucha se han hecho más ásperas. El mundo ha entrado en una época de grandes cambios. Sus exteriorizaciones extremas son la guerra y la revolución.

Antes de pasar al tema de mi conferencia –la Revolución Rusa–, creo un deber expresar mi agradecimiento a los organizadores de este acto, la Asociación de Copenhague de Estudiantes Socialdemócratas. Lo hago en calidad de adversario político. La verdad es que mi conferencia trata sobre cuestiones histórico-científicas y no de tareas políticas. Subrayo esto también desde el principio. Pero es imposible hablar de una revolución de la que ha surgido la República de los Soviets sin plantear una posición política. En mi calidad de conferenciante, mi bandera sigue siendo la misma que aquella bajo la cual participé en los acontecimientos revolucionarios.

Hasta la guerra, el partido bolchevique perteneció a la socialdemocracia internacional. El 4 de agosto de 1914, el voto de la socialdemocracia alemana en favor de los créditos de guerra puso fin, de una vez para siempre, a esta unidad y abrió la era de la lucha incesante e intransigente del bolchevismo contra la socialdemocracia. ¿Significa esto, por tanto, que los organizadores de esta reunión han cometido un error al invitarme como conferenciante? En todo caso, el auditorio estará en condiciones de juzgarlo solamente después de mi conferencia. Para justificar mi aceptación a la amable invitación para hacer una exposición sobre la Revolución Rusa, me permitiré recordar que durante los 35 años de mi vida política, el tema de la Revolución Rusa ha sido el eje práctico y teórico de mis preocupaciones y de mis actos. Quizás esto me de algún derecho a esperar que lograré ayudar no sólo a mis amigos y simpatizantes, sino también a los adversarios –al menos en parte– a comprender mejor diversos rasgos de la revolución que hasta hoy escapaban a su atención. Sin embargo, el objetivo de mi conferencia es ayudar a comprender. No me propongo aquí propagar ni llamar a la revolución, sólo quiero explicarla.

No sé si en el Olimpo escandinavo había también una diosa de la rebelión. Lo dudo. De cualquier modo, no solicitaremos hoy sus favores. Vamos a poner nuestra conferencia bajo el signo de Snotra, la vieja diosa del conocimiento. No obstante el carácter dramático de la revolución como acontecimiento vital, trataremos de estudiarla con la impassibilidad del anatomista. Si el conferenciante a causa de ello resulta más seco, los oyentes, espero, sabrán justificarlo.

Para empezar, fijemos algunos principios sociológicos elementales que son sin duda familiares a todos ustedes; pero que debemos tener presentes al ponernos en contacto, con un fenómeno tan complejo como la revolución.

La sociedad humana es el resultado histórico de la lucha por la existencia y de la seguridad en el mantenimiento de las generaciones. El carácter de la sociedad es determinado por el carácter de su economía; el carácter de su economía es determinado por el de sus medios de producción.

A cada gran época en el desarrollo de las fuerzas productivas corresponde un régimen social definido. Hasta ahora cada régimen social ha asegurado enormes ventajas a la clase dominante.

De lo dicho resulta evidente que los regímenes sociales no son eternos. Nacen históricamente y se convierten en obstáculos al progreso ulterior. “Todo lo que nace es digno de perecer”.

Pero nunca una clase dominante ha depuesto voluntaria y pacíficamente su poder. En las cuestiones de vida y muerte los argumentos fundados en la razón nunca han reemplazado a los argumentos de la fuerza. Esto es triste decirlo; pero es así. No hemos sido nosotros los que hemos hecho este mundo. Sólo podemos tomarlo tal cual es.

La revolución significa un cambio del régimen social. Ella transmite el poder de las manos de una clase que ya está agotada a las manos de otra clase en ascenso. La insurrección constituye el momento más crítico y más agudo en la lucha de dos clases por el poder. La sublevación sólo puede conducir a la victoria real de la revolución y al levantamiento de un nuevo régimen en el caso de que se apoye sobre una clase progresiva capaz de agrupar alrede-

dor suyo a la aplastante mayoría del pueblo.

A diferencia de los procesos de la naturaleza, la revolución es realizada por los hombres y a través de ellos. Pero en la revolución también los hombres actúan bajo la influencia de condiciones sociales que no son libremente elegidas por ellos, sino que son heredadas del pasado y que les señalan imperiosamente el camino. Precisamente por esto, y nada más que por esto, es que la revolución tiene sus propias leyes.

Pero la conciencia humana no refleja pasivamente las condiciones objetivas. Ella tiene el hábito de reaccionar activamente sobre éstas. En ciertos momentos esta reacción adquiere un carácter de masa, crispado, apasionado. Las barreras del derecho y del poder se derrumban. Precisamente, la intervención activa de las masas en los acontecimientos constituye el elemento principal de la revolución.

Y, sin embargo, la actividad más fogosa puede quedar simplemente reducida al nivel de una demostración, de una rebelión, sin elevarse a la altura de la revolución. La sublevación de las masas debe conducir al derribo de la dominación de una clase y al establecimiento de la dominación de otra. Solamente así tendremos una revolución consumada. La sublevación de las masas no es una empresa aislada que se puede desencadenar voluntariamente. Representa un elemento objetivamente condicionado en el desarrollo de la sociedad. Pero las condiciones de la sublevación existentes no deben esperarse pasivamente, con la boca abierta: en los acontecimientos humanos también hay, como dijo Shakespeare, flujos y reflujos: “There is a tide in the affairs of men which taken at the flood, leads on to fortune” [Hay una marea en las cosas humanas que, tomada en la pleamar, lleva a la fortuna. *Julio César*, IV, 2]. Para barrer el régimen que se sobrevive, la clase progresiva debe comprender que ha sonado su hora y proponerse la tarea de la conquista del poder. Aquí se abre el campo de la acción revolucionaria consciente, donde la previsión y el cálculo se unen a la voluntad y a la audacia. Dicho de otra manera: aquí se abre el campo de la acción del partido.

El golpe de Estado

El partido revolucionario reúne en él lo mejor de la clase progresiva. Sin un partido capaz de orientarse en las circunstancias, de apreciar la marcha y el ritmo de los acontecimientos y de conquistar a tiempo la confianza de las masas, la victoria de la revolución proletaria es imposible. Tal es la relación de los factores objetivos y subjetivos de la revolución y de la insurrección. Como ustedes saben, en las discusiones, los adversarios –en particular en la teología– tienen la costumbre de desacreditar frecuentemente la verdad científica llevándola al absurdo. Esta verdad se llama en lógica *reductio ad absurdum*. Vamos a tratar de seguir el camino opuesto, es decir, que tomaremos como punto de partida un absurdo con el objetivo de aproximarnos con mayor seguridad a la verdad. En todo caso, no se puede protestar por falta de absurdos. Tomemos uno de los más frescos y más crecientes.

El escritor italiano Malaparte, algo así como un teórico fascista –también existe esto–, ha publicado recientemente un libro sobre la técnica del golpe de Estado. El autor consagra, naturalmente, un número no despreciable de páginas de su “investigación” a la insurrección de Octubre.

A diferencia de la “estrategia” de Lenin, que permanece unida a las relaciones sociales y políticas de la Rusia de 1917, “la táctica de Trotsky –según las palabras de Malaparte– no tiene ninguna relación con las condiciones generales del país”. ¡Tal es la idea principal de la obra! Malaparte obliga a Lenin y a Trotsky en las páginas de su libro a entablar numerosos diálogos en los cuales los interlocutores dan prueba de tan poca profundidad de pensamiento como la naturaleza puso a disposición de Malaparte. A las objeciones de Lenin sobre las premisas sociales y políticas de la insurrección, Malaparte atribuye a Trotsky la respuesta literal siguiente: “Vuestra estrategia exige demasiadas condiciones favorables; la insurrección no necesita nada, ella se basta a sí misma”. ¿Ustedes entienden?; “la insurrección no necesita nada”. Tal es precisamente, queridos oyentes, el absurdo que debe servirnos para aproximarnos a la verdad. El autor repite con persistencia que en Octubre no fue la estrategia de Lenin, sino la táctica de Trotsky lo que triunfó. Esta táctica amenaza, según sus propias palabras, aun en la actualidad, la tranquilidad de los Estados eu-

ropeos. “La estrategia de Lenin –cito textualmente– no constituye ningún peligro inmediato para los gobiernos de Europa. La táctica de Trotsky constituye para éstos un peligro actual y, por tanto, permanente”. Más concretamente: “Pongan a Poincaré en lugar de Kerensky, y el golpe de Estado bolchevique de Octubre de 1917 habría logrado el éxito igualmente”. Resulta difícil creer que semejante libro sea traducido a diversos idiomas y admitido seriamente. En vano trataríamos de profundizar por qué, en general, la estrategia de Lenin que depende de las condiciones históricas, es necesaria, si la “táctica de Trotsky” permite resolver la misma tarea en todas las situaciones. ¿Y por qué las revoluciones victoriosas son tan raras, si para su triunfo, sólo basta con un par de recetas técnicas?

El diálogo entre Lenin y Trotsky presentado por el escritor fascista es, en el espíritu como en la forma, una invención inepta desde el principio al fin. Semejantes invenciones circulan muchas por el mundo. Por ejemplo, acaba de editarse en Madrid, bajo mi firma, un libro: Vida de Lenin, del cual soy tan poco responsable como de las recetas tácticas de Malaparte. El semanario de Madrid Estampa publicó este supuesto libro de Trotsky sobre Lenin en extractos de capítulos enteros que contienen ultrajes abominables contra la memoria del hombre que yo estimaba y que estimo incomparablemente más que a cualquiera otro entre mis contemporáneos.

Pero abandonemos a los falsarios a su suerte. El viejo Wilhelm Liebknecht, el padre del combatiente y héroe inmortal, Karl Liebknecht, acostumbraba repetir: “El político revolucionario debe estar provisto de una gruesa piel”. El doctor Stockmann, más expresivo aún, recomendaba a todo el que se propusiera ir al encuentro de la opinión pública no ponerse los pantalones nuevos. Registremos estos dos buenos consejos y pasemos al orden del día.

¿Cuáles son las preguntas que la Revolución de Octubre despierta en un hombre reflexivo?

¿Por qué y cómo esta revolución ha alcanzado el éxito? Más concretamente, ¿por qué la revolución proletaria ha triunfado en uno de los países más atrasados de Europa?

¿Qué ha aportado la Revolución de Octubre?

Y finalmente:

¿Ha mostrado sus capacidades?

Las causas de Octubre

A la primera pregunta –sobre las causas– se puede ya contestar de una forma más o menos completa. He tratado de hacerlo lo más explícitamente posible, en mi Historia de la Revolución. Aquí, sólo puedo formular las conclusiones más importantes. El hecho de que el proletariado haya llegado al poder por primera vez en un país tan atrasado como la antigua Rusia zarista, sólo a primera vista parece misterioso; en realidad es completamente lógico. Se podía prever y se previó. Es más: bajo la perspectiva de este hecho, los revolucionarios marxistas edificaron su estrategia mucho antes de desarrollarse los acontecimientos decisivos. La explicación primera es la más general: Rusia es un país atrasado pero es sólo una parte de la economía mundial, un elemento del sistema capitalista mundial. En este sentido, Lenin resolvió el enigma de la revolución rusa con la siguiente fórmula lapidaria: la cadena se ha roto por su eslabón más débil.

Una ilustración clara: la Gran Guerra, salida de las contradicciones del imperialismo mundial, arrastró en su torbellino países que se hallaban en diferentes etapas de desarrollo, pero planteó las mismas exigencias a todos por igual. Claro está que las cargas de la guerra debían ser particularmente insoportables para los países más atrasados. Rusia fue la que primero se vio obligada a ceder terreno. Pero para liberarse de la guerra, el pueblo ruso debía abatir a las clases dirigentes. Así fue cómo la cadena de la guerra se rompió por su eslabón más débil. Pero la guerra no es una catástrofe que viene del exterior, como un terremoto. Es, para hablar con el viejo Clausewitz, la continuación de la política por otros medios.

Durante la guerra, las tendencias principales del sistema imperialista de tiempos de “paz” sólo se exteriorizaron más crudamente. Cuanto más elevadas sean las fuerzas productivas generales; cuanto más tensa es la competencia mundial, cuanto más agudos se manifiesten los antagonismos; cuando más desenfrenado se desarrolle el curso de los armamentos, tanto más penosa resulta la situación para los participantes más débiles. Precisamente ésta es la causa por la cual los países más atrasados ocupan los primeros lugares en la serie de derrumbamientos. La cadena del

capitalismo mundial tiende siempre a romperse por los eslabones más débiles.

Si debido a ciertas circunstancias extraordinarias, o extraordinariamente desfavorables (por ejemplo, una intervención militar victoriosa del exterior o faltas irreparables del propio gobierno soviético), se restableciere el capitalismo ruso sobre el inmenso territorio soviético, al mismo tiempo también sería restablecida su insuficiencia histórica y muy pronto sería nuevamente víctima de las mismas contradicciones que le condujeron en 1917 a la explosión. Ninguna receta táctica hubiera podido dar vida a la Revolución de Octubre de no llevarla Rusia en sus propias entrañas. El partido revolucionario no puede finalmente pretender otro rol que el del obstetra que se ve obligado a recurrir a una operación por cesárea.

Se me podría objetar: vuestras consideraciones generales pueden ser suficientes para explicar por qué razón la vieja Rusia (este país donde el capitalismo atrasado, junto a un campesinado miserable, estaba coronado por una nobleza parasitaria y por una monarquía putrefacta), tenía que naufragar. Pero en la imagen de la cadena y del más débil eslabón falta todavía la llave del enigma: ¿cómo en un país atrasado podía triunfar la revolución socialista? Porque la historia conoce muchos ejemplos de decadencia de países y de culturas que, tras el hundimiento simultáneo de las viejas clases, no han encontrado ningún relevo progresivo. El hundimiento de la vieja Rusia hubiera debido, a primera vista, transformar el país en una colonia capitalista más que en un Estado socialista. Esta objeción es muy interesante y nos lleva directamente al corazón del problema. Y sin embargo esta objeción es viciosa; yo diría desprovista de proporción interna. Por un lado, proviene de una concepción exagerada en lo que concierne al retraso de Rusia; por el otro, de una falsa concepción teórica en lo que respecta al fenómeno del retraso histórico en general.

Los seres vivos, entre otros, el hombre naturalmente también, atraviesan siguiendo su edad, estadios de desarrollo semejantes. En un niño normal de cinco años, se encuentra cierta correspondencia entre el peso, la talla y los órganos internos. Pero esto ya ocurre de otra manera con la conciencia humana. En oposición

con la anatomía y la fisiología, la psicología, tanto la del individuo como la de la colectividad, se distingue por una extraordinaria capacidad de asimilación, flexibilidad y elasticidad: en esto mismo reside también la ventaja aristocrática del hombre sobre su pariente zoológico más próximo de la especie de los monos. La conciencia susceptible de asimilar y flexible, confiere como condición necesaria del progreso histórico a los “organismos” llamados sociales, a diferencia de los organismos reales, es decir, biológicos, una extraordinaria variabilidad de la estructura interna. En el desarrollo de las naciones y de los Estados, de los capitalistas en particular, no hay similitud ni uniformidad. Diferentes grados de cultura, incluso sus polos opuestos, se aproximan y se combinan con mucha frecuencia en la vida de un país.

No olvidemos, queridos oyentes, que el retraso histórico es una noción relativa. Si hay países atrasados y avanzados, hay también una acción recíproca entre ellos; existe la presión de los países avanzados sobre los retardatarios; existe la necesidad para los países atrasados de alcanzar a los países progresistas, de obtener la técnica, la ciencia, etcétera. Así surgió un tipo combinado de desarrollo: los rasgos más retrasados se acoplan a la última palabra de la técnica y del pensamiento mundial. Finalmente, los países históricamente atrasados, para superar su retraso, se ven a veces obligados a sobrepasar a los demás.

La elasticidad de la conciencia colectiva da la posibilidad de alcanzar en ciertas condiciones en el terreno social, el resultado que en psicología individual se llama “la compensación”. En este sentido, se puede afirmar que la Revolución de Octubre fue para los pueblos de Rusia un medio heroico de superar su propia inferioridad económica y cultural.

Pero pasemos sobre estas generalizaciones histórico-políticas, que quizá sean un poco abstractas, para plantear la misma cuestión bajo una forma más concreta, es decir, a través de los hechos económicos vivos. El retraso de la Rusia del siglo XX se expresa más claramente así: la industria ocupa en el país un lugar mínimo en comparación con la aldea, el proletariado en comparación con el campesinado. De conjunto, esto significa una baja productividad del trabajo nacional. Bastaría decir que en vísperas de la

guerra, cuando la Rusia zarista había alcanzado la cumbre de su prosperidad, la renta nacional era de 8 a 10 veces inferior que la de Estados Unidos. Esto expresa numéricamente “la amplitud” del retraso, si es que podemos servirnos de la palabra amplitud en lo que concierne al retraso.

Al mismo tiempo la ley del desarrollo combinado se expresa, a cada paso, en el terreno económico, tanto en los fenómenos simples como en los complejos. Casi sin rutas nacionales, Rusia se vio obligada a construir ferrocarriles. Sin haber pasado por el artesanado europeo y la manufactura, Rusia pasó directamente a la producción mecanizada. Saltar las etapas intermedias, tal es el destino de los países atrasados.

Mientras que la economía campesina permanecía frecuentemente al nivel del siglo XVII, la industria de Rusia, si no es por su capacidad por lo menos por su tipo, se encontraba al nivel de los países avanzados y sobrepasaba a éstos bajo variadas relaciones. Basta decir que las empresas gigantes con más de mil obreros ocupaban en los Estados Unidos menos del 18% del total de los obreros industriales, y por el contrario, en Rusia la proporción era de 41%. Este hecho no concuerda con la concepción trivial del retraso económico de Rusia. Sin embargo, esto no contradice el retraso, sino que lo completa dialécticamente.

La estructura de clase del país entrañaba también el mismo carácter contradictorio. El capital financiero de Europa industrializó la economía rusa a un ritmo acelerado. La burguesía industrial pronto adquiere un carácter de gran capitalismo, enemigo del pueblo. Además, los accionistas extranjeros viven fuera del país. Por el contrario, los obreros eran naturalmente rusos. Una burguesía rusa numéricamente débil, que no tenía ninguna raíz nacional, se encontraba de esta forma opuesta a un proletariado relativamente fuerte, con potentes y profundas raíces en el pueblo. Al carácter revolucionario del proletariado contribuyó el hecho de que Rusia, precisamente como país atrasado, obligada a alcanzar a los adversarios, no había llegado a elaborar un conservadurismo social o político propio. Como la nación más conservadora de Europa, incluso del mundo entero, el más viejo país capitalista, Inglaterra, me da la razón. Muy bien podría ser consi-

derada Rusia como el país más desprovisto de conservadurismo. El proletariado ruso, joven, lozano, resuelto, sólo constituía sin embargo una ínfima minoría de la nación. Las reservas de su potencia revolucionaria se encontraban por fuera del proletariado incluso en el campesinado, que vivía en una semiservidumbre, y en las nacionalidades oprimidas.

El campesinado

La cuestión agraria constituía la base de la revolución. La antigua servidumbre estatal-monárquica era doblemente insoportable en las condiciones de la nueva explotación capitalista. La comunidad agraria ocupaba alrededor de 140 millones de deciatinas [151 millones de hectáreas. 1 deciatina = 1,08 hectáreas]. A 30.000 grandes terratenientes, poseedores cada uno, término medio, de más de 2.000 deciatinas, les correspondían en total 70 millones de deciatinas, es decir, tanto como a 10 millones de familias campesinas, o 50 millones de seres que forman la población agraria. Esta estadística de la tierra constituía un programa acabado de insurrección campesina.

Un noble, Boborkin, escribió en 1917 al chambelán Rodzianko, presidente de la última Duma del Estado: “Soy un terrateniente y no se me ocurre pensar, ni por un momento, que tenga que perder mi tierra, y menos por un fin increíble: para hacer una experiencia socialista”. Pero las revoluciones tienen precisamente como tarea llevar adelante lo que no entra en la cabeza de las clases dominantes.

En el otoño de 1917, casi todo el país era un vasto campo de levantamientos campesinos. De 621 distritos de la vieja Rusia, 482, es decir, el 77%, estaban influidos por el movimiento. El resplandor del incendio de la aldea iluminaba la arena de la sublevación en las ciudades. ¡Pero –me podrán objetar– la guerra campesina contra los terratenientes es uno de los elementos clásicos de la revolución burguesa y no de la revolución proletaria! Yo respondo: ¡completamente correcto, así sucedió en el pasado! Pero es que, precisamente, la impotencia de la sociedad capitalista para vivir en un país históricamente atrasado se expresa en el hecho de que

la sublevación campesina no impulsa hacia adelante a clases burguesas en Rusia, sino por el contrario, las arroja definitivamente al campo de la reacción. Si el campesino no quería desaparecer, no le quedaba otra cosa que la alianza con el proletariado industrial. Esta ligazón revolucionaria de las dos clases oprimidas fue prevista genialmente por Lenin y la preparó a través de un largo trabajo.

Si la cuestión agraria hubiese sido resuelta por la burguesía, entonces, seguramente el proletariado no hubiera conquistado el poder de ninguna manera en 1917. Pero habiendo llegado demasiado tarde, caída precozmente en decrepitud, la burguesía rusa, rapaz y traidora, no tuvo la osadía de levantar la mano contra la propiedad feudal. Así, le entregó el poder al proletariado y al mismo tiempo el derecho a disponer del destino de la sociedad burguesa.

Para que el Estado soviético fuera una realidad, era necesaria la acción combinada de dos factores de naturaleza histórica diferente: la guerra campesina, es decir, un movimiento que es característico de la aurora del desarrollo burgués, y la sublevación proletaria, que anuncia el declinar del movimiento burgués. En esto reside el carácter combinado de la Revolución Rusa.

Basta que el oso campesino se levante, afianzado sobre sus patas traseras, para dar a conocer lo terrible de su acometida. Sin embargo, no está en condiciones de dar a su indignación una expresión consciente. Necesita un dirigente. Por primera vez en la historia del mundo, el campesinado insurgente encontró en el proletariado un dirigente leal.

Cuatro millones de obreros de la industria y de los transportes dirigen a 100 millones de campesinos. Tal fue la relación natural e inevitable entre el proletariado y el campesinado en la revolución.

La cuestión nacional

La segunda reserva revolucionaria del proletariado estaba constituida por las nacionalidades oprimidas, integradas, asimismo, por campesinos en su mayor parte. El carácter extensivo del de-

sarrollo del Estado, que se extiende como una mancha de aceite del centro moscovita hasta la periferia está estrechamente ligado al retraso histórico del país. Al este subordina a las poblaciones aún más atrasadas para mejor sofocar, apoyándose en ellas, a las nacionalidades más desarrolladas del oeste. A los 90 millones de gran rusos que constituían la masa principal de la población, se añadían sucesivamente, 90 millones de “alógenos”.

Así se constituía el Imperio en la composición en la que la nación dominante sólo estaba integrada por un 43% de la población, en tanto que el otro 57% era una mezcla de nacionalidades, de culturas y de regímenes diferentes. La presión nacional era en Rusia incomparablemente más brutal que en los Estados vecinos, y a decir verdad, no sólo de los que estaban del otro lado de la frontera occidental, sino también de la oriental. Esto confería al problema nacional una enorme fuerza explosiva.

La burguesía liberal rusa no quería, ni en la cuestión nacional ni en la cuestión agraria, ir más allá de ciertos atenuantes del régimen de opresión y de violencia. Los gobiernos “demócratas” de Miliukov y de Kerensky, que reflejaban los intereses de la burguesía y de la burocracia gran rusa, se apuraron durante los ocho meses de su existencia precisamente a hacerles comprender a las nacionalidades descontentas: sólo obtendrán lo que arranquen por la fuerza.

Hacia mucho que Lenin había tomado en consideración la inevitabilidad del desarrollo del movimiento nacional centrífugo. El Partido Bolchevique luchó obstinadamente durante años por el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, es decir, por el derecho a la completa separación estatal. Es sólo gracias a esta valiente posición en la cuestión nacional que el proletariado ruso pudo ganar poco a poco la confianza de las poblaciones oprimidas. El movimiento de liberación nacional, así como el movimiento campesino, se tornaron forzosamente contra la democracia oficial, fortificaron al proletariado, y se lanzaron sobre el lecho de la insurrección de Octubre.

La revolución permanente

Así se devela poco a poco frente a nosotros el enigma de la insurrección proletaria en un país históricamente atrasado. Mucho tiempo antes de los acontecimientos, los revolucionarios marxistas habían previsto la marcha de la revolución y el rol histórico del joven proletariado ruso. Quizá se me permita dar aquí un extracto de mi propia obra sobre el año 1905, *Resultados y perspectivas*:

“En un país económicamente atrasado el proletariado puede llegar al poder antes que en un país capitalista adelantado (...). La revolución rusa creada (...) en tales condiciones en las que el poder puede pasar (con la victoria de la revolución, debe pasar) al proletariado incluso antes que la política del liberalismo burgués tenga la posibilidad de desplegar su genio estadista.

“El destino de los intereses revolucionarios más elementales de los campesinos (...) se liga al destino de la revolución, es decir, al destino del proletariado. Una vez llegado al poder, el proletariado aparecerá frente a los campesinos como el emancipador de clase.

“El proletariado entra en el gobierno como representante revolucionario de la nación, como dirigente reconocido del pueblo en lucha contra el absolutismo y la barbarie de la servidumbre (...).

“El régimen proletario deberá desde el principio pronunciarse por la solución de la cuestión agraria, a la que está ligada la cuestión de la suerte de las potentes masas populares de Rusia”.

Me he permitido traer esta cita para testimoniar que la teoría de la Revolución de Octubre presentada hoy por mí, no es una improvisación rápida, construida más tarde, bajo la presión de los acontecimientos. No, fue emitida bajo forma de pronóstico político mucho tiempo antes de la Revolución de Octubre. Ustedes estarán de acuerdo que la teoría, en general, sólo tiene valor en la medida en que ayuda a prever el curso del desarrollo y a influenciarlo hacia sus objetivos. En esto mismo consiste, hablando en términos generales, la importancia inestimable del marxismo como arma de orientación social e histórica. Lamento que los estrechos límites de esta exposición no me permitan extender la cita precedente de una manera más amplia; tendré que confor-

marme con un corto resumen de todo lo que he escrito del año 1905.

Según sus tareas inmediatas, la revolución rusa es una revolución burguesa. Pero, la burguesía rusa es antirrevolucionaria. Por consiguiente, la victoria de la revolución sólo es posible como victoria del proletariado. Sin embargo, el proletariado victorioso no se detendrá en el programa de la democracia burguesa, sino que pasará al programa del socialismo. La revolución rusa será la primera etapa de la revolución socialista mundial.

Tal era la teoría de la revolución permanente, formulada por mí en 1905 y más tarde expuesta a la crítica más virulenta bajo el nombre de “trotskismo”. Pero, en realidad, esto no es más que una parte de esta teoría. La otra, particularmente de actualidad ahora, expresa:

“Las fuerzas productivas actuales hace ya tiempo que han rebasado las barreras nacionales. La sociedad socialista es irrealizable en los límites nacionales. Por importantes que puedan ser los éxitos económicos de un Estado obrero aislado, el programa del ‘socialismo en un solo país’ es una utopía pequeñoburguesa. Sólo una Federación europea, y luego mundial, de Repúblicas socialistas, puede abrir el camino a una sociedad socialista armónica”.

Hoy, después de la prueba de los acontecimientos, tengo menos razones que nunca para contradecirme de esta teoría.

El bolchevismo

Después de todo lo dicho, ¿merece la pena seguir tomando en cuenta al escritor fascista Malaparte, que me atribuye una táctica independiente de la estrategia, resultante de ciertas recetas técnicas, aplicables siempre y bajo cualquier circunstancia? Es en todo caso bueno que el miserable teórico del golpe de Estado, permite distinguirlo fácilmente del práctico victorioso del mismo: nadie correrá el riesgo de confundir a Malaparte con Bonaparte.

Sin la insurrección armada del 25 de octubre de 1917 [7 de noviembre en el calendario gregoriano, luego adoptado por el régimen revolucionario], el Estado soviético no existiría. Pero la

insurrección no cayó del cielo. Para el triunfo de la Revolución de Octubre eran necesarias una serie de premisas históricas:

- La podredumbre de las viejas clases dominantes; de la nobleza, de la monarquía, de la burocracia.
- La debilidad política de la burguesía, que no tenía ninguna raíz en las masas populares.
- El carácter revolucionario de la cuestión agraria.
- El carácter revolucionario del problema de las nacionalidades oprimidas.
- El peso social del proletariado.

A estas premisas orgánicas hay que agregar condiciones coyunturales excepcionalmente importantes:

- La Revolución de 1905 fue la gran escuela, o según la expresión de Lenin, el “ensayo general” de la Revolución de 1917. Los soviets, como forma de organización irremplazable de frente único proletario en la revolución, fueron organizados por primera vez en 1905.
- La guerra imperialista agudizó todas las contradicciones, arrancó a las masas atrasadas de su estado de inmovilidad, preparando así el carácter grandioso de la catástrofe.

Pero todas estas condiciones, que eran suficientes para que la revolución estalle, eran insuficientes para asegurar la victoria del proletariado en la revolución. Para esta victoria otra condición era aún necesaria:

- El Partido Bolchevique.

Si yo enumero esta condición en último lugar de la serie sólo es porque esto se corresponde a la consecuencia lógica, y no porque atribuya al partido el lugar menos importante.

No; estoy muy lejos de tal pensamiento. La burguesía liberal puede tomar el poder, y lo ha hecho muchas veces, como resultado de luchas en las cuales no había participado: para ello posee órganos de órganos de control magníficamente desarrollados. Sin embargo, las masas laboriosas se encuentran en otra situación;

se las ha acostumbrado a dar y no a tomar. Trabajan, son pacientes el mayor tiempo posible, esperan, pierden la paciencia, se sublevan, combaten, mueren, dan la victoria a otros, son traicionadas, caen en el desaliento, se someten, vuelven a trabajar. Así es la historia de las masas populares bajo todos los regímenes. Para tomar con seguridad y firmeza el poder en sus manos, el proletariado necesita un partido que sobrepase ampliamente a los demás en claridad de pensamiento y en decisión revolucionaria.

El partido de los bolcheviques, que más de una vez ha sido designado, y con razón, como el partido más revolucionario en la historia de la humanidad, era la condensación viva de la nueva historia de Rusia, de todo lo que había en ella de dinámico. Hacía ya mucho tiempo que la caída de la monarquía se había convertido en la condición indispensable para el desarrollo de la economía y de la cultura. Pero faltaban las fuerzas para responder a esta tarea. La burguesía se horrorizaba frente a la revolución. Los intelectuales intentaron dirigir al campesino bajo sus pantalones. Incapaz de generalizar sus propias penas y objetivos, el *mujik* dejó sin respuesta esta exhortación. La *intelligentzia* se armó de dinamita; toda una generación se consumió en esta lucha. El 1 de marzo de 1887, Alexander Ulianov llevó a cabo el último de los grandes atentados terroristas. La tentativa contra Alejandro III fracasó. Ulianov y los demás participantes fueron ahorcados. El intento de sustituir la clase revolucionaria por una preparación química, había naufragado. Aun la inteligencia más heroica, no es nada sin las masas. Bajo la impresión inmediata de estos hechos y de sus conclusiones creció y se formó el más joven de los hermanos Ulianov, Vladimir, el futuro Lenin; la figura más grande de la historia rusa. Tempranamente en su juventud, se ubicó en el terreno del marxismo y enfocó su mirada hacia el proletariado. Sin perder un instante de vista a la aldea, buscó el camino hacia el campesinado a través de los obreros. Habiendo heredado de sus precursores revolucionarios la resolución, la capacidad de sacrificio, la disposición de llegar hasta el fin, Lenin se convirtió en sus años de juventud en el educador de la nueva generación intelectual y de los obreros avanzados. En las huelgas y luchas callejeras, en las prisiones y en la deportación, los obreros adquirieron el temple necesario. El proyector del marxismo

les era necesario para iluminar en la oscuridad de la autocracia su camino histórico.

En 1883 nació en la emigración el primer grupo marxista. En 1898, en una asamblea clandestina, fue proclamada la creación del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (en esta época nos llamábamos todos socialdemócratas). En 1903 tuvo lugar la escisión entre bolcheviques y mencheviques. En 1912, la fracción bolchevique se convirtió definitivamente en un partido independiente.

Este partido aprendió a reconocer la mecánica de clase de la sociedad en las luchas, en los acontecimientos grandiosos, durante 12 años (1905-17). Educó cuadros de militantes aptos, tanto para la iniciativa como para la disciplina. La disciplina de la acción revolucionaria se apoyaba en la unidad de la doctrina, las tradiciones de las luchas comunes y la confianza hacia una dirección probada.

Este era el partido en 1917. Mientras que la “opinión pública” oficial y las toneladas de papel de la prensa intelectual lo subestimaban, el Partido Bolchevique se orientaba según el curso del movimiento de las masas. Tenía en sus manos firmemente la palanca sobre fábricas y regimientos. Las masas campesinas se dirigían cada vez más hacia él. Si se entiende por nación no las cumbres privilegiadas, sino la mayoría del pueblo, es decir, los obreros y los campesinos, entonces el bolchevismo se transformó, en el curso del año 1917, en el único partido ruso verdaderamente nacional.

En 1917, Lenin, obligado a vivir en la clandestinidad, dio la señal: “La crisis está madura, la hora de la insurrección se aproxima”. Tenía razón. Las clases dominantes habían caído en un impasse frente a los problemas de la guerra y de la liberación nacional. La burguesía perdió definitivamente la cabeza. Los partidos democráticos, los mencheviques y los socialistas revolucionarios, disiparon el último resto de la confianza de las masas, sosteniendo la guerra imperialista por su política de compromisos impotentes y de concesiones a los propietarios burgueses y feudales. El ejército, despertada su conciencia, se negaba a luchar por los objetivos del imperialismo que le eran extraños. Sin prestar atención a los consejos democráticos, el campesinado expulsó a los terra-

tenientes de sus terrenos. La periferia nacional oprimida del imperio se dirigió contra la burocracia petersburguesa. En los más importantes consejos de obreros y soldados, los bolcheviques dominaban. Los obreros y soldados exigían hechos. El absceso estaba maduro. Hacía falta un corte de bisturí.

La insurrección sólo fue posible en estas condiciones sociales y políticas. Y también fue implacable. Pero no se puede jugar con la insurrección. Desgraciado del cirujano que manipula con negligencia el bisturí. La insurrección es un arte. Tiene sus leyes y sus reglas.

El partido realizó la insurrección de Octubre con un cálculo frío y una resolución ardiente. Gracias a esto precisamente triunfó casi sin víctimas. Por medio de los soviets victoriosos, los bolcheviques se colocaron a la cabeza del país que abarca una sexta parte de la superficie terrestre.

Supongo que la mayoría de mis oyentes de hoy no se ocupaban todavía de política en 1917. Tanto mejor. La joven generación tiene ante sí muchas cosas interesantes, pero no siempre fáciles. Sin embargo, los representantes de las viejas generaciones, en esta sala, recordarán muy bien cómo fue recibida la toma del poder por los bolcheviques: como una curiosidad, un equívoco, un escándalo, o más, como una pesadilla que debía disiparse con el primer rayo del sol. Los bolcheviques se mantendrían 24 horas, una semana, un mes, un año. Había que ampliar, cada vez más, el plazo... Los amos del mundo entero se armaban contra el primer Estado obrero: desencadenamiento de la guerra civil, nuevas y nuevas intervenciones, bloqueo. Así pasó un año después del otro. La historia tiene que contar ya 15 años de existencia del poder soviético.

Sí, dirá algún adversario: la aventura de Octubre se ha mostrado mucho más sólida de lo que entre nosotros pensábamos. Quizá no fue completamente una “aventura”. Pero, la cuestión conserva toda su fuerza: ¿qué se ha obtenido a este precio tan elevado? ¿Se puede decir que se hayan realizado estas tareas tan brillantes anunciadas por los bolcheviques en vísperas de la insurrección? Antes de responder al supuesto adversario, observemos que esta pregunta no es nueva. Al contrario, se remonta a los primeros

pasos de la Revolución de Octubre, desde el día de su nacimiento. El periodista francés, Claude Anet, que estaba en Petrogrado durante la revolución, escribía ya el 27 de octubre de 1917: “Los maximalistas –así llamaban los franceses entonces a los bolcheviques– han tomado el poder y la gran luz ha llegado. Finalmente, me digo, voy a ver cómo se realiza el Edén socialista que nos vienen prometiendo desde hace tantos años... ¡Admirable aventura! ¡Posición privilegiada!”, etc., etc., y así sucesivamente. ¡Qué odio sincero se oculta tras estos saludos irónicos! Al día siguiente de la toma del Palacio de Invierno, el periodista reaccionario se apuraba a anunciar sus pretensiones en una carta de entrada al Edén. Quince años han transcurrido desde la insurrección. Sin formalidades mayores, los adversarios manifiestan su maligna alegría al comprobar que, todavía hoy, el país de los soviets se asemeja muy poco al reino del bienestar general. ¿Por qué entonces la revolución y por qué las víctimas?

Balance de Octubre

Queridos oyentes, me permito pensar que no desconozco las contradicciones, las dificultades, las faltas y las insuficiencias del régimen soviético tan bien como cualquiera. Personalmente jamás traté de disimularlas, ni en palabras ni por escrito. Pensé y sigo pensando, que la política revolucionaria –a diferencia de la conservadora– no puede ser edificada sobre el engaño. “Expresar lo que es” debe ser el principio más elevado del Estado obrero.

Pero es necesario tener perspectiva, tanto en la crítica como en la actividad creadora. El subjetivismo es un mal indicador, sobre todo en las grandes cuestiones. Los plazos deben ser adaptados a las tareas y no a los caprichos individuales. ¡Quince años! ¿Qué es esto para una sola vida? Durante este tiempo fueron enterrados muchos de nuestra generación, otros han visto encanecer sus cabellos. Pero estos mismos quince años: ¡qué período más insignificante en la vida de un pueblo! Nada más que un minuto en el reloj de la historia.

El capitalismo necesitó siglos para afirmarse en la lucha contra la Edad Media, para elevar la ciencia y la técnica, para construir fe-

rrocarriles, para tender hilos eléctricos. ¿Y entonces? Entonces, la humanidad fue lanzada por el capitalismo al infierno de las guerras y las crisis. Pero al socialismo, sus adversarios, es decir, los partidarios del capitalismo, sólo le dan una década y media para instaurar sobre la tierra el paraíso con todo el confort. No, nosotros no nos hemos asumido sobre nuestras espaldas semejantes obligaciones. No hemos establecido tales plazos. Se deben medir a los procesos de grandes cambios con una escala adecuada. No sé si la sociedad socialista se asemejará al paraíso bíblico; lo dudo mucho. Pero en la Unión Soviética todavía no existe el socialismo. Un Estado de transición, lleno de contradicciones, cargado con la pesada herencia del pasado, y además, bajo la presión enemiga de los Estados capitalistas: esto es lo que allí predomina. La Revolución de Octubre ha proclamado el principio de la nueva sociedad. La República soviética sólo ha mostrado el primer estadio de su realización. La primera lámpara de Edison fue muy imperfecta. Bajo las faltas y los errores de la primera edificación socialista se debe saber discernir el porvenir.

¿Y las calamidades que se abaten sobre los seres vivos? ¿Los resultados de la revolución justifican las víctimas causadas por ella? Pregunta estéril y profundamente retórica: ¡como si el proceso de la historia fuera el resultado de un balance de contabilidad! Con mayor razón, ante las dificultades y penas de la existencia humana, se podría preguntar: ¿para esto vale la pena vivir? Heine escribió a este propósito: “Y el tonto espera la contestación”... Las meditaciones melancólicas no impidieron al hombre engendrar y nacer. Aun en esta época, de una crisis mundial sin precedentes, los suicidios constituyen, felizmente, un porcentaje muy bajo. Pero los pueblos no tienen la costumbre de buscar un refugio en el suicidio, sino que buscan la salida a las cargas insoportables en la revolución.

Por otra parte, ¿quién se indigna con respecto a las víctimas de la revolución socialista? Muy frecuentemente, son los que han preparado y glorificado las víctimas de la guerra imperialista o, por lo menos, los que se han acomodado muy fácilmente a ella. Podemos preguntar nosotros: ¿Está justificada la guerra? ¿Qué nos ha dado? ¿Qué nos ha enseñado?

En sus 11 volúmenes de difamación contra la gran Revolución francesa, el historiador reaccionario Hipólito Taine describe, no sin alegría maligna, los sufrimientos del pueblo francés en los años de la dictadura jacobina y los que la siguieron. Fueron, sobre todo, penosos para las capas inferiores de las ciudades, los plebeyos, que, como *sans-culottes*, dieron a la revolución lo mejor de su vida. Ellos o sus mujeres pasaban noches frías en las colas para volver al día siguiente con las manos vacías al hogar helado. En el décimo año de la revolución, París era más pobre que antes de su estallido. Datos cuidadosamente escogidos, artificioosamente completados, sirven a Taine para fundamentar su veredicto destructor contra la revolución. “Mirad a los plebeyos, querían ser dictadores y han caído en la miseria”.

Es difícil imaginar un moralista más mediocre: en primer lugar, si la revolución hubiera arrojado al país en la miseria, la culpa recaería, ante todo, sobre las clases dirigentes, que habían empujado al pueblo a la revolución. En segundo lugar, la gran Revolución Francesa no se agotó en las colas del hambre, ante las panaderías. ¡Toda la Francia moderna, bajo ciertas relaciones toda la civilización moderna, han salido del baño de la Revolución Francesa!

En el curso de la guerra civil de los Estados Unidos, durante los años 60 del siglo pasado, murieron 500.000 hombres. ¿Se han justificado estas víctimas?

¡Desde el punto de vista de los esclavistas norteamericanos y de las clases dominantes de la Gran Bretaña que marchaban con ellos, no! ¡Desde el punto de vista del negro y del obrero británico, completamente! Y desde el punto de vista del desarrollo de la humanidad, en su conjunto, sobre esto no se puede tener la menor duda. De la guerra civil de los años 1860 han salido los Estados Unidos actuales, con su iniciativa práctica desmesurada, la técnica racionalista, el auge económico. Sobre estas conquistas del americanismo, la humanidad edificará la nueva sociedad.

La Revolución de Octubre ha penetrado más profundamente que todas las precedentes en el santuario de la sociedad, en las relaciones de propiedad. Son necesarios plazos más largos para que se manifiesten las fuerzas creadoras en todos los terrenos de la vida. Pero la orientación general del cambio es ya, desde ahora,

clara: la República de los Soviets no tiene por qué agachar la cabeza ni emplear el lenguaje de la excusa.

Para apreciar el nuevo régimen desde el punto de vista del desarrollo humano, primero se debe responder a la pregunta: ¿de qué manera se exterioriza el progreso social y cómo se puede medir?

El criterio más objetivo, el más profundo y el más indiscutible es: el progreso puede medirse por el crecimiento de la productividad del trabajo social. La estimación de la Revolución de Octubre, desde este ángulo, ya ha sido dada por la experiencia. Por primera vez en la historia el principio de organización socialista ha demostrado su capacidad, suministrando resultados de producción jamás obtenidos en un corto período. En cifras de índole global, la curva del desarrollo industrial de Rusia se expresa como sigue: pongamos para el año 1913, el último año de anteguerra, el número 100. El año 1920, fin de la guerra civil, es también el punto más bajo de la industria: 25 solamente, es decir, un cuarto de la producción de anteguerra; en 1925, un crecimiento hasta 75; en 1929, aproximadamente 200; en 1932, 300, es decir, tres veces más que en vísperas de la guerra.

El cuadro aparecerá todavía más claro a la luz de los índices internacionales. De 1925 a 1932 la producción industrial de Alemania disminuyó alrededor de una vez y media; en Norteamérica, alrededor del doble; en la Unión Soviética ha ascendido a más del cuádruple: las cifras hablan por sí mismas.

De ninguna manera pienso negar o disimular los lados sombríos de la economía soviética. Los resultados de los índices industriales están extraordinariamente influenciados por el desarrollo desfavorable de la economía agraria, es decir, del dominio que aún no ha entrado en los métodos socialistas, pero que fue llevado, al mismo tiempo, hacia el camino de la colectivización, sin preparación suficiente, más bien burocrática que técnica y económicamente. Es una gran cuestión que, sin embargo, rebasa los marcos de mi conferencia.

Las cifras índices presentadas requieren todavía una reserva esencial: los éxitos indiscutibles y brillantes a su manera de la industrialización soviética exigen una verificación económica

ulterior, desde el punto de vista de la armonía recíproca de los diferentes elementos de la economía, de su equilibrio dinámico y, por consiguiente, de su capacidad de rendimiento. Grandes dificultades y aun retrocesos son todavía inevitables. El socialismo no surge, en su forma acabada, del plan quinquenal como Minerva de la cabeza de Júpiter o Venus de la espuma del mar. Nos hallamos todavía ante décadas de trabajo obstinado, de faltas, de mejoramientos y de reconstrucción. Por otra parte, no olvidemos que la edificación socialista, según su esencia, sólo puede alcanzar su coronamiento en la arena internacional. Pero aun el balance económico más desfavorable de los resultados obtenidos hasta el presente sólo podría revelar la inexactitud de los datos, las fallas del plan y los errores de la dirección; pero en ningún caso contradecir el hecho establecido empíricamente: la posibilidad de elevar la productividad del trabajo colectivo a una altura jamás conocida, con ayuda de métodos socialistas. Esta conquista, de una importancia histórica mundial, nadie ni nada nos la podrá arrebatarse.

Después de lo que queda dicho, casi no vale la pena detenerse en los lamentos, según los cuales la Revolución de Octubre ha conducido a Rusia a la declinación cultural. Es la voz de las clases dominantes y de los salones inquietos. La “cultura” aristocrático-burguesa derrocada por la revolución proletaria sólo era imitación decorativa de la barbarie. Mientras que fue inaccesible al pueblo ruso, poco aportó al tesoro de la humanidad.

Pero también en lo que concierne a esta cultura, tan llorada por la emigración blanca, se debe precisar la cuestión: ¿en qué sentido ha sido destruida? En un solo sentido: el monopolio de una pequeña minoría sobre los bienes de la cultura ha quedado deshecho. Pero todo lo que era realmente cultural en la antigua cultura rusa permanece intacto. Los “hunos” bolcheviques no han pisoteado ni las conquistas del pensamiento ni las obras del arte. Por el contrario, han restaurado cuidadosamente los monumentos de la creación humana y los han puesto en orden ejemplar. La cultura de la monarquía, de la nobleza y de la burguesía se ha convertido, al presente, en la cultura de los museos históricos.

El pueblo visita con entusiasmo estos museos, pero no vive en los

museos. Aprende, construye. El solo hecho de que la Revolución de Octubre haya enseñado al pueblo ruso, a las decenas de pueblos de la Rusia zarista, a leer y a escribir, tiene mucha más importancia que toda la cultura en conserva de la Rusia de antaño.

La Revolución de Octubre ha creado la base de una nueva cultura destinada no a los elegidos, sino a todos. Las masas del mundo entero lo sienten: de aquí su simpatía por la Unión Soviética, tan ardiente como era antes su odio contra la Rusia zarista.

Queridos oyentes:

Ustedes saben que el lenguaje humano representa un instrumento irremplazable, no sólo para designar los acontecimientos, sino también para su estimación. Descartando lo accidental, lo episódico, lo artificial, absorbe lo real, lo caracteriza y condensa. Noten con qué sensibilidad las lenguas de las naciones civilizadas han distinguido dos épocas en el desarrollo de Rusia. La cultura aristocrática aportó al mundo barbarismos tales como zar, cosaco, *pogrom*, *nagaika* [látigo]. Ustedes conocen estas palabras y saben su significado. Octubre aportó a las lenguas del mundo palabras tales como bolchevique, soviet, *koljós* [granja colectiva], *posplan* [comisión del plan], *piatiletka* [plan quinquenal]. ¡Aquí la lingüística práctica rinde su juicio histórico supremo!

El significado más profundo –sin embargo, más difícilmente sometido a una prueba inmediata– de cada revolución, consiste en cómo forma y temple el carácter popular. La representación del pueblo ruso como un pueblo lento, pasivo, melancólico, místico, es ampliamente extendida y no por casualidad. Tiene sus raíces en el pasado. Pero, hasta el presente, estas modificaciones profundas que la Revolución de Octubre ha introducido en el carácter del pueblo ruso no son suficientemente tomadas en consideración en Occidente. ¿Podía esperarse otra cosa?

Cada hombre que tenga una experiencia de la vida puede despertar en su memoria la imagen de un adolescente cualquiera, conocido por él, que –impresionable, lírico, sentimental finalmente– se transforma más tarde, de un solo golpe, bajo la acción de un fuerte choque moral, en un muchacho fuerte, mejor templado, que ya no se lo puede reconocer. En el desarrollo de toda

una nación, la revolución realiza transformaciones morales del mismo tipo.

La insurrección de Febrero contra la autocracia, la lucha contra la nobleza, contra la guerra imperialista, por la paz, por la tierra, por la igualdad nacional, la insurrección de Octubre, el derrocamiento de la burguesía y de los partidos que tendían a los acuerdos con ella, tres años de guerra civil sobre un frente de 8.000 kilómetros, los años del bloqueo, de miseria, hambre y epidemias, los años de tensa edificación económica, las nuevas dificultades y privaciones; todo esto integra una ruda, pero buena escuela. Un pesado martillo destruye el vidrio, pero forja el acero. El martillo de la revolución forja el acero del carácter del pueblo.

“¡Quién lo creerá!” Ya se debía creerlo. Poco después de la insurrección, uno de los generales zaristas, Zaleski, se escandalizaba de que “un portero o un guarda se convirtiera de pronto en un presidente de tribunal; un enfermero, en director de hospital; un barbero, en dignatario; un alférez, en comandante supremo; un jornalero, en alcalde; un obrero calificado, en director de empresa”.

“¡Quién lo creerá!” Ya se debía creerlo. No se podía por otra parte dejar de creer, mientras que los sargentos batían a los generales; el maestro, antiguo jornalero, derribaba la resistencia de la vieja burocracia; el conductor ponía orden en los transportes; el obrero calificado, como director, restablecía la industria.

“¡Quién lo creerá!” Que se trate ahora de no creerlo.

Para explicar la paciencia desacostumbrada que las masas populares de la Unión Soviética demostraron en los años de la Revolución, muchos observadores extranjeros recurren, ya por hábito, a la pasividad del carácter ruso. ¡Grosero anacronismo! Las masas revolucionarias soportaron las privaciones paciente-mente, pero no pasivamente. Ellas construyen con sus propias manos un porvenir mejor, y quieren crearlo a cualquier precio. ¡Que el enemigo de clase trate solamente de imponer a estas masas pacientes, desde fuera, su voluntad! ¡No, más vale que no lo intente!

Para terminar, tratemos de fijar el lugar de la Revolución de

Octubre no solamente en la historia de Rusia, sino también en la historia del mundo. Durante el año 1917, en el intervalo de ocho meses, dos curvas históricas convergen. La Revolución de Febrero –este eco tardío de las grandes luchas que se desarrollaron en los siglos pasados sobre el territorio de los Países Bajos, Inglaterra, Francia, casi toda la Europa continental– se une a la serie de las revoluciones burguesas. La Revolución de Octubre proclama y abre la dominación del proletariado. Es el capitalismo mundial quien sufre, sobre el territorio de Rusia, su primera gran derrota. La cadena se rompió por el eslabón más débil. Pero es la cadena, y no solamente el eslabón, lo que se rompió.

Hacia el socialismo

El capitalismo como sistema mundial se sobrevive históricamente. Ha terminado de cumplir su misión esencial: la elevación de la potencia y la riqueza humana. La humanidad no puede estancarse en el peldaño alcanzado. Sólo un poderoso empuje de las fuerzas productivas y una organización justa, planificada, es decir, socialista, de producción y distribución, puede asegurar a los hombres –a todos los hombres– un nivel de vida digno y conferirles al mismo tiempo el sentimiento precioso de la libertad frente a su propia economía. La libertad bajo dos tipos de relaciones: en primer lugar, el hombre no se verá ya obligado a consagrar su vida entera al trabajo físico. En segundo lugar, ya no dependerá de las leyes del mercado, es decir, de las fuerzas ciegas y oscuras que se edifican sobre sus espaldas. Edificará libremente su economía, es decir, según un plan, compás en mano. Esta vez, se trata de radiografiar la anatomía de la sociedad, de descubrir todos sus secretos y de someter todas sus funciones a la razón y a la voluntad del hombre colectivo. En este sentido, el socialismo debe convertirse en una nueva etapa en el crecimiento histórico de la humanidad. A nuestro ancestro que se armó por primera vez de un hacha de piedra, toda la naturaleza se le presentó como la conjuración de una potencia misteriosa y hostil. Más tarde, las ciencias naturales, en estrecha colaboración con la tecnología práctica, iluminaron la naturaleza hasta en sus oscuridades más profundas. Por medio de la energía eléctrica, el

físico pronuncia ahora su juicio sobre el núcleo atómico. No está lejos la hora en que –como en un juego– la ciencia resolverá la quimera de la alquimia, transformando el estiércol en oro y el oro en estiércol. Allá donde los demonios y las furias de la naturaleza se desataban, reina ahora, cada vez con más energía, la voluntad habilidosa del hombre.

Mientras que el hombre luchó victoriosamente con la naturaleza, edificó a ciegas sus relaciones con los demás, casi al igual que las abejas y las hormigas. Con retraso y muy indeciso, abordó los problemas de la sociedad humana. Empezó por la religión, para pasar después a la política. La Reforma representa el primer éxito del individualismo y del racionalismo burgués en un terreno donde había reinado una tradición muerta. El pensamiento crítico pasó de la Iglesia al Estado. Nacida en la lucha contra el absolutismo y las condiciones medievales, la doctrina de la soberanía popular y de los derechos del hombre y del ciudadano creció. Así se formó el sistema del parlamentarismo. El pensamiento crítico penetró en el dominio de la administración del Estado. El racionalismo político de la democracia significaba la más alta conquista de la burguesía revolucionaria.

Pero entre la naturaleza y el Estado se encuentra la economía. La técnica liberó al hombre de la tiranía de los viejos elementos: la tierra, el agua, el fuego y el aire para someterle inmediatamente a su propia tiranía. El hombre deja de ser esclavo de la naturaleza para convertirse en esclavo de la máquina y, peor aún, en esclavo de la oferta y la demanda. La actual crisis mundial testimonia, de una manera particularmente trágica, cómo este dominador altivo y audaz de la naturaleza permanece siendo el esclavo de los poderes ciegos de su propia economía. La tarea histórica de nuestra época consiste en reemplazar el juego incontrolable del mercado por un plan razonable, en disciplinar las fuerzas productivas, en obligarlas a obrar en armonía, sirviendo así dócilmente a las necesidades del hombre. Solamente sobre esta nueva base social el hombre podrá enderezar su espalda fatigada, y no ya sólo los elegidos, sino todos y todas, llegar a ser ciudadanos con plenos poderes en el dominio del pensamiento.

Sin embargo, esto no es todavía el fin del camino. No, sólo es el

comienzo. El hombre se considera el coronamiento de la creación. Tiene para ello, ciertos derechos. ¿Pero quién se atreve a afirmar que el hombre actual sea el último representante, el más elevado de la especie homo sapiens? No; físicamente, como espiritualmente, está muy lejos de la perfección, este aborto biológico, cuyo pensamiento está enfermo y que no se ha creado ningún nuevo equilibrio orgánico.

Verdad es que la humanidad ha producido más de una vez gigantes del pensamiento y de la acción que sobrepasaban a sus contemporáneos como cumbres en una cadena de montañas. El género humano tiene derecho a estar orgulloso de sus Aristóteles, Shakespeare, Darwin, Beethoven, Goethe, Marx, Edison, Lenin. ¿Pero por qué estos hombres son tan escasos? Ante todo, porque han salido, casi sin excepción, de las clases elevadas y medias. Salvo raras excepciones, los destellos del genio quedan ahogados en las entrañas oprimidas del pueblo, antes que ellas puedan incluso brotar. Pero también porque el proceso de generación, de desarrollo y de educación del hombre permaneció y permanece siendo en su esencia obra del azar; no esclarecido por la teoría y la práctica; no sometido a la conciencia y a la voluntad.

La antropología, la biología, la fisiología, la psicología, han reunido montañas de materiales para erigir ante el hombre, en toda su amplitud, las tareas de su propio perfeccionamiento corporal y espiritual y de su desarrollo ulterior. Por la mano genial de Sigmund Freud, el psicoanálisis levantó la envoltura del pozo nombrada poéticamente el “alma” del hombre. ¿Y qué nos ha revelado? Nuestro pensamiento consciente no constituye más que una pequeña parte en el trabajo de las oscuras fuerzas psíquicas. Buzos sabios descienden al fondo del océano y fotografían la fauna misteriosa. Para que el pensamiento humano descienda al fondo de su propio océano psíquico debe iluminar las fuerzas motrices misteriosas del alma y someterlas a la razón y a la voluntad.

Cuando haya terminado con las fuerzas anárquicas de su propia sociedad, el hombre trabajará sobre sí mismo en los morteros, con las herramientas del químico. Por primera vez, la humanidad se considerará a sí misma como una materia prima y, en el mejor

de los casos, como un producto semiacabado físico y psíquico. El socialismo significará un salto del reino de la necesidad al reino de la libertad. También es en este sentido que el hombre de hoy, lleno de contradicciones y sin armonía, franqueará la vía hacia una nueva especie más feliz.

II

Tres concepciones de la revolución rusa

León Trotsky (Agosto de 1939)

La Revolución de 1905 no fue sólo el ensayo general de 1917 sino también el laboratorio del cual salieron todos los agrupamientos fundamentales del pensamiento político ruso, donde se conformaron o delinearon todas las tendencias y matices del marxismo ruso. El centro de las polémicas y diferencias lo ocupaba naturalmente la cuestión del carácter histórico de la revolución rusa y los caminos que tomaría su desarrollo en el futuro. En sí y de por sí esta guerra de concepciones y pronósticos no se relaciona directamente con la biografía de Stalin, quien no tuvo en ella ninguna participación independiente. Los pocos artículos de propaganda que escribió sobre este tema carecen en absoluto de interés teórico. Docenas de bolcheviques que manejaban la pluma popularizaron las mismas ideas y lo hicieron muchísimo mejor. Toda exposición de conceptos revolucionarios del bolchevismo, tiene por naturaleza un sitio adecuado en una biografía de Lenin.

Pero las teorías tienen su propio destino. Aunque durante el período de la primera revolución, y también más tarde, cuando se elaboraron y aplicaron las doctrinas revolucionarias, Stalin no

sostuvo ninguna posición independiente, desde 1924 en adelante la situación cambia abruptamente. Se abre la etapa de la reacción burocrática y de la revisión drástica del pasado. La película de la revolución se proyecta al revés. Se someten las viejas doctrinas a nuevos enfoques y nuevas interpretaciones. De manera a primera vista bastante inesperada se traslada el centro de la atención a la concepción de “la revolución permanente”, a la que se presenta como fuente de todos los desatinos del “trotskismo”. Durante varios años la crítica de esta concepción conforma el contenido principal del trabajo teórico -sit venio verbo [si es que se puede usar tal palabra]- de Stalin y sus colaboradores. Se puede decir que todo el stalinismo, considerándolo en el plano teórico, se desarrolló a partir de la crítica a la teoría de la revolución permanente tal como fue formulada en 1905. En esta medida, no puede dejar de aparecer en este libro, aunque sea en forma de apéndice, la exposición de esta teoría en sus diferencias con las de los bolcheviques y mencheviques.

Lo que caracteriza en primer lugar el desarrollo de Rusia es el atraso. El atraso histórico, sin embargo, no significa la mera reproducción del desarrollo de los países avanzados con una simple demora de uno o dos siglos. Engendra una formación social combinada totalmente nueva, en la que las conquistas más recientes de la técnica y la estructura capitalista se entrelazan con relaciones propias de la barbarie feudal y prefeudal, transformándolas, sometiéndolas y creando una relación peculiar entre las clases. Lo mismo se aplica al terreno de las ideas. Precisamente a causa de su retraso histórico, Rusia fue el único país europeo en el que el marxismo como doctrina y la socialdemocracia como partido alcanzaron antes de la revolución burguesa un poderoso desarrollo. Es entonces natural que precisamente en Rusia se haya sometido al más profundo análisis teórico el problema de la relación entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo.

Los demócratas idealistas, especialmente los narodnikis, se negaban supersticiosamente a reconocer que la revolución inminente sería burguesa. La rotulaban de democrática, tratando, con una fórmula política neutral, de ocultar a los demás y a sí mismos su contenido social. Pero, en lucha contra el narodnikismo, Plejanov, el fundador del marxismo ruso, planteó ya a principios

de la década del 80 del siglo pasado que no había razón alguna para suponer que Rusia seguiría un camino privilegiado. Igual que otras naciones “profanas” tendría que atravesar el purgatorio del capitalismo; así precisamente lograría la libertad política indispensable para la lucha posterior del proletariado por el socialismo. Plejanov no sólo separaba como tareas la revolución burguesa de la socialista, a la que posponía para un futuro indefinido; suponía que en cada una de ellas se darían combinaciones de fuerzas totalmente diferentes. El proletariado conquistaría la libertad política en alianza con la burguesía liberal; después de varias décadas, y con un nivel superior de desarrollo capitalista, realizaría la revolución socialista en lucha directa contra la burguesía. Lenin, por su parte, escribía a fines de 1904:

“Al intelectual ruso siempre le parece que reconocer nuestra revolución como burguesa significa desteñirla, degradarla, rebajarla [...]. Para el proletariado la lucha por la libertad política y la república democrática en la sociedad burguesa es simplemente una etapa necesaria en la lucha por la revolución socialista”.

“Los marxistas están absolutamente convencidos -escribía en 1905- del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Significa que las transformaciones democráticas que se han vuelto indispensables en Rusia [...] no implican, por sí mismas, la liquidación del capitalismo, del gobierno burgués. Por el contrario, abonarán el terreno, por primera vez y de manera real, para un desarrollo del capitalismo amplio y rápido, europeo y no asiático. Permitirán por primera vez el gobierno de la burguesía como clase [...].

“No podemos saltar por encima del marco democrático burgués de la revolución rusa -insistía- pero podemos extender este marco en grado colosal”. Es decir, podemos crear dentro de la sociedad burguesa condiciones mucho más favorables para la lucha futura del proletariado. Dentro de estos límites Lenin seguía a Plejanov. El carácter burgués de la revolución fue el punto de partida de las dos fracciones de la socialdemocracia rusa.

Es bastante natural que en estas condiciones Koba [Stalin] no haya ido en su propaganda más allá de esas fórmulas populares que forman parte del patrimonio común de bolcheviques y mencheviques.

“La Asamblea Constituyente -escribió en enero de 1905- electa en base al sufragio igualitario, directo y secreto: por esto tenemos que luchar ahora. Sólo esta asamblea nos dará la república democrática, que tan urgentemente necesitamos en nuestra lucha por el socialismo”. La república burguesa como escenario de una postergada lucha de clases por la meta socialista; ésa es la perspectiva. En 1907, es decir, después de innumerables discusiones publicadas en la prensa de San Petersburgo y en la del extranjero, y después de un serio análisis de los pronósticos teóricos en base a las experiencias de la primera revolución, Stalin escribía:

“Parece que todos están de acuerdo en nuestro partido en que nuestra revolución es burguesa, que concluirá con la destrucción del orden feudal y no del orden capitalista, que culminará sólo con la república democrática”. Stalin no se refería a cómo comienza la revolución sino a cómo termina, y de antemano y bastante categóricamente la limitaba a “sólo la república democrática”. En vano buscaríamos en sus escritos siquiera un indicio de alguna perspectiva de revolución socialista ligada a un vuelco democrático. Esta seguía siendo su posición, todavía a comienzos de la Revolución de Febrero de 1917, hasta la llegada de Lenin a San Petersburgo.

Para Plejanov, Axelrod y en general todos los líderes del menchevismo la caracterización sociológica de la revolución como burguesa era políticamente válida sobre todo porque prohibía de antemano provocar a la burguesía con el espectro del socialismo y “echarla” en brazos de la reacción. “Las relaciones sociales han madurado en Rusia solamente para la revolución burguesa”, decía el principal táctico del menchevismo, Axelrod, en el Congreso de Unidad [abril de 1906]. “Ante la liquidación generalizada de los derechos políticos en nuestro país ni hablar se puede siquiera de una batalla directa entre el proletariado y otras clases por el poder político [...] El proletariado lucha por lograr las condiciones que permitirán el desarrollo burgués. Las condiciones históricas objetivas determinan que sea el destino de nuestro proletariado colaborar inevitablemente con la burguesía en la lucha contra el enemigo común”. De esa manera, se limitaba de antemano el contenido de la revolución rusa a las transformaciones compatibles con los intereses y posiciones de la burguesía liberal.

Es precisamente en este punto que comienza el desacuerdo básico entre las dos fracciones. El bolchevismo se negaba absolutamente a reconocerle a la burguesía rusa la capacidad de llevar hasta el fin su propia revolución. Con una fuerza y una coherencia infinitamente superiores a las de Plejanov, Lenin planteó la cuestión agraria como el problema central del vuelco democrático en Rusia. “El eje de la revolución rusa –repitió– es la cuestión agraria (de la propiedad de la tierra). Las conclusiones respecto a la derrota o la victoria de la revolución tienen que basarse en el cálculo [...] de la situación en que se hallan las masas para luchar por la tierra”. Igual que Plejanov, Lenin consideraba al campesinado como una clase pequeñoburguesa; su programa agrario como un programa de progreso burgués. “La nacionalización es una medida burguesa –insistía en el Congreso de Unidad–. Dará impulsos al desarrollo del capitalismo; agudizará la lucha de clases, favorecerá la movilidad de la propiedad de la tierra, provocará la inversión de capitales en la agricultura, hará bajar los precios de los cereales”. Pese al indudable carácter burgués de la revolución agraria, la burguesía rusa seguía siendo hostil a la expropiación de los latifundios; precisamente por eso tendía al compromiso con la monarquía basado en una constitución de tipo prusiano. Lenin contraponía a la idea de Plejanov de una alianza entre el proletariado y la burguesía liberal la de una alianza entre el proletariado y el campesinado. Proclamó como tarea de la colaboración revolucionaria de estas dos clases la implantación de una “dictadura democrática”, único medio de limpiar radicalmente a Rusia de toda la basura feudal, crear un sistema de campesinos libres y allanar el camino al desarrollo del capitalismo según el modelo norteamericano, no el prusiano.

“El triunfo de la revolución -escribía- puede culminar solamente en una dictadura, ya que la realización de las transformaciones que el proletariado y el campesinado necesitan inmediata y urgentemente provocará la resistencia desesperada de los terratenientes, la gran burguesía y el zarismo. Sin la dictadura será imposible quebrar esta resistencia y rechazar los ataques contrarrevolucionarios. Pero no será, por supuesto, una dictadura socialista sino una dictadura democrática. No podrá afectar (antes de una serie de etapas transicionales del proceso revolucionario)

los fundamentos del capitalismo. Podrá, en el mejor de los casos, realizar una repartición radical de la propiedad agraria en favor del campesinado, introducir una democracia coherente y plena hasta instituir la república, hacer desaparecer todas las características asiáticas y feudales tanto de la vida cotidiana de la aldea como de la fábrica, comenzar a mejorar seriamente la situación de los trabajadores y a elevar su nivel de vida, y, lo que es muy importante, trasladar la conflagración revolucionaria a Europa”.

La concepción de Lenin representó un enorme avance en tanto no partía de las reformas constitucionales sino del cambio agrario como objetivo central de la revolución y señalaba la única combinación de fuerzas sociales que realmente podía realizarlo. El punto débil de la concepción de Lenin, sin embargo, estaba en la idea internamente contradictoria de “la dictadura democrática del proletariado y el campesinado”. El mismo Lenin subestimaba la limitación fundamental de esta dictadura al llamarla burguesa. Con esto quería decir que, en función de preservar su alianza con el campesinado, el proletariado, en la revolución que se aproximaba, tendría que postergar el planteo directo de los objetivos socialistas. Pero esto hubiera significado la renuncia del proletariado a su propia dictadura. En consecuencia, la esencia de la cuestión residía en la dictadura del campesinado, aunque con la participación de los obreros.

En algunas ocasiones Lenin lo planteó precisamente así. Por ejemplo, en la Conferencia de Estocolmo [abril de 1906], al refutar a Plejanov, que se pronunció en contra de la “utopía” de la toma del poder, Lenin dijo: “¿Cuál es el programa que está en discusión? El programa agrario. ¿Quién se supone que tomará el poder con este programa? El campesinado revolucionario. ¿Acaso mezcla Lenin el poder del proletariado con este campesinado?”. No, dice refiriéndose a sí mismo: Lenin diferencia tajantemente el poder socialista del proletariado del poder democrático burgués del campesinado. “Pero -exclama nuevamente- ¿cómo será posible que triunfe la revolución campesina sin la toma del poder por el campesinado revolucionario?”. En esta formulación polémica Lenin revela con particular claridad la vulnerabilidad de su posición.

El campesinado está disperso sobre la superficie de un enorme país cuyos lugares de concentración claves son las ciudades. El campesinado es incapaz de formular siquiera sus propios intereses, en tanto aparecen como diferentes en cada distrito. La ligazón económica entre las provincias la crean el mercado y el ferrocarril, pero ambos están en manos de las ciudades. Al tratar de romper con las limitaciones de la aldea y generalizar sus propios intereses, el campesinado inevitablemente cae en dependencia política de la ciudad. Finalmente, el campesinado es heterogéneo en sus relaciones sociales: el sector de los kulaks [campesinos ricos] tiende naturalmente a la alianza con la burguesía urbana, mientras que los sectores más pobres de la aldea se inclinan hacia el proletariado urbano. En estas condiciones el campesinado como tal es totalmente incapaz de tomar el poder.

Es cierto que en la antigua China las revoluciones llevaron al poder al campesinado o, más precisamente, a los dirigentes militares de las insurrecciones campesinas. Esto llevaba cada vez a una nueva división de la tierra y a la instauración de una nueva dinastía “campesina”, a partir de la cual todo empezaba de nuevo; una nueva concentración de la tierra, una nueva aristocracia, un nuevo sistema de usura y una nueva insurrección. En tanto la revolución conserva su carácter netamente campesino la sociedad es incapaz de salir de estos círculos viciosos. Esta fue la base de la historia antigua de Asia, incluyendo la rusa. En Europa, a partir de fines de la Edad Media, toda insurrección campesina que triunfaba no llevaba al poder un gobierno campesino sino a un partido urbano de izquierda. Para plantearlo con más precisión, una insurrección campesina tenía éxito exactamente en la medida en que lograba fortalecer la situación del sector revolucionario de la población urbana. En la Rusia burguesa del siglo XX ni hablar cabía de la toma del poder por el campesinado revolucionario.

La actitud hacia la burguesía liberal fue, como ya lo dijimos, lo que diferenciaba a revolucionarios y oportunistas en las filas socialdemócratas. ¿Hasta dónde podía llegar la revolución rusa? ¿Qué carácter tendría el futuro gobierno provisional revolucionario? ¿Qué tareas enfrentaría? ¿Y qué orden? Estas cuestiones tan importantes podían plantearse correctamente sólo teniendo

en cuenta el carácter fundamental de la política del proletariado, determinado a su vez por la actitud que asumiría respecto a la burguesía liberal. Plejanov, de manera evidente y cobarde, cerraba los ojos a la conclusión básica que se extrae de la historia política del siglo XIX: cada vez que el proletariado avanza como fuerza política independiente la burguesía se vuelca al campo de la contrarrevolución. Cuanto más audaz es la lucha de las masas más rápida es la degeneración reaccionaria del liberalismo. Nadie inventó todavía una manera de paralizar las consecuencias de la ley de la lucha de clases.

“Debemos alegrarnos por el apoyo de los partidos no proletarios –repetía Plejanov durante la primera revolución– y no alejarlos de nosotros con acciones poco tácticas”. Con esta suerte de argumentaciones monótonas el filósofo del marxismo señalaba que le era inaccesible la dinámica viva de la sociedad. “La falta de táctica” puede alejar a un sensitivo intelectual individualmente. Lo que atrae y rechaza a las clases y los partidos son los intereses sociales. “Puede asegurarse con certeza –replicaba Lenin a Plejanov– que los liberales y los terratenientes le perdonarán millones de ‘acciones poco tácticas’ pero ni un solo llamado a tomar las tierras”. Y no sólo los terratenientes. Las capas más altas de la burguesía están ligadas con los terratenientes por los intereses que derivan de la propiedad, y más estrechamente por el sistema bancario. Las capas más altas de la pequeña burguesía y la *intelligentzia* dependen material y moralmente de los grandes y medianos propietarios; todos ellos temen al movimiento independiente de las masas. Además, para derrocar al zarismo es necesario decidir a decenas y decenas de millones de oprimidos al asalto heroico, abnegado, sin trabas, que no se detendría ante nada. Las masas pueden elevarse hasta la insurrección sólo bajo el estandarte de sus propios intereses, y en consecuencia de la hostilidad irreconciliable hacia las clases explotadoras, comenzando con los terratenientes. El “alejamiento” de la burguesía opositora respecto de los obreros y campesinos revolucionarios era por lo tanto una ley inmanente de la revolución, y no se lo podía eludir con la diplomacia o el “tacto”.

Cada mes que pasaba confirmaba la caracterización leninista del liberalismo. Contrariamente a las expectativas de los menchevi-

ques, los kadetes no sólo no se disponían a ocupar su lugar al frente de la revolución “burguesa”, sino consideraban, cada vez en mayor medida, que su misión histórica era la de luchar contra la revolución.

Luego del aplastamiento de la Insurrección de Diciembre, los liberales, que gracias a la efímera Duma salieron a la escena política, hicieron los mayores esfuerzos para justificarse ante la monarquía y explicar lo poco activo de su conducta contrarrevolucionaria en el otoño de 1905, cuando se vieron amenazados los fundamentos más sagrados de la “cultura”. El dirigente liberal Miliukov, que condujo las negociaciones tras las bambalinas con el Palacio de Invierno, demostró en la prensa, de manera bastante correcta, que a fines de 1905 los kadetes ni siquiera podían mostrarse ante las masas. “Los que ahora acusan al partido [kadete] -escribía- por no haber protestado a tiempo convocando a manifestaciones contra las ilusiones revolucionarias del trotskismo [...] simplemente no comprenden o no recuerdan los ánimos reinantes en las reuniones o actos democráticos de ese entonces”. Por “ilusiones del trotskismo” el dirigente liberal entiende la política independiente del proletariado, que les ganó a los soviets la simpatía de los sectores más sumergidos de las ciudades, de los soldados, los campesinos y todos los oprimidos, que por la misma razón rechazaban a la “sociedad educada”. La evolución de los mencheviques siguió líneas paralelas. Tenían que justificarse con frecuencia cada vez mayor ante los liberales por haber constituido un bloque con Trotsky después de octubre de 1905. Las explicaciones de Martov, el talentoso publicista de los mencheviques, fueron tan bajas que llegó a plantear que fue necesario hacer concesiones a las “ilusiones revolucionarias” de las masas.

En Tiflis los agrupamientos se conformaron sobre las mismas bases principistas que en San Petersburgo. “Que se aplaste a la reacción -escribía Jordania, el dirigente de los mencheviques caucásicos-, que se conquiste y se aplique la constitución, dependerá de la unificación consciente de las fuerzas del proletariado y de la burguesía y de su lucha en pro del objetivo común [...] Es cierto que el campesinado será arrastrado al movimiento infiriéndole un carácter elemental, pero sin embargo el rol decisivo lo jugarán estas dos clases, mientras que el campesinado llevará

agua a su molino”. Lenin se burlaba de los temores de Jordania de que una política irreconciliable hacia la burguesía hunda a los obreros en la impotencia. Jordania “discute el problema del posible aislamiento del proletariado en la insurrección democrática y se olvida... del campesinado! Entre todos los posibles aliados del proletariado señala a los terratenientes liberales y se enamora de ellos. Y no señala a los campesinos. ¡Y eso en el Cáucaso!”.

La refutación de Lenin, aunque correcta en esencia, simplifica la cuestión en un aspecto. Jordania no se “olvidaba” de los campesinos; como se desprende de la misma cita de Lenin, no podría haberlo olvidado en el Cáucaso, donde se estaba rebelando tumultuosamente bajo las banderas de los mencheviques. Jordania veía en el campesinado, sin embargo, no tanto un aliado político como un ariete histórico que podía ser utilizado por la burguesía aliada al proletariado. No creía que el campesinado pudiera transformarse en una fuerza dirigente, ni siquiera independiente, en la revolución; y en esto no se equivocaba. Pero tampoco creía que el proletariado pudiera llevar al triunfo la insurrección campesina; y aquí estaba su error fatal.

La idea menchevique de una alianza entre el proletariado y la burguesía significaba en realidad el sometimiento de los obreros y los campesinos a los liberales. El utopismo reaccionario de este programa estaba determinado por el hecho de que la avanzada desintegración de las clases negaba de antemano a la burguesía la posibilidad de constituirse en un factor revolucionario. En este aspecto fundamental tenían absoluta razón los bolcheviques: una alianza con la burguesía liberal inevitablemente pondría a la socialdemocracia en contra del movimiento revolucionario de los obreros y campesinos. En 1905 los mencheviques todavía no tenían el coraje suficiente como para sacar todas las conclusiones necesarias de su teoría de la revolución “burguesa”. En 1917 llevaron sus ideas hasta sus últimas consecuencias y se rompieron la cabeza.

En el problema de la actitud hacia los liberales Stalin estuvo del lado de Lenin durante la primera revolución. Hay que aclarar que en esta época hasta la mayoría de la base menchevique estaba más cerca de Lenin que de Plejanov en lo tocante a la bur-

guesía opositora. Era una tradición literaria en el radicalismo intelectual el desprecio a los liberales. Sería sin embargo tarea vana buscar en Koba [Stalin] una contribución independiente sobre esta cuestión, un análisis de las relaciones sociales en el Cáucaso, nuevos argumentos o siquiera una formulación nueva de los argumentos viejos. Jordania era mucho más independiente respecto a Plejanov que Stalin respecto a Lenin. “En vano intentan los Señores Liberales -escribió Koba después del 9 de enero- salvar el trono tambaleante del zar. ¡En vano le tienden la mano! [...] Las masas populares rebeladas se preparan para la revolución, no para la reconciliación con el zar [...]. Sí señores, vuestros esfuerzos son inútiles. ¡La revolución rusa es inevitable, tan inevitable como que salga el sol! ¿Pueden ustedes evitar que salga el sol? ¡Esa es la cuestión!” Y etcétera, etcétera. Koba no fue más allá. Dos años y medio después, repitiendo a Lenin casi literalmente, escribía: “La burguesía liberal rusa es antirrevolucionaria. No puede ser la fuerza motriz ni, mucho menos, la dirigente de la revolución. Es el enemigo jurado de la revolución y se impone librar una lucha audaz contra ella.” Sin embargo, precisamente alrededor de este problema fundamental Stalin iba a sufrir una metamorfosis total durante los diez años siguientes. La Revolución de Febrero de 1917 lo encontró participando en un bloque con la burguesía liberal y en consecuencia hecho un campeón del planteo de la unidad con los mencheviques en un solo partido. Sólo la llegada de Lenin desde el extranjero puso punto final a la política independiente de Stalin, a la que calificó de caricatura del marxismo.

Los narodnikis veían en los obreros y campesinos simplemente trabajadores y explotados, todos igualmente interesados en el socialismo. Los marxistas consideraban al campesino solamente un pequeño burgués que puede volverse socialista sólo en la medida en que deja, material o espiritualmente, de ser un campesino. Con el sentimentalismo que les era peculiar, los narodnikis veían en esta caracterización sociológica un insulto moral al campesinado. Estas fueron, durante dos generaciones, las líneas generales de la principal lucha entre las tendencias revolucionarias de Rusia. Para comprender las polémicas posteriores entre el stalinismo y el trotskismo es necesario hacer notar una vez más

que Lenin nunca, ni por un momento siquiera, consideró al campesinado un aliado socialista del proletariado. Por el contrario, planteaba la imposibilidad de la revolución socialista en Rusia porque partía de la preponderancia colosal del campesinado. Esta idea aparece en todos los artículos en los que se refiere directa o indirectamente a la cuestión agraria.

“Apoyamos al movimiento campesino -escribía Lenin en setiembre de 1905- en la medida en que es un movimiento democrático revolucionario. Nos preparamos (ahora, inmediatamente) a luchar contra él en la medida en que se desarrollará como un movimiento reaccionario, antiproletario. La esencia misma del marxismo reside en esta doble tarea [...]”. Lenin consideraba aliados socialistas al proletariado occidental y parcialmente a los elementos semiproletarios de la aldea rusa, pero nunca al campesinado como tal. “Desde el principio apoyaremos, hasta las últimas consecuencias, apelando a todas las medidas, hasta la confiscación -repetía con la insistencia que le era propia- al campesinado en general contra el terrateniente, y posteriormente (y ni siquiera posteriormente sino al mismo tiempo) apoyaremos al proletariado contra el campesinado en general.”

“El campesinado conquistará la revolución democrático burguesa -escribía en marzo de 1906- y de esta manera agotará completamente su espíritu revolucionario. El proletariado conquistará la revolución democrático burguesa y de esta manera desplegará verdaderamente su genuino espíritu revolucionario socialista”. “El movimiento campesino -repetía en mayo del mismo año- pertenece a una clase diferente. No es una lucha contra los fundamentos del capitalismo sino para liquidar los restos del feudalismo”. Se puede seguir en Lenin esta posición de uno a otro de sus artículos, año a año, tomo a tomo. Varían la forma de expresarse y los ejemplos, pero la idea básica sigue siendo la misma. No podía ser de otro modo. Si Lenin hubiera considerado al campesinado un aliado socialista, no tendría asidero su insistencia en el carácter burgués de la revolución y en la limitación de la “dictadura del proletariado y el campesinado” a tareas democráticas. En los casos en que Lenin acusó al autor de este libro de “subestimar” al campesinado no se refería, en absoluto, a mi no reconocimiento de las tendencias socialistas de éste. Por el

contrario, lo que tenía en mente era mi no aceptación, incorrecta desde su punto de vista, de la independencia democrático burguesa de ese sector, de su capacidad para crear su propio poder y por ende impedir la implantación de la dictadura socialista del proletariado.

La reconsideración de los conceptos en juego alrededor de este problema se inició recién con la reacción termidoriana, cuyos comienzos coincidieron aproximadamente con la enfermedad y la muerte de Lenin. Desde entonces se proclamó que la alianza de los obreros y los campesinos rusos constituía por sí misma una garantía suficiente contra los peligros de la restauración y un testimonio inmutable de la realización del socialismo dentro de las fronteras de la Unión Soviética. Al reemplazar la teoría de la revolución internacional por la del socialismo en un solo país, Stalin comenzó a considerar “trotskismo” la caracterización marxista del campesinado y, peor aún, refiriéndose no sólo al presente sino a todo el pasado.

Es admisible, por supuesto, plantearse si la concepción marxista clásica del campesinado se demostró errónea. Este tema nos llevaría mucho más allá de los límites de esta revisión. Basta con señalar aquí que el marxismo nunca otorgó a su caracterización del campesinado como clase no socialista un carácter absoluto y estático. El mismo Marx dijo que el campesinado no posee sólo supersticiones sino también la capacidad de razonar. Bajo condiciones variables también varía la índole del campesinado. El régimen de la dictadura del proletariado abrió posibilidades muy amplias de influir sobre el campesinado y reeducarlo. La historia todavía no agotó los límites de estas posibilidades. Sin embargo, ahora ya está claro que el creciente rol que juega la coerción estatal en la URSS no refutó, sino confirmó fundamentalmente la actitud hacia el campesinado que distinguió a los marxistas rusos desde los narodnikis. Sin embargo, sea cual sea la situación actual al respecto, hoy, veinte años después de instaurado el nuevo régimen, es indiscutible que hasta la Revolución de Octubre, o más correctamente hasta 1924, ningún marxista, y Lenin menos que nadie, consideró al campesinado un factor socialista. Lenin repetía que sin la ayuda de la revolución proletaria en Occidente la restauración sería inevitable en Rusia. No estaba

equivocado: la burocracia stalinista no es otra cosa que la restauración burguesa en Rusia.

Ya hemos analizado el punto de partida de cada una de las dos fracciones fundamentales de la socialdemocracia rusa. Pero paralelamente se formuló una tercera posición, ya con el despuntar de la primera revolución, que casi nadie aceptó en esos años. Nos vemos obligados a plantearla aquí con la necesaria extensión, en parte porque los acontecimientos de 1917 la confirmaron. Pero sobre todo porque siete años después de la Revolución de Octubre esta concepción, luego de habérsela distorsionado al máximo, comenzó a jugar un papel totalmente imprevisto en la evolución de Stalin y del conjunto de la burocracia soviética.

A comienzos de 1905 se publicó en Ginebra un folleto de Trotsky. En él se analizaba la situación política tal como se daba en el invierno de 1904. El autor llegaba a la conclusión de que la campaña independiente de los liberales de petitorios y banquetes había agotado ya todas sus posibilidades; que la *intelligentzia* radical, que había puesto todas sus esperanzas en los liberales, estaba junto con éstos en un callejón sin salida; que el movimiento campesino estaba creando las condiciones favorables para la victoria pero era incapaz de garantizarlas; que sólo se podría llegar a una definición a través de una insurrección armada del proletariado; que la fase siguiente de este proceso sería la huelga general. El folleto se titulaba “Antes del 9 de enero”, porque fue escrito antes del Domingo Sangriento de San Petersburgo. La poderosa oleada de huelgas que estalló luego, junto con los enfrentamientos armados que complementaron las huelgas, fueron una confirmación inequívoca de las previsiones estratégicas de este folleto.

La introducción a mi trabajo la escribió Parvus, un emigrado ruso que en ese entonces se destacaba en Alemania como escritor. Parvus era una personalidad excepcionalmente creativa, tan capaz de asumir las ideas de los demás como de enriquecer a los demás con sus ideas. Le faltaba el equilibrio interno y el amor al trabajo necesarios para brindar al movimiento obrero la colaboración digna de su talento como pensador y escritor. Ejerció una influencia indudable en mi desarrollo personal, especialmente en lo que hace a la comprensión socialista revolucionaria de nuestra

época. Unos años antes de nuestro primer encuentro Parvus había defendido apasionadamente en Alemania la idea de la huelga general; pero en ese entonces el país atravesaba un prolongado boom industrial, la socialdemocracia se había adaptado al régimen de los Hohenzollern; la propaganda revolucionaria de ese extranjero no tuvo más eco que una irónica indiferencia. Al conocer, dos días después de los sangrientos acontecimientos de San Petersburgo, el manuscrito de mi folleto, Parvus se sintió cautivado por la idea del rol excepcional que estaba destinado a jugar el proletariado en la atrasada Rusia. Pasamos conversando esos pocos días que estuvimos juntos en Munich, que nos clarificaron muchas cosas a ambos y nos acercaron personalmente. La introducción al folleto escrita por Parvus entró entonces a formar parte de la historia de la revolución rusa. En pocas páginas iluminó las peculiaridades sociales de la Rusia atrasada; es cierto que ya se las conocía, pero nadie había planteado las conclusiones que se desprenden necesariamente de ellas.

“El radicalismo político de Europa occidental -escribió Parvus- se apoyaba, como ya se sabe, fundamentalmente en la pequeña burguesía. Esta estaba constituida por los artesanos y, en general, por ese sector de la burguesía que había sido atrapado por el desarrollo industrial pero al mismo tiempo hecho a un lado por la clase capitalista [...]. En Rusia, durante el período precapitalista, las ciudades avanzaron más según el modelo chino que el europeo. Eran centros administrativos, de carácter puramente burocrático, sin la menor importancia política, mientras que en términos económicos servían sólo de centros comerciales, de bazares, para los terratenientes y campesinos ricos de los alrededores. Su desarrollo era insignificante todavía cuando irrumpió el proceso capitalista, que comenzó a crear ciudades siguiendo su propio modelo, es decir, ciudades fabriles y centros del comercio mundial [...]. El mismo elemento que obstaculizó el avance de la democracia pequeño-burguesa favoreció la conciencia de clase del proletariado ruso, es decir, el débil desarrollo de las formas de producción artesanales. El proletariado se concentró inmediatamente en las fábricas [...].

“Los campesinos se pondrán en movimiento aún más masivamente. Pero ellos sólo pueden incrementar la anarquía política

del país y, de este modo, debilitar al gobierno; no pueden constituir un compacto ejército revolucionario. Por lo tanto, con el desarrollo de la revolución el proletariado tendrá que encarar una tarea política cada vez mas amplia. Paralelamente, aumentarán su autoconciencia y su energía políticas [...].

“La socialdemocracia se verá enfrentada a la disyuntiva de asumir la responsabilidad del gobierno provisional o separarse del movimiento obrero. Los obreros considerarán suyo este gobierno más allá de cómo se conduzca la socialdemocracia [...]. Los únicos que pueden producir el cambio revolucionario en Rusia son los obreros. El gobierno revolucionario provisional de Rusia será el gobierno de una democracia obrera. Si la socialdemocracia encabeza el movimiento revolucionario del proletariado ruso, este gobierno será socialdemócrata [...].

“El gobierno provisional socialdemócrata no podrá realizar la revolución socialista en Rusia, pero el mismo proceso de liquidación de la autocracia y establecimiento de la república democrática le proporcionará un terreno muy fértil para su trabajo”.

Me encontré una vez más con Parvus, esta vez en San Petersburgo, en el tumulto de los acontecimientos revolucionarios del otoño de 1905. Mientras nos manteníamos organizativamente independientes de ambas fracciones, editábamos juntos un periódico obrero de masas, *Ruskoie Slovo* [La Palabra Rusa], y en alianza con los mencheviques un periódico político, *Nachalo* [El Comienzo]. A menudo se relacionó la teoría de la revolución permanente con los nombres de “Parvus” y “Trotsky”. Esto era correcto sólo parcialmente. La época de apogeo revolucionario de Parvus fue el fin del siglo pasado, cuando encabezó la lucha contra el revisionismo, es decir la distorsión oportunista de la teoría de Marx. El fracaso de sus esfuerzos por empujar a la socialdemocracia alemana a una política más decidida minó su optimismo. Ante la perspectiva de la revolución socialista en Occidente, Parvus empezó a reaccionar con reservas cada vez mayores. En esa época consideraba que “el gobierno provisional socialdemócrata no podrá realizar la revolución socialista en Rusia”. Sus previsiones no señalaban, por lo tanto, la transformación de la revolución democrática en socialista sino el establecimiento

en Rusia de un régimen de democracia obrera del tipo del de Australia, donde, sobre la base de un sistema campesino, surgió por primera vez un gobierno laborista que no superó los marcos del régimen burgués.

Yo no compartía esta conclusión. La democracia australiana creció orgánicamente en la tierra virgen de un nuevo continente y asumió inmediatamente un carácter conservador, sometiendo a un proletariado joven pero bastante privilegiado. La democracia rusa, por el contrario, surgiría sólo como resultado de un grandioso vuelco revolucionario, cuya dinámica en ningún caso daría lugar al gobierno obrero a permanecer dentro de los límites de la democracia burguesa. Nuestras diferencias, que comenzaron poco después de la Revolución de 1905, terminaron en una ruptura total. A comienzos de la guerra, Parvus, en quien el escéptico había matado al revolucionario, se puso del lado del imperialismo alemán, y luego se convirtió en el consejero e inspirador del primer presidente de la república alemana, Ebert.

Comenzando con el folleto “Antes del 9 de enero”, volví más de una vez al desarrollo y justificación de la teoría de la revolución permanente. En vista de la importancia que esta teoría adquirió posteriormente en la evolución ideológica del héroe de esta biografía, se me hace necesario presentarla aquí citando con exactitud mis trabajos de 1905 y 1906.

“El conjunto de la población de una ciudad moderna, por lo menos de las ciudades de cierta significación económico-política, lo constituye la clase netamente diferenciada del trabajador asalariado. Es precisamente esta clase, esencialmente desconocida durante la gran Revolución Francesa, la destinada a jugar el rol decisivo en nuestra revolución [...]. En un país económicamente atrasado el proletariado puede llegar al poder antes que en un país capitalista avanzado. El supuesto de una especie de dependencia automática de la dictadura proletaria respecto a las fuerzas y recursos técnicos de un país es un prejuicio derivado de un materialismo ‘económico’ en extremo simplificado. Esa concepción no tiene nada en común con el marxismo [...]. A pesar de que las fuerzas productivas de la industria de Estados Unidos son diez veces superiores a las nuestras, el rol político del proletaria-

do ruso, su influencia en la política del país y su posible influencia en la política mundial son incomparablemente mayores que el rol y la significación del proletariado norteamericano [...].

La revolución rusa, según nuestro punto de vista, creará las condiciones bajo las cuales el poder puede (y con el triunfo de la revolución debe) pasar a manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan oportunidad de desarrollar al máximo su genio de estadistas [...] La burguesía rusa está entregando todas las posiciones políticas del proletariado. Del mismo modo tendrá que entregar a la dirección revolucionaria del campesinado. El proletariado en el poder aparecerá ante el campesinado como una clase emancipadora [...]. El proletariado, apoyándose en el campesinado, pondrá todas sus fuerzas en juego para elevar el nivel cultural de la aldea y desarrollar la conciencia política de los campesinos [...]. ¿Pero acaso el campesinado pasará por encima del proletariado y ocupará su lugar? Es imposible. Toda la experiencia histórica se yergue contra esta presunción. Demuestra que el campesinado es completamente incapaz de jugar un rol político independiente [...] De lo que ya dijimos resulta clara nuestra opinión sobre la idea de la ‘dictadura del proletariado y el campesinado’. El nudo de la cuestión no radica en si la admitimos o no en principio, en si consideramos ‘deseable’ o ‘indeseable’ esta forma de cooperación política. La consideramos irrealizable, al menos en un sentido directo e inmediato [...]”.

Lo ya explicado demuestra lo erróneo de la afirmación, más adelante indefinidamente repetida, de que la concepción aquí presentada “saltaba por encima de la revolución burguesa”. “La lucha por la renovación democrática de Rusia -escribí en esa época- ha surgido del capitalismo, las fuerzas que la conducen son producto del capitalismo y está dirigida directamente y ante todo contra los obstáculos que opone la servidumbre feudal al desarrollo de la sociedad capitalista”. La cuestión, sin embargo, era: ¿qué fuerzas y métodos pueden remover estos obstáculos? “Podemos poner punto final a las cuestiones que plantea la revolución afirmando que la nuestra es burguesa por sus fines objetivos y en consecuencia por sus resultados inevitables. Corremos entonces el peligro de cerrar los ojos ante el hecho de que el prin-

cial agente de esta revolución burguesa es el proletariado, y de que todo el proceso de la revolución empujará a éste al poder [...]. Podemos tranquilizarnos con la idea de que las condiciones sociales de Rusia no están maduras todavía para una economía socialista, y negarnos así a considerar el hecho de que el proletariado, una vez en el poder, se verá inevitablemente empujado, por la misma lógica de su situación, a introducir una economía controlada por el Estado [...]. El mismo acto de entrar al gobierno no como huéspedes impotentes sino como fuerza dirigente permitirá a los representantes del proletariado quebrar los límites entre el programa mínimo y el máximo, es decir, poner el colectivismo a la orden del día. En qué punto se detendrá el proletariado dependerá de la relación de fuerzas, no de las intenciones originales de su partido [...].

“Pero no es demasiado pronto para plantearse este problema: ¿debe inevitablemente restringirse a los límites de la revolución burguesa la dictadura del proletariado? ¿No puede plantearse, sobre las bases histórico-mundiales existentes, alcanzar la victoria rompiendo esos límites? [...]. De una cosa podemos estar seguros: sin el apoyo estatal directo del proletariado europeo la clase obrera de Rusia no podrá permanecer en el poder ni convertir su gobierno temporario en una dictadura socialista prolongada [...]”. De aquí, sin embargo, no se desprende en absoluto un pronóstico pesimista: “La emancipación política encabezada por la clase obrera de Rusia la eleva como dirigente a alturas históricas sin precedentes, le otorga fuerzas y recursos locales y la convierte en pionera de la liquidación mundial del capitalismo, para la que la historia creó todos los requisitos objetivos necesarios [...]”.

Sobre las posibilidades de que la socialdemocracia cumpla con este objetivo histórico, yo escribía en 1906: “Los partidos socialistas europeos -sobre todo el más poderoso de ellos, el alemán- han elaborado su propio conservadurismo. A medida que masas cada vez más amplias se acercan al socialismo y que la organización y disciplina de estas masas aumenta, este conservadurismo también se incrementa. A causa de ello la socialdemocracia, como organización que corporiza la experiencia política del proletariado, puede transformarse en un momento determinado en un obstáculo directo en el camino del conflicto abierto entre los

obreros y la reacción burguesa [...]”. Concluía mi análisis, sin embargo, expresando mi plena seguridad de que “la revolución oriental llenará al proletariado occidental de idealismo revolucionario y despertará en él el deseo de hablar con su enemigo ‘en ruso’ [...]”.

Recapitulemos. El narodnikismo, cuando el surgimiento de los eslavófilos, partió de ilusiones respecto a los caminos absolutamente originales que seguiría el desarrollo ruso y dejaba de lado el capitalismo y la república burguesa. El marxismo de Plejanov hacía el eje en demostrar la identidad de principios entre las vías históricas de Rusia y las de Occidente. El programa que de aquí se derivaba ignoraba el conjunto de las peculiaridades de la estructura social y el desarrollo histórico de Rusia, reales y para nada místicas. La actitud de los mencheviques hacia la revolución, jalonada de desviaciones episódicas o individuales, se reduce a lo siguiente: el triunfo de la revolución burguesa en Rusia se concibe sólo bajo la dirección de la burguesía liberal y debe entregarle a ésta el poder. El régimen democrático permitirá entonces al proletariado ruso aliarse con sus hermanos mayores de Occidente en la lucha por el socialismo con un éxito incomparablemente mayor que el obtenido hasta entonces.

La perspectiva de Lenin puede expresarse brevemente como sigue: la retrasada burguesía rusa es incapaz de llevar hasta el final su propia revolución. La victoria total de la revolución por medio de la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado” liquidará del país el medievalismo, investirá el desarrollo del capitalismo ruso de un ritmo norteamericano, fortalecerá al proletariado de la ciudad y el campo y abrirá amplias posibilidades a la lucha por el socialismo. Por otra parte, el triunfo de la revolución rusa dará un fuerte impulso a la revolución socialista en Occidente, la que alejará de Rusia el peligro de restauración y permitirá al proletariado ruso conquistar el poder en un lapso histórico relativamente breve.

La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse en estas palabras: la victoria total de la revolución democrática en Rusia es inconcebible de otra manera que a través de la dictadura del proletariado apoyada en el campesinado.

La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá a la orden del día no sólo tareas democráticas sino también socialistas, dará al mismo tiempo un poderoso impulso a la revolución socialista internacional. Sólo el triunfo del proletariado en Occidente evitará la restauración burguesa y permitirá construir el socialismo hasta sus últimas consecuencias. Estas formulaciones concisas revelan con idéntica claridad tanto la hegemonía de las dos últimas en su oposición irreconciliable a la perspectiva liberal-menchevique con sus diferencias, en extremo esenciales, sobre la cuestión del carácter social y las tareas de la “dictadura” que surgiría de la revolución. La objeción, frecuentemente repetida, de los actuales teóricos de Moscú de que el programa de la dictadura del proletariado era “prematureo” en 1905 carece totalmente de sentido. La experiencia demostró que el programa de la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado” era igualmente “prematureo”. La relación de fuerzas desfavorable en la época de la primera revolución hacía imposible, no la dictadura del proletariado como tal sino, en general, el triunfo de la revolución. Mientras tanto, todas las tendencias revolucionarias cifraban sus esperanzas en la victoria total; sin esa esperanza sería imposible la lucha revolucionaria sin trabas. Las diferencias se referían a las perspectivas generales de la revolución y a las diferencias estratégicas que de allí se deducían. La perspectiva menchevique era falsa hasta la médula; señalaba al proletariado un camino totalmente erróneo. La del bolchevismo no era completa: señalaba correctamente la orientación general de la lucha pero caracterizaba incorrectamente sus etapas. La debilidad de la perspectiva bolchevique no se reveló en 1905 sólo porque la misma revolución no siguió desarrollándose. Pero a comienzos de 1917 Lenin, en lucha abierta contra los cuadros más viejos del partido, se vio obligado a cambiar de perspectiva.

En política no se puede pretender pronósticos tan exactos como en astronomía. Es suficiente si indican correctamente la línea general de desarrollo y ayudan a orientarse en el curso real de los acontecimientos, cuya línea básica oscila inevitablemente a derecha o izquierda. En este sentido es imposible no reconocer que la concepción de la revolución permanente ha pasado bien el examen de la historia. Durante los primeros años del régimen sovié-

tico nadie la negó expresamente; por el contrario, se la aceptaba en cantidad de publicaciones oficiales. Pero, cuando la reacción burocrática contra Octubre se abrió paso en la pasiva y osificada cúpula de la sociedad soviética, desde un comienzo atacó esta teoría. Es que ella reflejaba más acabadamente que ninguna otra la primera revolución proletaria de la historia y a la vez el carácter incompleto, limitado y parcial de ésta. Así, por oposición, se originó la teoría del socialismo en un solo país, el dogma básico del stalinismo.

III

A cien años de la Revolución rusa La teoría de la revolución después de la burocratización

Roberto Sáenz, SoB 422, 20/4/17

“Todo acontecimiento es a la vez definitivo y transitorio. Se prolonga en el tiempo, bajo aspectos a veces imprevisibles” (Víctor Serge, “Treinta años después de la Revolución Rusa”)

Ocurre que el cien aniversario de la Revolución Rusa es una evidente oportunidad para retornar sobre la teoría de la Revolución socialista. La formulación contemporánea de la misma fue realizada por León Trotsky en *La Revolución Permanente*; sintetizaba allí la experiencia de la Revolución Rusa y las revoluciones que le fueron contemporáneas hasta ese momento (1930).

Completar la teoría de la revolución

El curso de la Revolución Rusa dio lugar a comparaciones con la Revolución Francesa, revolución burguesa por antonomasia y mayor revolución histórica hasta 1917. Los orígenes de la teo-

ría política del marxismo se forjaron estudiándola críticamente y asimilando los desarrollos ocurridos durante el siglo XIX con los levantamientos abortados de 1830 y 1848 así como con la primera experiencia de la dictadura proletaria, la *Comuna de París*.

Todas estas experiencias hablaron de la impotencia de la pequeño burguesía para cumplir un rol independiente. La teoría de la revolución por etapas (que desempolvó Stalin en su lucha contra la Oposición de Izquierda), no pasó la prueba de los hechos: terminó en tremendas derrotas en China y España (esto por no olvidarnos de la capitulación ignominiosa en Alemania por cuenta de la teoría ultraizquierdista del “Tercer Período” estalinista).

En la segunda posguerra el patrón pareció cambiar: direcciones pequeño burguesas de base campesina o de las clases medias urbanas parecieron llevar adelante la revolución “socialista” en China, Cuba y la ex Yugoslavia. Incluso sin revolución alguna, desde arriba y en frío, el estalinismo expropió al capitalismo en los países del Este europeo a la salida de la Segunda Guerra (en 1939 había hecho lo propio en la porción de Polonia que le tocó de su reparto con Hitler).

Por otra parte, en su giro “izquierdista” a finales de los años ‘20 Stalin la emprendió contra los campesinos y liquidó lo que restaba de la propiedad privada agraria. Escritores “trotskistas” como Isaac Deutscher hablaron de una “segunda Revolución Rusa” realizada por el dictador, cuando lo que estaba concretándose era una **contrarrevolución burocrática**: *“Stalin (...) se anotó una inmensa victoria política: quebró la columna vertebral del arcaico individualismo rural que amenazaba frustrar la industrialización”* (Deutscher, 2007; pp. 99)¹.

Trotsky no llegó a apreciar en toda su cabalidad estos desarrollos²

1 Para Deutscher “Stalin estaba socializando la tierra a su manera”, lo que formulado así daba a entender que estaba llevando adelante la revolución.

2 Murphy señala con agudeza que, de todas maneras, los análisis de Trotsky tuvieron la **plasticidad** de ir dando cuenta de los desarrollos de manera permanente, razón de más por la cual es difícil no cometer injusticias cuando se quiere dar un juicio “definitivo” sobre sus opiniones (sobre la burocratización de la ex URSS). De ahí que siempre nos haya parecido más atinado tomar sus análisis con “beneficio de inventario”: **como un punto de apoyo para una elaboración ulterior**.

Tuvo la suficiente sensibilidad, sin embargo, para calificar la colectivización estalinista como una “**monstruosidad**”: “*Nunca se le había ocurrido que una clase social tan numerosa como la burguesía rural pudiera o debiera ser destruida por decreto y por la violencia, que millones de personas debieran ser despojadas y condenadas a la muerte social y, en muchos caso, a la muerte física también*” (Deutscher; 2007; 91).

Algunos desarrollos los pudo observar en tiempo real aunque quizás no con la suficiente distancia histórica (de ahí que mantuviera hasta el final su definición de la ex URSS como Estado obrero burocratizado); otros ya no viviría para apreciarlos. De todas maneras, hizo un enorme esfuerzo de interpretación durante la colectivización forzosa del campo y la industrialización acelerada, lo mismo que sentó posición sobre la primera ocupación de Polonia. De ahí que haya colocado en *El Programa de Transición* esa idea –que habían estado dando vueltas con Lenin durante 1917- de que en condiciones excepcionales de crisis, guerra, revolución, crack económico, la pequeña burguesía podría verse empujada a romper con la burguesía en una vía anticapitalista, aunque condicionando este desarrollo a la idea de que eso sería sólo “un corto período de tiempo”: **una suerte de “interregno” hacia la verdadera dictadura del proletariado.**

Las revoluciones china, cubana, yugoslava, etcétera, constituyeron **un enorme desafío para la teoría de la revolución permanente.** La revolución no fue por etapas: el capitalismo fue expropiado. Pero los que llevaron adelante estas tareas no fueron la clase obrera, sus partidos y organizaciones: **fueron las direcciones pequeñas burguesas burocráticas por exclusión expresa de la clase obrera.** Lo mismo ocurrió con el proceso de transición (bloqueado) abierto luego de la toma del poder por parte de esas direcciones.

Durante el debate en el seno de la Oposición de Izquierda en 1928/9, Trotsky había insistido en que para apreciar el carácter de los desarrollos, no alcanzaba con evaluar las tareas llevadas adelante sino **quién y cómo las realizaban.** Siempre hemos dicho que esta simple afirmación **encierra una clave teórica**

para comprender las revoluciones de posguerra (y, más en general, los procesos de transición bloqueados). El hecho de que, finalmente, la clase obrera no haya tomado el poder, o haya sido desalojada del mismo, de que no se hayan constituido realmente dictaduras proletarias (o que se haya perdido ese carácter en la Rusia soviética), dejó colocada la discusión sobre **el carácter de las sociedades** donde el capitalismo fue expropiado, pero la clase obrera no tuvo arte ni parte en los asuntos: **el problema del sustituismo social de la clase obrera.**

Nuestra posición es que la teoría de la revolución y de la transición socialista se **enriquecieron críticamente** con esos desarrollos, demostrando que el carácter socialista de ambos eventos quedó **cuestionado**: que no se trata solamente de qué tareas se llevan adelante, sino quién y cómo las ejecutan.

El “determinismo paramétrico” del que hablara Mandel (en relación a un orden de determinación no mecánico), señalaba que las revoluciones eran **anticapitalistas**: no podían ser otra cosa cuando expropiaban a los capitalistas. Pero la estructura no podía determinar mecánicamente que se constituyeran Estados proletarios y sociedades de transición al socialismo **cuando la clase obrera no fue llevada al poder.** Una cuestión decisiva a la que una parte del trotskismo no le dio la menor importancia. Ocurre que se si trataba del evento de una revolución social y se la definía por exclusión de los sujetos sociales y políticos que la protagonizaban se llega es a un absurdo: ¿cómo podría definirse una revolución, el evento político-social por antonomasia, haciendo abstracción de las clases en lucha?

En todo caso, el siglo XX demostró que la estructura social podía determinar **dos** desarrollos posibles y no sólo uno: hacia el Estado obrero o hacia un Estado burocrático como subproducto de que era una burocracia, y no la clase obrera, la que quedaba al frente del poder: *“Tales especulaciones sobre las **posibles variantes** de la historia son legítimas e incluso necesarias, si se quiere comprender el pasado y orientarse en el presente; para condenarlas, **habría que considerar la historia como un encadenamiento de fatalidades mecánicas y no como el desarrollo de la vida humana en el tiempo**”* (Serge; 2017).

Así las cosas, la riqueza contradictoria de los desarrollos en el siglo pasado, la emergencia de la revolución y la contrarrevolución, nos llaman a “completar” la teoría de la revolución socialista (permanente) en función del balance de la experiencia real ocurrida el último siglo.

Una contrarrevolución también social

Un primer elemento teórico-estratégico de importancia tiene que ver con la analogía entre la revolución proletaria y la burguesa. Dos de las más grandes revoluciones en la historia de la humanidad (la francesa y la rusa) no podían carecer de elementos comunes, al menos en lo que hace a la mecánica de la revolución y la contrarrevolución. La experiencia de los jacobinos llevados a la cúspide y luego derrotados por la reacción, era una guía para la comprensión de los desarrollos revolucionarios y posrevolucionarios en la Rusia soviética. De ahí que la Oposición de Izquierda trabajara con la analogía del Termidor ³.

En principio y a lo largo de muchos años Trotsky pensó dicha analogía en el sentido que el Termidor constituía una contrarrevolución **social** (más abajo veremos las apreciaciones de Rakovsky al respecto). Desde ese punto de vista consideró (hasta mediados de los años ‘30), que el Termidor estaba por **delante**: no se había consumado a finales de los años ‘20. Pero en 1935 corregiría dicha analogía (ver “Estado obrero, Termidor y bonapartismo”) señalando que, en realidad, **el Termidor se venía consumando desde 1924**, sólo que no como contrarrevolución social sino como **contrarrevolución política**: la clase obrera había sido desplazada políticamente del poder. **No sería así socialmente**, la clase obrera seguía siendo la clase dominante en la sociedad, la contrarrevolución estalinista había preservado las bases sociales del Estado.

Trotsky afirmó que había que ajustar la analogía con la Revolución Francesa, comprenderla mejor. La caída de los jacobinos no había

³ Termidor es, según el calendario instaurado por la Revolución Francesa, el mes del golpe contra Robespierre que terminó echando a los Jacobinos del poder (Julio de 1794).

avanzado sobre los fundamentos sociales (burgueses) de la revolución sino que **los había preservado**: “*así como Napoleón no ‘reestableció la economía del feudalismo’, argumentó Trotsky, ‘el contenido social de la dictadura de la burocracia está determinado por las relaciones productivas creadas por la revolución proletaria’*” (Murphy; Octubre; 2017).

La Revolución Rusa había expropiado a la burguesía, la contrarrevolución -social- rusa debía devolverles la propiedad. Lo que se había consumado era una contrarrevolución sólo **política** porque la propiedad seguía estatizada. De ahí que Trotsky excluyera como hipótesis **una tercera posibilidad** (aunque habló de ello a finales de los años ‘30, pero siempre como algo **no consumado**).

Sin embargo, a nuestro modo de ver, la contrarrevolución estalinista **sí constituyó una contrarrevolución social** porque afectó las bases sociales del Estado obrero aunque sin llegar a la restauración del capitalismo: **configuró un Estado burocrático con restos proletarios comunistas**, lo que era, repetimos, **una tercera variante histórica**. “*La reacción política que se abre con el Termidor consiste en que el poder comienza a pasar, formalmente y de hecho, a las manos de un número cada vez más restringido de ciudadanos. Las masas populares, al comienzo por una situación de hecho, posteriormente igualmente de derecho, fueron poco a poco separadas del gobierno del país*” (Rakovsky citado en Broue; Cahiers León Trotsky).

En esto es agudo Bensaïd cuando afirma que una contrarrevolución no es necesariamente **una revolución en reversa** sino que se configura **un desarrollo inédito que puede dar lugar a fenómenos nuevos**. La contrarrevolución estalinista no significó una vuelta al capitalismo sino otra cosa: **la emergencia de la burocracia, del Estado burocrático**. De ahí que la analogía con el Termidor francés no fuera del todo correcta tampoco en la versión modificada por Trotsky en 1935.

De todas maneras, ese valioso texto que anticipaba *La Revolución Traicionada* (nos referimos a “Estado obrero, Termidor y bonapartismo”), Trotsky presentaba algunas definiciones de importancia que nos interesa volver a resumir aquí. Establecía una

suerte de diferenciación principista entre la revolución burguesa (más espontánea en sus desarrollos) y la revolución socialista que, al entregarle el mando al Estado como “economista y organizador”, **era inseparable de una construcción consciente**. No era secundario que la clase obrera estuviera al frente del Estado (ver “Los problemas de la propiedad estatizada” del mismo autor de esta nota).

Sin embargo, a pesar de la enorme riqueza de los análisis de Trotsky, la Oposición de Izquierda se mantuvo atada al **esquema del “tercero excluido”** (Estado obrero burocratizado o vuelta al capitalismo, ninguna tercera alternativa), cuando la variante que finalmente se dio fue **la emergencia política y social aún inestable de la burocracia**. Esta variante fue intuita con más claridad por Rakovsky quien se mostró agudo en entender **qué de específico** había en la emergencia de la burocracia como una “nueva clase de gobernantes” (ver su “Carta a Valentinov”).

Sujetos, tareas y métodos de la revolución socialista

Otro antecedente que enriqueció enormemente la teoría de la revolución fue la dramática crisis de los años 1928/9 en el seno de la Oposición de Izquierda, **que colocó en cuestión su razón de ser**.

La Oposición estaba en el destierro interior. De repente, Stalin pareció asumir su programa en el súbito giro “izquierdista” a la colectivización forzosa (la liquidación de la propiedad privada en el campo) y la industrialización acelerada (una exigencia de la Oposición desde 1923).

Simultáneamente, continuaba con su mano de hierro sobre el partido y el régimen, amén de una política internacional de capitulaciones (China, Comité Anglo-Ruso, etcétera).

Preobrajensky, Radek y Smilga, el primero y el último no casualmente economistas (nunca se subrayará lo suficiente que el punto de vista revolucionario es global, político), vieron una oportunidad para capitular en el hecho que Stalin había tomado

“partes” del programa de la Oposición.

El “giro izquierdista” de Stalin (en verdad, **un giro contrarrevolucionario**) introdujo una dramática crisis en las filas de la Oposición. Muchos lo vieron aplicando el programa de la misma. El propio Trotsky señaló que Stalin giraba a la izquierda “espo-leado por la Oposición”. Pero subrayaba, a la vez, “*que una parte del programa no es todo el programa*”, que el mismo es una **totalidad**.

Una totalidad donde la parte más importante no era la eventual industrialización, **sino el restablecimiento de la democracia partidaria y soviética** (Rakovsky). Las cuestiones de régimen de partido se habían hecho fundamentales en la medida que era el partido (y la clase obrera por intermedio de él) el que estaba en el poder: “*Radek y Preobrajensky veían en el primer Plan Quinquenal un punto de partida radicalmente nuevo. “La cuestión central”, replicó Trotsky, “no es la de las estadísticas de este Plan Quinquenal burocrático per se, sino el problema del Partido”⁴, el espíritu con el que se dirigía al Partido, porque eso determinaba también su política. ¿Estaba el Plan Quinquenal, en su formulación y ejecución, sujeto a algún control desde abajo, a crítica y discusión? Y, sin embargo, de esto dependían también los resultados del Plan*” (Deustcher; 2007; 74).

El problema que se colocó –y que la experiencia histórica permitió evaluar- fue la necesidad de una **apreciación doblemente crítica** del verdadero **carácter** de las medidas de Stalin. Porque, a priori, acabar con la propiedad privada agraria y avanzar en la industrialización planificada del país, **aparecían como medidas “socialistas”**... Sin embargo, el problema fue la **desnaturalización** de estas medidas en manos de la burocracia. Ocurre que no fue la clase obrera la que llevó adelante las mismas bajo un régimen de democracia obrera sino que **las concretó la burocracia al servicio de sus propios beneficios**, y lo hizo de manera **brutal**.

El propio Deutscher (que expresa una visión justificatoria *in toto*

⁴ Es decir: lo que determina el carácter de clase del Estado, en última instancia, **es qué clase está en el poder**.

de Stalin), reconoce que fue la clase obrera la que pagó los costos de la industrialización estalinista: *“Fue por lo tanto en un sentido literal que, por medio de la inflación, Stalin tomó la mitad del salario del obrero para financiar la industrialización”* (Deutscher; 2007; pp. 94).

Aquí ya se ve lo que estamos señalando: cómo el carácter de las tareas llevadas adelante no pueden ser apreciadas *per se* (en sí mismas, el propio Trotsky lo da a entender) **en exclusión de quién y cómo las concreta**. *“Para juzgar la política de Stalin, es necesario considerar no solamente qué es lo que se hace, sino también cómo se lo hace”* le escribiría Trotsky a Palatnikov, un “profesor rojo” y economista exiliado por Stalin. (Deutscher; 1964; 599).

A un materialista vulgar este criterio podría parecerle “idealista” o abstracto: expropiar a la burguesía es expropiarla y eso es lo que queda, lo demás sería “secundario”. Pero resulta que en la dialéctica marxista, **es el todo el que determina las partes**. Siquiera la expropiación agota el carácter de la cosa. La expropiación de la burguesía es una tarea anticapitalista y, por lo tanto, progresiva. **Pero una expropiación socialista es la que se consume llevando a la clase obrera al poder**. Si la expropiación no tiene esta dinámica, si no lleva a la clase obrera al poder, si es apreciada sólo económicamente, **su carácter no es el mismo**: *“La más importante crítica de Twiss al análisis de Trotsky se refieren a la colectivización forzosa de Stalin y a los kulaks (supuestamente campesinos ricos). Observa que Trotsky aceptó la propaganda estalinista de una ‘huelga de los kulaks’ o ‘kulaks ideológicos’ para los campesinos medios o pobres que resistían la colectivización (...) Solamente en 1939 Trotsky comenzaría a aceptar el catastrófico costo humano de la colectivización en Ucrania (...) Incluso las distorsionadas estadísticas soviéticas (...) reconocieron que la mayoría de los 2.5 millones de campesinos envueltos en 13.754 rebeliones, solamente en 1930, estaba formada por campesinos medios o pobres (...) A pesar de sus reservas y revisiones posteriores, la posición de Trotsky en la época de la colectivización lo colocó en el lado equivocado de la rebelión campesina*

más violenta del siglo XX” (Murphy; 2017)⁵.

De ahí que hayamos diferenciado las connotaciones anticapitalista y socialista de los procesos. Socialista sólo es cuando la expropiación es llevada adelante por la clase obrera. Si así no fuera, sería indistinto que la clase obrera tomara el poder: **cualquier sujeto podría reemplazarla en la obra de la transformación social**. Esto no debía ser apreciado de manera doctrinaria. Pero ocurre que toda la experiencia del siglo pasado puso sobre el tapete esta conclusión: *“Las implicaciones anti-marxistas de deslizarse [para definir el carácter del Estado] del poder de la clase obrera a la propiedad estatizada fueron estrictamente limitadas en el trabajo del propio Trotsky. Él fue cuidadoso en enfatizar en sus últimos textos que la propiedad nacionalizada era un remanente; un último vestigio del Estado obrero, y que el contenido progresivo de la nacionalización solo podría realizarse luego de tirar abajo la burocracia”* (Davidson; International Socialist Journal; 2004).

Con la expropiación (nos referimos ahora a las revoluciones de posguerra) **se abre una transición**: la burguesía fue echada del poder. Pero a partir de ahí se inaugura un nuevo proceso en el sentido de si la clase obrera logra tomar el poder en sus manos. Las direcciones pequeñoburguesas hicieron lo posible (y lo imposible) para evitar este desarrollo. El corto período que debía mediar entre el gobierno revolucionario pequeño burgués y la verdadera dictadura del proletariado, **se congeló** (se hizo infinito en términos del proceso anticapitalista).

Esto se aplica a Polonia y a las expropiaciones de posguerra. Pero vale también para el giro de Stalin a comienzos de los años ‘30: su brutalidad, su carácter convulsivo, su realización a expensas de los explotados y oprimidos del campo y la ciudad, estaba indicando no una “revolución complementaria” (como la definiera Trotsky algunas veces), mucho menos “la segunda revolución” que vio Deutscher, **sino el inicio de la contrarrevolución**

5 Murphy agrega: “Twiss cita un estudio de Alec Nove sobre la economía soviética que muestra que el primer Plan Quinquenal resultó en ‘miseria y hambre de masas’ en 1933 y que fue la ‘culminación de la más profunda caída en tiempos de paz según los patrones de vida registrados históricamente” (Murphy; 2017).

política y social de la burocracia.

Desde ya que alguna medida había que tomar frente a la levanta-da de cabeza de los elementos burgueses, kulaks y nepmens (en esto cabe la crítica a la orientación derechista de Bujarin, que fue primariamente el que condujo al callejón sin salida de finales de los años '20). Pero cómo se llevara adelante estas tareas, **no habría una vía sino dos**: podía dar lugar, en condiciones de democracia obrera y socialista, al reforzamiento del Estado obrero, a su desarrollo revolucionario. O abrir la vía, como efectivamente ocurrió, al Estado burocrático⁶.

Estado, propiedad y burocracia

Las dificultades para apreciar cabalmente el carácter de la burocratización se vincularon a una definición demasiado reduccionista de la propiedad estatizada (para un desarrollo más pormenorizado de esta temática ver el ya citado “Los problemas de la propiedad estatizada”).

Existía aquí un matiz profundo respecto de la revolución burguesa. Con la propiedad **privada** no puede haber dudas de quién es la misma: **es la propiedad del capitalista**. Es su propiedad **privada**, lo cual establece una vinculación directa entre el bien y su dueño; de aquí que la propiedad privada capitalista sea la forma de la propiedad más **absoluta**, la **forma absoluta de la propiedad**⁷.

Pero la propiedad estatizada plantea un problema más comple-

6 En un reciente trabajo Astarita llega a conclusiones parecidas a las nuestras a este respecto; esto más allá que se le pierdan siempre los matices de la reflexión de Trotsky: “Un punto central del argumento que presento es que la estatización no define, de por sí, una relación socialista, o proletaria. Sólo puede adquirir un carácter socialista si está puesta al servicio de la socialización de los medios de producción. **Pero esto requiere la intervención consciente de los trabajadores**” (“Trotsky, el giro de 1928/9 y la naturaleza social de la URSS, conclusión”)

7 Como digresión, señalemos que es interesante la caracterización de Trotsky sobre los jacobinos: “utopistas que querían una república igualitaria sobre la base de la propiedad privada” (Broue; Sin permiso).

jo: **está mediada por relaciones políticas**⁸. La propiedad es del Estado, muy bien. ¿Pero el Estado de quién es, en manos de quién está? Y otra cuestión: el Estado en cuanto “comunidad política” real o ilusoria, lo mismo da aquí, ¿en qué instituciones está representado?, ¿cómo se representa la voluntad colectiva, popular? Ocurre que no hay manera de atribuir la propiedad al pueblo entero, si este “pueblo entero” no está en el poder.

La propiedad estatizada está mediada por el poder del Estado -entendido como ámbito de representación de los intereses colectivos de la sociedad-, y en tanto es así supone determinaciones no solamente económicas sino políticas.

Dicha propiedad entraña, necesariamente, **un plano político**: de alguna manera **se debe hacer valer esa colectividad** (mediante asambleas, soviets, o como sea). Va de suyo entonces, que la propiedad estatal como forma **transitoria** hacia la disolución de toda propiedad, entraña un nivel necesariamente **político**: contiene el problema de quién está al frente del Estado como colectivo, sus formas de representación de la voluntad colectiva de los trabajadores.

Se ha dicho, correctamente, que es malo fetichizar una forma de Estado y de propiedad, aunque sea un Estado obrero⁹. El Estado se afirma como obrero en la medida que **comienza a dejar de ser un Estado** (en el sentido pleno de la palabra); en la medida que es un “semiestado proletario” organizado bajo formas de democracia proletaria. Y lo mismo ocurre con la propiedad estatizada: **cumple su función en la medida que va camino a dejar de ser propiedad como tal** (en la vía de la socialización real de la producción, de que los productores directos la tomen realmente en sus manos). *“La revolución proletaria no es, según creo, nuestro fin; la revolución que proponemos debe ser **socialista**, en el sentido humanista de la palabra; más exactamente, socializante, democrática, libertariamente realizada...”* (Serge,

8 “En la sociedad burocrática, la propiedad es una categoría de hecho más que de derecho” (Bensaïd; 1995; pp.127).

9 Ver el debate de Altamira en el seno del Partido Obrero de la Argentina.

2017)¹⁰.

Naville decía que este tipo de propiedad (se refería a la forma cooperativa) entrañaba amplias posibilidades de saqueo, apropiación indebida, parasitismo. Lo mismo afirmaba Trotsky respecto de la propiedad estatal, y se entiende: si la propiedad está estatizada pero no está en manos de los propietarios directos porque el Estado es burocrático, da lugar entonces a indebidas **relaciones de apropiación**. Puede ser el “parabrisas” (el concepto es de Naville), el “espejo” para el retorno de la explotación del trabajo aunque esto no se establezca de manera orgánica, jurídica, aunque no se retorne a una relación de propiedad tan absoluta como la propiedad privada (“La burocracia considera al Estado como su propiedad”, Marx).

De ahí que haya sido un error esa idea que, a pesar de todo, la burocracia “trabajaba para el socialismo”. Aquí se coloca el problema de la burocracia: **si puede ser independiente sin llegar a ser una clase**. Un poco la idea es que la burocracia, como tal, no tendría contenido social propio: debe traducir las presiones de la burguesía o del proletariado¹¹; por esto mismo, el Estado burocrático sería una contradicción en los términos, evitaría dar cuenta del carácter social del Estado: “*Twiss sustenta que, en 1936, Trotsky creía que la burocracia se alejaba de la ‘autonomía relativa’ yendo en dirección a una ‘extrema autonomía’ y, según Twiss, ‘eso sugería un grado*

10 Otra digresión: veamos lo que señala Serge respecto de la propiedad privada a diez años de la Revolución Rusa: “[Para] 1927 (...) un nuevo sistema de producción colectivista ha sustituido al capitalismo y funciona bastante bien. Las masas trabajadoras de Rusia han demostrado su capacidad de victoria, de organización, de producción. Se han instalado nuevas costumbres así como un nuevo sentimiento de dignidad del trabajador. **El sentimiento de la propiedad privada, que los filósofos de la burguesía consideraban como innato, está en vías de extinción natural**” (Serge; 2017).

11 Trotsky daba por sentado esto en un artículo por otra parte brillante: “Las tendencias filosóficas del burocratismo”, diciembre 1928: “La burocracia no ha sido nunca una clase independiente. En última instancia, siempre ha servido a una u otra de las clases fundamentales de la sociedad –pero sólo en última instancia, y a su manera”. Pero está claro que dada la **plasticidad de sus análisis** (que ya señalamos), su posición sobre la burocracia estalinista se iría enriqueciendo, incorporando matices, a lo largo de los años.

de autonomía de una clase' (...) Ciertamente, Trotsky nunca afirmó haber redefinido la teoría marxista del Estado, como sugiere Twiss. O la burocracia era un fenómeno temporario que oscilaba entre las clases en disputa o representaba intereses de una determinada clase, mismo si esa clase fuera la propia burocracia. Esta era la posición hacia la cual estaba moviéndose Trotsky, a pesar de la afirmación de Twiss de que, en la instantánea de 1936, habíase congelado su veredicto final" (Murphy; Octubre; 2017).

¿No sería una interpretación demasiado mecánica de la burocracia considerar que la misma sólo puede transmitir los intereses de una u otra clase? De ahí que, en este punto, nos parezcan (abordadas muy sumariamente) pertinentes las analogías con el Estado asiático, **donde una burocracia estaba al frente del Estado sin que se hubieran desarrollado todavía clases sociales en el sentido moderno del término.**

Aquí ocurre lo mismo que respecto del problema de la propiedad: las clases sociales clásicas (como están caracterizadas bajo el capitalismo), **se definen por exclusión del Estado**, económicamente, por su relación con la **propiedad** de los medios de producción.

Pero en el Estado asiático la burocracia se apropiaba de sus privilegios por el control del Estado. De ahí que la definición de las clases sociales combinara elementos más **complejos**, lo que puede dar lugar a la idea de un Estado burocrático o que el estalinismo, sin llegar a ser una clase orgánica, se asentó de todas maneras —mediado por su control del poder político— **en relaciones de explotación**: "*La querrela terminológica no agota sin embargo el enigma de una 'clase' particular, donde las relaciones de producción y de propiedad no garantizan los automatismos de la reproducción*" (Bensaïd; 1995; pp. 127).

¿Qué consecuencias tendría esto para la teoría de la revolución socialista? Simple: si, como dijera Trotsky, la revolución permanente es la transformación de la revolución democrática en socialista, la transformación integral del país y la revolución internacional en manos de la clase obrera, esto no ocurrió en la posguerra.

No fue la burocracia la que, “objetivamente”, llevó adelante una revolución socialista y la transición; la revolución fue anticapitalista y la transición quedó bloqueada, sencillamente porque la burocracia no fue la “mandadera -en última instancia- de la clase obrera”, **sino que aportó su propia impronta social abriendo una tercera vía inesperada.** *“Se hacía necesario pensar esas contradicciones reales en lugar de negarlas en provecho de simplificaciones. Para el II Congreso [de la IV Internacional] de 1948, la URSS era una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo. La fórmula tiene el inconveniente de inscribirse en una visión lineal de la historia y en un lógica del tercio excluso en lugar de comprender una realidad social singular”* (Bensaïd; 2002; pp. 53)

Bibliografía

- Rolando Astarita, “Trotsky, el giro de 1928/9 y la naturaleza social de la URSS (conclusión)”.
- Daniel Bensaïd, *Trotskismos, El Viejo Topo*, España, 2002.
- *La discordance des temps*, Essais sur les crises, les clases, l’histoire, Les Éditions de la Passion, Paris, 1995.
- Pierre Broué, “Khristian Rakovsky et l’analogie de Thermidor”, *Cahiers León Trotsky* n^o30.
- _____ . “Trotsky y la Revolución francesa”, sinpermiso.info.
- Isaac Deustcher, *Trotsky, el profeta desarmado*, Rene Julliard, París, 1964.
- _____ . *Trotsky, el profeta desterrado*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2007.
- Neil Davidson, “The prophet, his biografer and the watch-tower”, *International Socialis Journal*, 104.
- Kevin Murphy, “Trotsky e o problema da burocracia soviética”, *Revista Octubre*, n^o 28, abril 2017.
- Roberto Sáenz, “Los problemas de la propiedad estatizada”, en www.socialismo-o-barbarie.org
- Víctor Serge, “Treinta años después de la Revolución rusa”, con nota introductoria de C. A. Udry, 30/03/17.
- León Trotsky, “Estado obrero, Termidor y Bonapartismo, 1935. “Las tendencias filosóficas del burocratismo”, diciembre 1928.
- _____ . “Las tendencias filosóficas del burocratismo”, diciembre 1928.

IV

“El equipo de Stalin”: un enfoque novedoso para validar conclusiones liberales”

Victor Artavia

“Si nos fijamos en las prácticas no formales del liderazgo soviético a lo largo de siete décadas, hallamos que los líderes supremos casi siempre trabajaron con un grupo de socios que asumían importantes responsabilidades gubernamentales propias y reconocían la posición singular del líder supremo, pero entendían que estaban trabajando en equipo con él. Los equipos son colectivos, pero no siempre democráticos, y sus capitanes se pueden convertir en dictadores (...) Stalin podía tratar a su equipo con brutalidad, y otras veces lo hacía con camaradería. Podía expulsar a jugadores del equipo, e incluso matarlos. Pero nunca eliminó al equipo como tal”

(El equipo de Stalin, Sheila Fitzpatrick, Editorial Crítica, 2016)

I Parte: La revolución rusa y las batallas por la memoria

Como parte del centenario de la revolución rusa, están siendo publicados gran cantidad de libros sobre este acontecimiento histórico y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviética (URSS). En este sentido, la Editorial Crítica publicó *El equipo de Stalin* (noviembre, 2016), de la historiadora Sheila Fitzpatrick, donde hace un recorrido de treinta y dos años (1924-1956) sobre las luchas y mecanismos de poder en la máxima cúpula estalinista.

La autora realizó la investigación a partir de la apertura de los archivos soviéticos en los años noventa, en particular del archivo personal de Stalin y otros fondos del gobierno y partido comunista de la URSS. Debido a esto, **la obra tiene valor por su acervo documental** y revelar muchísima información sobre el funcionamiento interno de la alta jerarquía estalinista.

Por otra parte, cuenta con la enorme limitación de la lectura política de la autora, una historiadora social y soviétóloga de tendencia liberal que, en su reconocida obra *La revolución rusa*, caracterizó a la insurrección de octubre como un golpe de Estado y, además, retrató a un Lenin ansioso por hacerse del poder de forma exclusiva para los bolcheviques sin ninguna preocupación por la democracia obrera.

Así, esta obra se suma a la enorme cantidad de trabajos que, más allá de sus matices, tienen en común caracterizar la revolución rusa como una utopía fallida, un experimento social que salió muy caro a la humanidad y el cual no debe ser repetido.

Por eso encontramos importante debatir con sus conclusiones, delimitarnos de sus errores y sesgos políticos. Esto no lo hacemos por un mero ejercicio academicista, sino que, siguiendo a Daniel Bensaid, lo comprendemos como una “batalla por la memoria” alrededor de ese estremecimiento del mundo donde se luchó por “una promesa de humanidad liberada”¹, en la perspec-

1 Sugerimos la lectura del ensayo de Daniel Bensaid “Comunismo y estalinismo. Una respuesta al libro negro del comunismo”.

tiva de la gran tarea estratégica que nos plantea el siglo XXI: la reintroducción de la alternativa socialista en la consciencia de los explotados y oprimidos!

Surgimiento y dinámica de poder en el equipo de Stalin

Quizás el ángulo más novedoso de la obra, desde un **ángulo estrictamente historiográfico**, es su comprensión de la burocracia estalinista como un **equipo** que, durante tres décadas, estuvo al frente de la URSS y consolidó una forma de gobierno autoritario que facilitaba el acceso a un estatus social superior (que conllevaba a mejores condiciones materiales de existencia), siendo Stalin la figura central, pero rodeado permanentemente de un grupo de socios con quienes discutía los principales asuntos de gobierno.

De esta manera, Fitzpatrick nos presenta una faceta de la alta cúpula estalinista hasta el momento ignorada en la mayoría de investigaciones históricas, algo comprensible dado que en las últimas décadas predomina el enfoque del estalinismo como una variante de los “totalitarismos” del siglo XX (análisis desarrollado por Hannah Arendt), igualando la dictadura de Stalin con Hitler (obviando las diferentes estructuras sociales de la Alemania nazi y la Rusia posrevolucionaria) y presentándolo como un dictador en solitario.

Además de Stalin, el equipo tuvo entre sus principales líderes a figuras como Mólotov, Kaganóvich, Mikoyán, Malenkov, Voroshílov, Ordzhonikidze, Kalinin, Kírov, Andréyev y Vorznesenski; posteriormente se sumarían otros miembros como Jrushchov y Beria, por citar algunos. Aunque en el plano internacional Stalin concentró el foco de atención, en la URSS durante la década de los treinta era frecuente que, en la prensa soviética y actividades públicas, se utilizara el calificativo de *vozhdi* para referirse a los miembros del equipo, cuya traducción vendría a ser “líderes carismáticos” (aunque Stalin era el *vozhd'* principal).

El equipo se construyó a lo largo de los años y en medio de las disputas internas del partido, oscilando entre la derecha y la izquier-

da según el enemigo de turno y los aliados del caso. Fitzpatrick ubica el surgimiento del equipo en los inicios de los años veinte, posteriormente a la muerte de Lenin y la consecuente apertura de la lucha por la dirección del partido bolchevique y el gobierno soviético, lapso durante el cual enfrentó a la tendencia encabezada por Zinoviev (con fuerte peso entre la clase obrera de Moscú), a la Oposición de Izquierda encabezada por Trotsky, posteriormente a la Oposición Conjunta (producto de la unidad entre Zinoviev y Trotsky) y, finalmente, a la derecha dentro del partido lideraba Bujarin².

Los miembros del equipo compartían un rasgo social particular: sus primeros integrantes eran “hombres de comité”, denominación para identificar a los bolcheviques que militaron en la clandestinidad y en las prisiones durante la autocracia zarista (como Stalin y Mólotov), en contraposición a los emigrados rusos (como Lenin, Trotsky, Zinoviev, Bujarin, etc.) que se destacaban por ser intelectuales con un alto nivel cultural y visión cosmopolita, que hicieron gran parte de su experiencia militante en el exilio europeo donde se relacionaron con los principales partidos y cuadros socialdemócratas de la época.

Esto determinaría la fisionomía del grupo, pues en los años venideros se mantendría como norma integrar figuras que coincidieran con este perfil inicial de “resistencia” y/o “dureza”: “en el equipo de Stalin escaseaban los intelectuales, los cosmopolitas, los judíos y los antiguos emigrados; en cambio contaba con más obreros y más rusos, así como un contingente sustancial del Cáucaso. Este carácter proletario, como el origen ruso, tenía su importancia para la legitimidad del equipo” (Fitzpatrick, 2016: 42).

La autora detalla cómo Stalin tejió su red de hombres de confianza desde su posición de Secretario General y los contactos que tenía en la estructura del partido a lo largo de años de militancia. Esto marcó una diferencia radical con el funcionamiento de las otras corrientes internas en el partido bolchevique que, más allá de sus diferencias políticas, estaban organizadas a partir de

² En realidad debemos recordar que como señalara Trotsky en su obra inconclusa Stalin, el “equipo” de este comenzó a forjarse ya durante la guerra civil.

plataformas programáticas sobre la conducción de la URSS y la política internacional: “Él no había seleccionado a los miembros del equipo por ser partidarios de tal o tal otra política. En esto se diferenciaba del grupo reunido en torno a Trotsky (...) que aspiraba a desarrollar la planificación central y avanzar en la industrialización. También se distinguía de la «Derecha», defensora de adoptar medidas más moderadas y tratar con más cautela a los campesinos” (Fitzpatrick, 2016: 51).

Por otra parte, resultan muy interesantes los pasajes sobre la puesta en pie de la **nueva cultura burocrática** como reflejo del proceso de diferenciación social de la cúpula estalinista con el conjunto de la clase obrera. Por ejemplo, en el marco del creciente culto a la personalidad de Stalin y otras figuras del equipo, se instauró una “cultura del aplauso” con tipologías que iban desde el “simple aplauso” hasta los “aplausos continuos y atronadores, con todo el mundo en pie”. La siguiente reseña periodística ilustra este comportamiento en la élite burocrática y el creciente culto a la personalidad característico del estalinismo: “Se rompió en aplausos, que ahora menguaban, ahora se intensificaban con fuerza renovada en honor del líder del pueblo, el camarada Stalin. Cuando todo se había calmado, una voz emocionada gritó de repente desde lo más profundo de la sala unas palabras de bienvenida, en kazajo, en honor de Stalin. Los estajanovistas se pusieron en pie; Stalin, junto con el partido y los líderes del gobierno, también; y durante largo rato, sin pronunciar palabra, se aplaudieron con entusiasmo unos a otros” (Citado en Fitzpatrick, 2016: 125).

En síntesis, **el principal aporte del libro de Fitzpatrick es su riqueza en cuanto a datos y detalles sobre la vida interna del equipo de Stalin**, las discusiones sobre cómo enfrentar a la Oposición de Izquierda y al resto de corrientes opositoras, el desastre que provocó la “gran ruptura” con el campo y la manera burocrática para enmendar el rumbo, la campaña de terror con las “Grandes Purgas” (Juicios de Moscú), la crisis de Stalin tras el ataque nazi con la Operación Barbarroja y la forma en que varios miembros del equipo reaccionaron para mantener el gobierno en funcionamiento por varias semanas, las tensiones internas con Stalin al final de su vida dado su creciente anti-se-

mitismo e inevitable preparación de un golpe contra Mólotov, los esfuerzos del equipo por restablecer el gobierno colectivo tras la muerte de Stalin (eliminación de Beria mediante) y la “traición” de Jrushchov al hacerse del poder en solitario, etc.

Pero está “virtud” inmediatamente termina por convertirse en el principal déficit de la investigación, pues no aporta nada novedoso en la comprensión del estalinismo como un fenómeno ligado a la burocratización en la URSS y, por el contrario, reproduce los peores prejuicios liberales sobre la revolución al igualar la experiencia del bolchevismo de Lenin con los métodos burocráticos y dictatoriales de Stalin.

Interpretación y periodización del Octubre Rojo

El estudio de Fitzpatrick incurre en una gran cantidad de unilateralidades debido a su interpretación liberal de la revolución rusa, la cual califica de **golpe de Estado** y, peor aún, insiste en vincular directamente al estalinismo con la tradición bolchevique, dando a entender que Stalin fue el resultado inevitable de las formas “autoritarias” ya presentes en Lenin.

En su reconocida obra *La revolución rusa*, Fitzpatrick (apoyándose en el esquema de Crane Brinton³) periodiza la revolución desde 1917 hasta las grandes purgas o Juicios de Moscú, trazando en el camino “líneas de continuidad entre la revolución de Stalin y la de Lenin”. En su reconstrucción temporal, aduce que “la revolución rusa pasó por varios accesos de fiebre. Las revoluciones de 1917 y la guerra civil fueron el primer acceso, la ‘revolución de Stalin’ del período del primer plan quinquenal fue el segundo y las grandes purgas el tercero” (Fitzpatrick, 2015: 189).

3 El marco analítico de Brinton (ver Anatomía de la revolución) es profundamente conservador, pues tiene por corolario negar que las revoluciones produzcan verdaderas transformaciones cualitativas, o lo que es lo mismo, son incapaces de consumir su motivación esencial y, por ende, pierden sentido. Brinton va más allá al plantear la posibilidad de conceptualizar como revoluciones los derrocamientos de gobiernos democráticos por parte de organizaciones fascistas, tal como sucedió con Hitler y Mussolini, postura que lo aproxima al historiador François Furet. Para profundizar sobre el tema, remitimos al lector al ensayo Siglo XX y dialéctica marxista de Roberto Sáenz donde se aborda el debate historiográfico sobre la era de los extremos.

La sola comparación de la revolución con ataques o accesos de fiebre, da cuenta del marco conservador desde el cual Fitzpatrick periodiza este proceso histórico: ¡Lenin y Stalin representan dos momentos de una misma “enfermedad” que aquejó a la sociedad rusa de principios del siglo XX!

Desde este momento la obra pierde profundidad y se limita a ser una narración interesante, aunque muy superficial, del mundo interno del equipo de Stalin. Este es el principal límite en el análisis de Fitzpatrick, a partir del cual desarrolla una serie de valoraciones abusivas sobre las disputas internas en la URSS (en particular sobre Trotsky, que retomaremos más adelante), las cuales asume como una “guerra de guerrillas” a lo interno del aparato del Estado y desvinculadas de la lucha de clases de la URSS y en el plano internacional.

En este sentido, Fitzpatrick incurre en uno de los vicios positivistas de la historiografía académica más conservadora: una lectura superestructural de los acontecimientos históricos, circunscrita a la esfera de la “alta política”. La misma autora reconoce este enfoque al inicio de la obra, al señalar su “énfasis en el interés institucional por la alta política, las redes de patrocinio y las interacciones cotidianas” y delimitar su investigación “al mundo extraño y aislado del Kremlin” (Fitzpatrick, 2015: 27).

No restamos valor a los aportes parciales de su investigación sobre el mundo del “equipo de Stalin” (algunos de los cuales puntualizamos en el acápite anterior), el cual efectivamente tuvo una vida interna que se desarrollaba entre el Kremlin y otros espacios de socialización de sus integrantes. Pero sí rechazamos las generalizaciones abusivas de la autora a partir de un campo de estudio tan delimitado y sin hacer referencia al mundo extra-muros. Esto es mucho más absurdo si valoramos que su análisis no articula el desarrollo del estalinismo con los retrocesos y derrotas de la clase obrera durante los años veinte y treinta, es decir, con **la era de los extremos y el enfrentamiento entre la revolución y la contrarrevolución fascista en Europa y otros lugares del planeta.**

Esto contrasta con el análisis realizado por Trotsky desde finales de los años veinte, donde ya exponía la relación directa o “enca-

denamiento histórico” entre el fortalecimiento del estalinismo y los retrocesos de la revolución internacional, dejando en claro que la burocracia estalinista era la negación del proyecto emancipador abierto con la revolución rusa de 1917: “El aumento de la presión económica y política ejercida por los círculos burocráticos y pequeñoburgueses en el interior del país, en el marco de las derrotas de la revolución proletaria en Europa y en Asia: he aquí el encadenamiento histórico que durante estos cuatro últimos años se cerró como un nudo corredizo alrededor de la garganta de la Oposición. El que no comprenda esto, no comprende nada” (Trotsky, 2012a:192).

Al respecto son muy atinadas las valoraciones de Daniel Bensaid (dirigente histórico del mandelismo), para quien la “periodización de la revolución y de la contrarrevolución rusas no es una pura curiosidad histórica. Ordena posiciones, orientaciones y tareas políticas: antes, se puede hablar de error que corregir, orientaciones alternativas en un mismo proyecto; después, son fuerzas y proyectos que se oponen, opciones organizativas (...) La periodización rigurosa permite así, por retomar la fórmula de Guefter, a la ‘conciencia histórica penetrar en el campo político.’” (Bensaid, Mayo de 2010).

En el caso de Fitzpatrick, su periodización es un claro ejemplo de disociación entre la conciencia histórica y el campo político, por lo cual resulta **incapaz de comprender al estalinismo como un fenómeno social de ruptura con el leninismo**, el cual tensionó al máximo al partido bolchevique y gobierno soviético, generando el surgimiento de una casta burocrática que, con el paso de los años y a partir de su control del aparato estatal, devino intereses y privilegios diferenciados del conjunto de la clase obrera, estableció una **dictadura burocrática contrarrevolucionaria que sacó a la clase obrera del poder y transformó a la URSS en un estado burocrático, destruyendo en el camino al partido construido por Lenin y exterminando generaciones de cuadros revolucionarios bolcheviques**.

Trotsky daba cuenta de las contradicciones y peligros del relato estalinista, el cual se sustentaba en el prestigio revolucionario

para socavar la revolución desde adentro. Ya en su obra “*Stalin. El gran organizador de derrotas*” (con textos de finales de los años veinte), alertaba que en la URSS era menor el peligro de una contrarrevolución burguesa completa, pero sí muy factible una contrarrevolución parcial a manos de la burocracia al estilo del Termidor en la revolución francesa que, “por ser inacabado, puede aún por bastante tiempo disimularse bajo formas revolucionarias, pero revistiendo ya en el fondo un carácter claramente burgués” (Trotsky, 2012^a: 29)⁴.

Las Purgas o Juicios de Moscú (que Fitzpatrick ubica como una continuidad de la revolución de Lenin) fueron el punto más álgido en el proceso de exterminio del partido bolchevique, operativo necesario para su estalinización completa. En total fueron asesinadas 700 mil personas y millones más perdieron sus vidas en los campos de concentración: “La fiscalía del Estado fue encabezada por el ex menchevique Andrei Vyshinsky, jurista y posteriormente diplomático estalinista (...) Un personaje siniestro que, apoyándose en las confesiones, cumpliría uno de los principales papeles en el show del terror que fueron los juicios reclamando en su alegato final del primer juicio “la pena de muerte para cada uno de estos perros que se volvieron locos”... (Recordemos que estaba hablando de dos de los mayores dirigentes del partido bolchevique en su época de oro: Zinoviev y Kamenev).⁵”

Por eso es absurdo que Fitzpatrick analice al estalinismo (incluyendo las purgas o juicios de Moscú) como un **eslabón de continuidad del proyecto revolucionario planteado por la revolución rusa**, cuando su objetivo fue culminar con el operativo contrarrevolucionario en la URSS mediante la aniquilación física del partido bolchevique construido por Lenin durante décadas, rompiendo con cualquier atisbo de su pasado revolucionario, a pesar de que gran parte de sus cuadros históricos ya habían capitulado a la burocracia estalinista.

Para Bensaid esto se explica porque la URSS de Stalin era la ne-

4 Precisemos, de todos modos, que entre los peligros de degeneración de la URSS quizás Trotsky haya sobrevalorado el peso de la derecha bujarinista y subestimado el del llamado “centrismo burocrático” encarnado por Stalin.

5 Sáenz, Roberto. «La vieja guardia bolchevique en el banquillo». www.mas.org.ar

gación del proyecto emancipatorio planteado por la revolución, por lo cual tenía que romper con ese legado peligroso a toda costa: “El régimen estalinista se edificó en contra del proyecto de emancipación comunista. Tuvo para instaurarse que machacar a sus militantes (...) La Alemania de Hitler no tenía necesidad como la Rusia de Stalin de transformarse en ‘país de la mentira’: los nazis estaban orgullosos de su obra, los burócratas no podían mirarse de frente en el espejo del comunismo original”. (Daniel Bensaid. *Comunismo y estalinismo. Una respuesta al libro negro del comunismo*. Tomado de Marxist Internet Archive, mayo de 2010)

Trotsky se refería al estalinismo en un sentido similar, cuando analizaba lo peculiar de su formación: “evidentemente el stalinismo ha “surgido” del bolchevismo; pero no de una manera lógica, sino dialéctica; no como su afirmación revolucionaria, sino como su negación termidoriana” (Trotsky, 1975: 16).

II Parte: Lenin, Trotsky y Stalin... ¿tres variantes del bolchevismo revolucionario?

Desde su concepción liberal de la revolución, Fitzpatrick procura establecer vínculos entre Lenin, Trotsky y Stalin (en su versión burocrática) como parte de la tradición bolchevique.

En su libro no escasean los “ejemplos” que, según la autora, demuestran la presencia de los métodos de Stalin en el gobierno de Lenin, así como valoraciones esquemáticas y simplistas en torno al papel de Trotsky como dirigente de la Oposición de Izquierda.

Aunque algunos rayan en lo vulgar, pueden confundir a lectores menos avezados en la historia de la revolución rusa y la burocratización de la URSS.

Lenin: la génesis de las grandes purgas

Para descalificar a Lenin, Fitzpatrick recurre a una argumentación muy sencilla: suponer que todos los rasgos dictatoriales del régimen de Stalin ya estaban presentes (aunque fuese en forma embrionaria) en la conducción revolucionaria de Lenin. Este es

el punto de partida para realizar una serie de comparaciones abusivas entre ambos.

Por ejemplo, indica que las tácticas aparatistas de Stalin para copar con sus delegados el Congreso de 1924 (donde la Oposición de Izquierda solamente tuvo tres delegados) fue producto de la escuela de Lenin a la hora de dirigir el partido, donde construía mayorías abordando militantes y desplegando una táctica interna para posicionar su política (todo esto legitimado además por su liderazgo histórico dentro del partido).

Esto es una ligereza y muy deshonesto, que confunde el “hacer política” en el marco de un partido revolucionario con centralismo democrático (donde hay corrientes de opinión, tendencias y fracciones) con los métodos de aparato ejercidos por la burocracia, donde el respaldo se obtenía facilitando nombramientos en la estructura del partido y en zonas del país con mejores condiciones, todo con tal de bloquear a Trotsky y a la Oposición de Izquierda (de lo cual Fitzpatrick da cuenta en su obra).

Además, esta acusación no resiste la prueba de los hechos, pues el Partido Bolchevique en tiempos de Lenin se caracterizaba por una intensa vida interna, con debates intensos entre tendencias (ipropios de un partido que se juega por la revolución!) ante cada fenómeno importante de la lucha de clases. Cada libro, ensayo y artículo de Lenin es prueba de esto: ¡siempre contienen debates directos contra otros dirigentes socialdemócratas de la II Internacional y Rusia, con el afán de lograr la mayor claridad para la lucha teórico-política de la clase obrera!

Basta recordar la interna del partido a propósito de la política ante el gobierno de conciliación surgido después de la revolución de febrero de 1917, donde Lenin con sus Tesis de Abril libró una pelea contra los “viejos bolcheviques”, para reorientar al partido hacia la independencia del gobierno y apostando a profundizar la revolución en un curso socialista, marcando un quiebre con la estrategia clásica de los bolcheviques⁶ que había servido de

6 Previo a la revolución de 1917, los bolcheviques sostenía que el carácter de la revolución rusa era democrático-burgués, aunque por la debilidad de la burguesía liberal y la fortaleza del proletariado, sería dirigido por la clase obrera en unidad con el campesinado, estableciendo una dictadura democrática de obreros y campesinos. Posteriormente a la

mampara para que la dirección del partido (previo al arribo de Lenin de su exilio) se plegara como el ala izquierda del régimen de febrero, renunciando a cualquier perspectiva insurreccional de antemano.

Además, esta acusación evidencia que para Fitzpatrick, la pugna entre Stalin con la Oposición de Izquierda se redujo a un juego de poder a lo interno del partido, casi como una partida de ajedrez que no guardó relación alguna con los retrocesos de la lucha de clases a nivel internacional en ese período. Al respecto, Trotsky fue muy preciso al establecer una relación directa entre el fortalecimiento de la burocracia y las derrotas de la clase obrera, en particular con la derrota de la revolución alemana: “La primera represión contra la Oposición se produjo inmediatamente después de la derrota de la revolución alemana y fue, en cierto modo, su complemento. Esto habría sido imposible si el triunfo del proletariado alemán hubiera podido aumentar la confianza en sí mismo del proletariado de la URSS y, por consiguiente, su fuerza de resistencia ante la presión de las clases burguesas del interior y del exterior y también ante su correa de transmisión, la burocracia del Partido”. (Trotsky, 2012a: 191)

Fitzpatrick también valora la expulsión de Trotsky de la URSS en 1927, como un reprise de lo realizado por Lenin en 1922, cuando exilió a dirigentes mencheviques y cadetes. Nuevamente la autora peca por desvincular las decisiones políticas con su contexto histórico (¡algo más grave proviniendo de una historiadora profesional!).

En 1922 la revolución venía saliendo de una cruenta guerra civil que se extendió por tres años (sumados a cuatro años de la I Guerra Mundial), donde los bolcheviques tuvieron que enfrentar enormes presiones para sostener la revolución y, como parte de las condiciones propias de una guerra y el período inmediatamente posterior, el gobierno soviético recurrió a medidas represivas contra los partidos opositores al gobierno de los Soviets que actuaron de quinta columna de los ejércitos blancos (incluso

revolución de febrero y ante el desarrollo de los acontecimientos, Lenin varía su postura hacia un llamado a profundizar el curso socialista de la revolución, lo que representó una coincidencia con Trotsky y posibilitó el ingreso de este último al Partido en julio de ese año.

Lenin fue víctima de un atentado en 1918 que por poco lo mata).

De ahí que no sea comparable la expulsión de dirigentes de los mencheviques (partido reformista aliado a la burguesía tras la revolución de febrero y opuesto al poder de los Soviets) y cadetes (partido de la burguesía rusa que apoyó el golpe militar de Kornilov) en 1922, con la expulsión de Trotsky en 1927, seis años después de finalizada la guerra civil y donde fue el principal dirigente del Ejército Rojo contra los ejércitos contrarrevolucionarios. Aquí resalta la pequeña diferencia entre el accionar de Lenin en 1922 y de Stalin en 1927: en un caso se trata de la expulsión de enemigos jurados de la revolución, en el otro de un dirigente revolucionario que luchó a fondo contra la contrarrevolución.

Estas argumentaciones son consecuentes con lo expuesto anteriormente en *La Revolución Rusa*, donde Fitzpatrick cataloga a Lenin como el precursor de las purgas estalinistas: “No es difícil rastrear la génesis revolucionaria de las grandes purgas (...) Lenin no sentía escrúpulos sobre el empleo del terror revolucionario y no toleraba la oposición ni dentro ni fuera del partido. Aún así, en tiempos de Lenin se trazaba una nítida distinción entre los métodos permisibles de lidiar con la oposición exterior al partido y aquellos que podían usarse contra la disidencia interna”. (Fitzpatrick, 2015: 211)

Así las cosas, las diferencias entre Lenin y Stalin se reducen a matices sobre cómo lidiar con sus adversarios a lo interno del partido, pero en el fondo ambos eran dictadores que no permitían ninguna oposición y utilizaban el terror revolucionario, el cual devino en las Purgas de Moscú en 1936.

Además de lo absurdo de esta conclusión teleológica, no hay punto de comparación entre la supresión temporal de libertades democráticas y el terror rojo (o revolucionario) ejercido por los bolcheviques en la guerra civil para mantener a flote la revolución ante la invasión de los ejércitos blancos y tropas de potencias imperialistas, con el terror burocrático desencadenado por Stalin que, apelando a la lucha contra la “guerra económica” y los enemigos internos, erigió en principio la supresión de cualquier espacio de libertades democráticas y desarrolló un operativo de exterminio selectivo de sus opositores dentro del partido bolche-

vique, muchos de ellos veteranos revolucionarios que enfrentaron la cárcel y exilio del zarismo⁷.

Esta diferenciación entre el terror rojo y el terror burocrático escapa del universo mental de Fitzpatrick, una historiadora liberal que condena a priori cualquier ruptura con el orden democrático-burgués, indiferentemente si se trata de una revolución protagonizada por explotados y oprimidos contra sus verdugos, o bien, un alzamiento fascista en defensa del orden, la patria, la religión, la propiedad privada, etc. Es una postura conservadora, cuyo trasfondo es negar cualquier perspectiva de emancipación social, la cual no puede realizarse sin que medie la violencia revolucionaria contra las clases explotadoras y opresoras. Eso explica su condena absoluta a cualquier forma de terror, indiferentemente de los fines y medios que persiga.

No somos apologistas de la violencia, pero el materialismo histórico es contundente al señalar que ninguna clase dominante ha cedido sus privilegios de forma pacífica, por lo cual las revoluciones son estremecimientos donde la violencia revolucionaria es inseparable de la lucha de los explotados y oprimidos por refundar la sociedad. Trotsky daba cuentas de esto en *Historia de la Revolución Rusa* (tomo II): “Las conmociones sociales de 1917 transformaron la faz de la sexta parte del globo y entreabrieron nuevas posibilidades a la humanidad. Las crueldades y horrores de la revolución, que no queremos negar ni atenuar, no llueven del cielo, sino que son inseparables de todo desarrollo histórico” (Trotsky, 2012: 90). En un sentido similar se expresaba Marx, cuando comparaba las revoluciones con los “dolores de parto” de una nueva sociedad.

⁷ Por otra parte, hay que reconocer que los bolcheviques cometieron errores en este terreno, como la supresión temporal del derecho a formar fracciones dentro del partido bolchevique, lo cual cerró un espacio de debate vivo en la URSS y, a la postre, fue aprovechado por Stalin para decretarlo como una “norma” e instaurar un régimen anti-democrático en el partido y librar la contrarrevolución política en el Estado soviético. Pero este fue un error que se dio bajo enormes presiones de la guerra civil y que siempre fue visto como una medida extrema pero temporal, mientras que la burocracia la normalizó en tiempos de paz.

Trotsky: el Robespierre derrotado

Fitzpatrick pasa tabla rasa a todos los debates y luchas en oposición al estalinismo, las cuales asume como simples disputas por el poder, en menoscabo de las perspectivas estratégicas de cada sector.

En particular focaliza sus ataques contra la Oposición de Izquierda, aduciendo que “Trotsky denunciaba que Stalin pretendía ser termidoriano, pero aquí se equivocaba: a todas luces, Stalin aspiraba a interpretar el mismo papel que Trotsky quería para sí, el de Robespierre de la Revolución Rusa”⁸. (Fitzpatrick, 2016: 67)

Esta es una valoración vulgar que diluye las fronteras programáticas entre las tendencias dentro del Partido, reduciendo todo a la lucha por el poder como un fin en sí mismo. Agreguemos, además, que Fitzpatrick no aporta ninguna prueba para sustentar esta caracterización de Trotsky, obviando la enorme lucha teórica y política de Trotsky contra el estalinismo (de la cual no realiza ningún balance) y en defensa del marxismo revolucionario, así como las enormes adversidades que enfrentó durante su exilio hasta el momento de su asesinato, al igual que decenas de miles de militantes de la Oposición de Izquierda que murieron en campos de concentración o a manos de la GPU en el exilio.

Trotsky luchó contra el estalinismo para defender las conquistas de la Revolución de Octubre y, más importante aún, garantizar que la clase obrera ejerciera el poder directamente por medio de sus organismos políticos (soviets, sindicatos y partidos) e impedir la regresión del capitalismo debido a la conducción de la burocracia soviética. De haberse limitado a una lucha de vanidades por el poder, bien pudo haber aprovechado su rol como dirigente del Ejército Rojo para realizar un golpe de Estado.

Lastimosamente, Trotsky libró su batalla contra el estalinismo en condiciones muy adversas a lo interno de la URSS y en el plano internacional (particularmente con la derrota de la revolución

⁸ Trotsky caracterizó a Stalin como un Termidor de la revolución rusa, en analogía con la revolución francesa, pues durante ese mes fue derrocado Robespierre y dio paso a la derechización de la revolución.

alemana en 1923 y el surgimiento del fascismo por Europa), y finalmente sus peores pronósticos se materializaron tras la consolidación del estalinismo como un aparato contrarrevolucionario a nivel mundial que, durante décadas, bloqueó y/o encuadró burocráticamente procesos revolucionarios por todo el mundo, con casos trágicos como la revolución china de 1927, la guerra civil española de 1936-1939 y la disolución de la Internacional en 1943.

Incluso Trotsky no capturó por completo las transformaciones que la burocracia operó en la URSS, algo comprensible dado su exilio y cuidado al interpretar un fenómeno en tiempo real que resultó totalmente novedoso e inesperado. Esto explica que, hasta el momento de su asesinato en 1940, caracterizara a la URSS como un estado obrero burocratizado, aunque en varios de sus escritos de los años 30 ya daba señales de que era una caracterización que estaba al borde de su negación y que sería necesario examinar con el desenlace de la Segunda Guerra Mundial⁹, perspectiva que finalmente se materializó con transformación social de la URSS en un Estado burocrático donde la clase obrera perdió el poder ante la burocracia.

Aunado a esto, Fitzpatrick le reprocha ser el responsable del menosprecio histórico hacia el equipo de Stalin, pues siempre los presentaba como hombres sin iniciativa propia, cuando en realidad eran dirigentes eficientes en sus respectivos ámbitos de trabajo (industria, agricultura, seguridad, etc.): “En los viejos tiempos, nuestra imagen de Stalin y su equipo procedía sobre todo de Trotsky, que entendía que Stalin era un personaje secundario, y su grupo, gentes de tercera que a duras penas merecían atención (...) En cuanto al equipo, acertó en un aspecto: no eran intelectuales cosmopolitas como él mismo o, a este respecto, como Lenin. Sin embargo distaban de ser los hombres sin cara ni atri-

9 A contramano de estos apuntes de Trotsky, el movimiento trotskista de posguerra mantuvo la definición de la URSS como Estado obrero burocrático, categoría que posteriormente utilizaron mecánicamente para definir los nuevos Estados surgidos de revoluciones anti-capitalistas (como en China o Cuba) o directamente por la ocupación soviética del Este europeo, como Estados obreros burocráticos aunque la clase obrera nunca tuvo directamente el poder. Esto devino en un craso objetivismo que le costó muy caro al movimiento trotskista, pues no armó a la militancia estratégicamente durante décadas.

butos específicos que Trotsky (y otros, a su estela) creyeron ver”. (Fitzpatrick, 2016: 21)

Efectivamente Trotsky calificó despectivamente como “epígonos” a los hombres en torno a Stalin y, además, fue muy crítico sobre su estrechez política y teórica en general, rasgos en los que era comprensible se expresara el carácter burocrático y aparatista del equipo (algo que la misma Fitzpatrick resalta en su libro). Esto no significaba que fueran incapaces o ineficientes en sus funciones de administradores del Estado, por el contrario, es un perfil muy propio de los burócratas (aunque dejemos anotado que con todo lo “organizadores” que eran, también lo eran para generar faltas multiplicadas y tremendas irracionalidades propias de la gestión burocrática de los asuntos).

Lo que Trotsky apuntaba eran sus limitaciones en tanto dirigentes revolucionarios, dirigentes que se presentaban como los máximos exponentes del “leninismo”, ensuciando de paso toda la tradición acumulada por el socialismo revolucionario (incluido el bolchevismo) durante décadas de lucha obrera para justificar su existencia como casta parasitaria: “La burocracia stalinista además de no tener nada de común con el marxismo, es también extraña a toda doctrina, programa o sistema. Su ‘ideología’ está impregnada de un subjetivismo absolutamente policial; su práctica, de un empirismo de las más pura violencia. En el fondo los intereses de la casta de los usurpadores, es hostil a la teoría: no puede dar cuenta a sí misma ni a nadie de su papel social. Stalin revisa a Marx y a Lenin, no como la pluma de los teóricos, sino con las botas de la GPU”. (Trotsky, 1975: 26-27)

Desde esta óptica, son totalmente comprensibles las caracterizaciones de Trotsky sobre los hombres que rodeaban a Stalin, los cuales son recordados únicamente por haber sido parte del gobierno estalinista como jefes de segunda o tercera línea, cuyas “elaboraciones” teóricas no pasaban de ser verdaderas vulgarizaciones del marxismo revolucionario con el objetivo de legitimar a la burocracia estalinista.

Entre lo anecdótico y lo palaciego...

Debido a su interpretación liberal de la revolución, su retrato del equipo de Stalin termina siendo muy “palaciego” y, peor aún, pierde de vista las fuerzas sociales y procesos políticos que confluyeron para potenciar el surgimiento de la burocracia soviética y modificar el carácter social del Estado que surgió con la Revolución de Octubre. De esta forma, El equipo de Stalin termina siendo una obra de lectura cautivadora, con una narrativa muy al estilo de “House of Cards”, pero carente de conclusiones estratégicas que aporten a una mejor comprensión de la burocracia estalinista.

Esto no resta atractivo al libro de Fitzpatrick, el cual aporta muchos datos ocultos durante décadas sobre los principales debates a lo interno del equipo de Stalin, los que pueden ser de utilidad siempre que se interpreten desde un ángulo crítico al que brinda la autora.

El estalinismo representó una verdadera contrarrevolución que modificó el carácter de clase del Estado soviético y, por lo mismo, no tenían ningún trazo de continuidad con la tradición del socialismo revolucionario que encarnaban los bolcheviques. Trotsky insistió mucho en esta perspectiva, ante los diferentes sectores de izquierda y la intelectualidad que desde los años 30 planteaban que la degeneración estalinista era la consecuencia inevitable del bolchevismo: “La exterminación de toda la vieja generación bolchevique, de una gran parte de la generación intermedia que había participado en la guerra civil, y también de una parte de la juventud que había tomado más en serio las tradiciones bolcheviques, demuestra la incompatibilidad no solamente política sino también directamente física, entre el bolchevismo y el stalinismo”. (Trotsky, 1975: 16)

Desde la corriente *Socialismo o Barbarie* realizamos un balance profundo del curso del estalinismo y sus implicaciones sobre la URSS (así como de las revoluciones de posguerra del siglo XX), apoyándonos en la monumental obra de Trotsky pero, sin perder de vista, que sólo pudo observar los primeros años del proceso de burocratización del partido bolchevique, mientras que nosotros tenemos la posibilidad de hacer un balance más global al presenciar el “final de la película”.

Producto de este enfoque, desde *SoB* analizamos que la burocratización liderada por el estalinismo instauró un gobierno autoritario que expropió del poder real a la clase obrera y modificó el carácter de clase de la URSS y, retomando el análisis de Christian Rakovsky¹⁰, pasó de ser un Estado obrero con deformaciones burocráticas a un Estado burocrático con restos proletarios comunistas: “El desalojo político de la clase obrera del poder significa, dialécticamente, su desalojo social: la pérdida del carácter obrero del Estado ocurre aunque la propiedad siga siendo estatizada. No hay forma de separar una cosa de la otra, como se hizo tradicionalmente en el trotskismo. La propiedad estatizada no quedó en manos de la clase obrera sino en las de la burocracia: una capa social ajena y enemiga, y no ‘mandadera’ o ‘representativa’ de la clase obrera. Y ya hemos escrito en otros lugares que la burocracia soviética era algo más que una mera burocracia: era la única capa social privilegiada y dominante de la sociedad soviética en el sentido pleno de la palabra”. (Sáenz, *El Estado Obrero y la contrarrevolución burocrática – Cuando la clase obrera es desalojada definitivamente del poder* www.socialismo-o-barbarie.org)

10 Uno de los principales dirigentes de la Oposición de Izquierda, que sufrió el destierro en Siberia por varios años. Posteriormente capituló bajo la presión del nazismo, planteando la necesidad de trabajar con el estalinismo para defender la URSS.

Bibliografía

Bensaid, Daniel. *Comunismo y estalinismo*. Tomado de Marxist Internet Archive, mayo de 2010

Fitzpatrick, Sheila. *El equipo de Stalin*. Editorial Crítica. Barcelona: 2016.

_____. *La revolución rusa*. Siglo Veintiuno Editore. Buenos Aires, Argentina: 2015.

Sáenz, Roberto. “La vieja guardia bolchevique en el banquillo”. www.mas.org.ar

Trotsky, León. *Bolchevismo y stalinismo*. El Yunque editora. Buenos Aires, Argentina: 1975.

_____. Stalin. *El gran organizador de derrotas*. Ediciones IPS. Buenos Aires, Argentina: 2012a.

_____. *Historia de la Revolución Rusa* (tomo II). Editorial Antídoto. Buenos Aires, Argentina: 2012b.

V

La experiencia soviética y el Estado: elementos para una crítica a la Luz de la obra de Itsván Mészáros¹.

Yessenia Fallas Jiménez²

Introducción

Este artículo tiene como finalidad analizar el hecho histórico de la permanencia del Estado como un elemento vital y definidor de la naturaleza de la experiencia “socialista” en la antigua Unión Soviética. Para este análisis, el camino escogido debe partir, necesariamente, de la demarcación de algunos aspectos característicos del capital, en cuanto sistema de control sociometabólico,

1 Este artículo fue presentado originalmente en portugués en el libro “Mészáros e a crítica a Experiência Soviética” producto del trabajo de varios investigadores e investigadoras miembros del grupo de investigación “Mészáros y Lukács: fundamentos ontológicos de la sociabilidad burguesa”, con sede en la ciudad de Maceió, estado de Alagoas, Brasil. El libro fue publicado por el Instituto Lukács en junio de 2017 a propósito de la conmemoración de los 100 años de la Revolución de Octubre de 1917.

2 Profesora de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Costa Rica y doctora en Trabajo Social por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Miembro del grupo de investigación “Mészáros y Lukács: fundamentos ontológicos de la sociabilidad burguesa”.

de su relación con el Estado moderno y de la forma por medio de la cual continuó existiendo la **relación-capital** en la experiencia soviética, teniendo al Estado como uno de los elementos fundamentales para su reproducción en aquel escenario. Una vez anotados estos elementos, enfatizaremos el hecho de que, al contrario de fenecer, el Estado permaneció desarrollando tareas centrales en la reproducción del capital en la experiencia soviética.

Para presentar estas cuestiones, tomaremos como eje central de análisis los elementos desarrollados por István Mészáros, particularmente en su obra “Más allá del capital. Rumbo a una teoría de la transición”, a partir de los cuales el autor llama la atención acerca de la permanencia de la **relación-capital** en la experiencia soviética.

Intentaremos entender el papel del Estado en el conjunto del proceso en el cual permaneció la reproducción del capital a través de una variedad distinta de la forma capitalista, lo que hizo que, junto al “no fenecimiento” del Estado, la Unión Soviética se constituyera en lo que el autor denominará como una variedad “pós-capitalista” de capital.

La finalidad es aprehender los elementos que caracterizan el Estado en la Unión Soviética, partiendo de la comprensión de éste como estructura de mando político del capital. En ese sentido, será fundamental iniciar nuestra discusión sobre el Estado en la experiencia Soviética, apuntando algunos elementos del desarrollo del capital que colocarán la necesidad histórica de esa estructura de mando político.

1. El capital y su imperativo de expansión dirigida hacia la acumulación

Es importante comenzar esta discusión enfatizando que el capital es una relación social y como tal, es

una relación de compulsión, cuya meta es extraer plus-trabajo (...) es una relación de compulsión que no descansa en ningunas relaciones personales de dominación y dependencia, sino que solamente surge de la diferencia en las funciones econó-

micas.³ (MARX, *apud* Mészáros, p.702).

El propio Marx, al hablar de la producción capitalista, afirmaba que,

El motivo que impulsa y el objetivo que determina el proceso de producción capitalista es la mayor autovalorización posible del capital, esto es, la mayor producción posible de plusvalía, por tanto, la mayor explotación posible de fuerza de trabajo por el capitalista. (MARX, 1996, p. 447.)⁴

Así, a su vez, la **relación-capital**, crea una relación de dominación y subordinación, cuya conformación histórica tiene, en las palabras de Mészáros, bases con raíces muy profundas en la historia, pues fue a través de un largo proceso –desde sus formas embrionarias (pre-capitalistas) hasta su fase de mayor desarrollo– que el capital se transformó en el fundamento de la producción. (MÉSZÁROS, 2001, p.703)⁵.

Una de las determinaciones más profundas del capital como relación social, es su imperativo estructural orientado hacia la expansión dirigida por la acumulación. Para que ese imperativo estructural pueda realizarse y reproducirse permanentemente, es necesaria la continua extracción de trabajo excedente, en cualquier forma y según circunstancias históricas determinadas. (MÉSZÁROS, 2001, p.69).

Según Mészáros,

si bien la imposición implacable de la compulsión para la ejecución del plustrabajo la comparte el modo de producción capitalista con modos de reproducción societal explotadores anteriores, el capital ejerce esa compulsión “en una forma más favorable para la producción”. (MARX, *apud* Mészáros, 2001, p.930).

Para desarrollar la extracción de trabajo excedente, es necesario

3 El itálico es del autor.

4 Traducción propia del portugués al español.

5 Es importante recordar en este momento que Mészáros hace una larga e interesante discusión sobre las categorías de *capital* y capitalismo, para quien quiera profundizar en esta discusión, el capítulo 17 de su obra *Más allá del capital*, presenta elementos centrales para ese debate.

el establecimiento de una división jerárquica del trabajo a partir de la cual las actividades de la producción y el control deben estar separadas. Así, la

imposición de una división social del trabajo jerárquica como una fuerza cimentadora muy problemática –definitivamente explosiva en verdad- de la sociedad constituye una necesidad inevitable. Surge de la insuperable condición por la cual una sociedad regida por el capital debe estar estructurada antagonísticamente de una manera específica, ya que las funciones productivas y controladoras del proceso del trabajo deben estar radicalmente divorciadas una de la otra y asignadas a diferentes clases de individuos. (MÉSZÁROS, 2001, p.49).

Sin la máxima extracción de trabajo excedente de los productores (la verdadera razón de ser del sistema del capital) en cualquier forma que sea compatible con sus límites estructurales (sea en la forma económica, o sea en la forma políticamente regulada, como en el caso de la Unión Soviética), el capital “no podría posiblemente cumplir sus funciones metabólicas sociales de ninguna otra manera”. (MÉSZÁROS, 2001, p.50).

La forma encontrada por el capital para cumplir las funciones estructurales que le permiten los niveles de eficiencia con los que se convirtió en un sistema de control metabólico fue, entonces, la separación entre la producción y el control de la misma. El capital “no podría funcionar de ninguna otra manera, a no ser bajo la forma de la propia imposición como alineación radical del control de los individuos.”⁶ (MÉSZÁROS, 2001, p.37).

El imperativo de la expansión dirigida hacia la acumulación tiene un carácter estructural y es una determinación que corresponde al nivel más profundo del capital, coloca la necesidad de mantener el control sobre la totalidad de las relaciones sociales. Es por eso que en un determinado momento de su desarrollo histórico, el capital tuvo que constituirse en una estructura de control to-

6 En la edición en inglés, este trecho del texto dice: “could not function in any other way than in the form of imposing itself as the radical alienation of control from the individuals” (p. 33). En la traducción al español (2001) este trecho se lee erradamente de la siguiente forma “no podía funcionar de otro modo que imponiéndose como la *radical alteración del control* de los individuos”. (p.37)

talizadora dentro de la cual, según Mészáros, “todo lo demás, incluyendo los seres humanos, debe quedar adaptado, y probar en consecuencia su ‘viabilidad productiva’, o de lo contrario perecer si no lo hiciera.” (MÉSZÁROS, 2001, p.47).

Así, según el autor, el imperativo estructural del capital es,

La base común de determinación de todas las prácticas vitales dentro del marco del sistema del capital, desde las funciones reproductivas económicas directas a las funciones de regulación del Estado más mediadas. (MÉSZÁROS, 2001, p.69).

Entonces, todos los órganos sociales que se desarrollan bajo el dominio del capital, deben adaptarse a esa base, actuando, así, bajo sus reglas en cuanto sistema de control del metabolismo social. Esa condición es fundamental para el sistema, pues si el capital no consigue realizar su proceso de reproducción en escala siempre ampliada, se desmoronaría en cuanto sistema. (MÉSZÁROS, 2001, p.88).

Es por eso que el conjunto de las relaciones sociales debe estar sometido a la forma de control del capital, con el objetivo de preservar su imperativo estructural.

Como parte de ese imperativo estructural, el capital tiene la necesidad de romper con todos los obstáculos que sean impuestos para su desarrollo. Para tornarse un modo de control sociometabólico y continuar con su imperativo. El capital tenía, entonces, que romper con las “amarras de la autosuficiencia” en la relación entre producción material y el control de la misma que caracterizaron los modos de producción que antecedieron al modo de producción capitalista. Así, conforme avanzó el modo de control sociometabólico del capital, esa autosuficiencia se rompe para dar lugar a “conexiones metabólicas/reproductivas más amplias”, la relación entre la producción y el control (pero también entre la producción-circulación y la producción-consumo) cambia cualitativamente en razón de las determinaciones estructurales del capital. (MÉSZÁROS, 2001, p.52,53).

Desde sus formas pre-capitalistas, el capital ya mostraba su incapacidad de restringirse a territorios limitados, y su expansión constante como fuerza económica es solamente una demostra-

ción de esa incapacidad.

Como modo de control sociometabólico, el capital, entonces, no conoce fronteras porque, al contrario de los modos de producción que lo antecedieron, las unidades productivas que lo conforman no son, ni necesitan ser autosuficientes⁷. Esto no podría ser de otra forma, porque una vez liberado de las amarras de la autosuficiencia y habiendo subordinado el valor de uso a sus requerimientos, el capital necesitó expandirse permanentemente como parte de su forma de reproducción. (MÉSZÁROS, 2001, p.53).

Es por esa ruptura con las amarras de la autosuficiencia que el sistema del capital puede ser descrito “como orientado hacia la expansión y guiado por la acumulación”. Pero todavía hay un elemento más: al librarse “de las restricciones subjetivas y objetivas de la autosuficiencia, el capital se convierte en el más dinámico y efectivo *extractor de plustrabajo* de la historia”⁸. (MÉSZÁROS, 2001, p.53).

Mészáros afirma que esa extracción de trabajo excedente, es realizada;

por un poder controlador por separado, en un proceso del trabajo conducido sobre la base de la subordinación estructural jerárquica del trabajo a los imperativos materiales de una producción orientada hacia la acumulación (...) y hacia la continuada reproducción ampliada de riqueza acumulada. (MÉSZÁROS, 2001, p.770).

7 Según Mészáros “Como potencial productor de valores históricamente específico, el capital no puede ser actualizado y “realizado” (y simultáneamente también reproducido en una forma ampliada gracias a su “realización”), sin entrar en los dominios de la circulación. La relación entre la producción y el consumo es así redefinida radicalmente dentro de su marco de referencia, de tal manera que la muy requerida unidad de ambos se torna insuperablemente problemática, lo que trae consigo con el paso del tiempo también la necesidad de una crisis de un tipo o de otro. Esta vulnerabilidad a las vicisitudes de la circulación es una determinación crucial a la cual ninguna “economía doméstica” de la antigüedad, y muchísimo menos la Edad Media – para no hablar de las unidades reproductivas socioeconómicas del comunismo primitivo y de las antiguas ciudades coloniales a las que se refería Marx en algunas de sus obras principales – debió someterse, dado que ellas estaban orientadas primordialmente hacia la producción y el consumo directos del valor de uso”. (MÉSZÁROS, 2001, p.52-53)

8 Los itálicos son del autor.

La forma como ese control alienado es impuesto sobre el trabajo depende de circunstancias históricas determinadas. En la variedad capitalista de capital, ese control sobre la producción es administrado por la personificación privada, o sea, los “capitalistas privados”. Pero en otras circunstancias, ese control puede ser asumido por otras formas de personificación del capital. Así, por ejemplo, en la Unión Soviética, ese mando fue asumido por otra forma de personificación. Según el autor,

en el sistema de tipo soviético, en el que las funciones de control del capital le fueron conferidas al partido como tal, y no a individuos particulares incluso en los rangos más altos del partido (que podían ser eliminados sin perturbar seriamente al sistema), los dirigentes del partido eran genuinas personificaciones del capital solamente en su capacidad colectiva. (MÉSZÁROS, 2001, p.770).

Guiado por su imperativo, el capital es capaz de redefinir constantemente sus personificaciones y sus límites relativos, según los cambios de las circunstancias históricas, con la finalidad de hacer efectiva su razón de ser. (MÉSZÁROS, 2001, p.53).

Es de esa forma que el capital va superando los obstáculos con los que, históricamente, se depara “adoptando incluso las formas de control –en apariencia con su carácter discordante y operativamente “híbrido”- más sorprendentes y desconcertantes, si las condiciones se lo exigen”. (MÉSZÁROS, 2001, p.53).

Y hay otro elementos importante, el proceso a través del cual el capital supera las amarras de la autosuficiencia, tuvo como resultado un aumento en la productividad nunca antes existente en la historia, sin embargo, con ello surge una consecuencia, a saber: la pérdida de control sobre el sistema social en su conjunto, una pérdida que, según el autor, permaneció oculta por mucho tiempo durante el proceso histórico de desarrollo del capital, gracias a la capacidad de aplazamiento de las contradicciones, particularmente en la etapa de su expansión.⁹

⁹ Sin embargo con la llegada de la crisis estructural, ya no es más posible ocultar la progresiva pérdida de control. (MÉSZÁROS, 2002, p.55). Para un análisis minucioso sobre la crisis estructural ver especialmente el capítulo 5 del libro “Más allá del capital”.

El propio imperativo de la expansión dirigida hacia la acumulación es una de las expresiones de esa pérdida de control, ya que ésta aplaza los problemas propios de las contradicciones internas del sistema que, al mismo tiempo, van aumentando conforme el capital se expande globalmente. La expansión, entonces, aplaza las contradicciones estructurales del sistema, de ahí que la forma en que el capital se reproduce es, necesariamente expansiva. Pero los nuevos problemas y contradicciones cada vez mayores que surgen, van definiendo el tamaño correspondiente de la “expansión desplazadora” y con ella se presenta “el espectro de la *total incontrolabilidad* en ausencia del gigantesco desplazamiento expansionista requerido” cada vez que dilapida los anteriores. (MÉSZÁROS, 2001, p.55).

Así, aunque la pérdida de las amarras de la autosuficiencia hayan traído un aumento de la productividad para el sistema del capital y también un nuevo tipo de “microcosmos”, con gran movilidad y dinamismo, el precio que el sistema tiene que pagar por ese aumento en la productividad, implica la pérdida de control sobre el conjunto del sistema reproductivo social. (MÉSZÁROS, 2001, p.55,57).

El imperativo de la expansión, observado en el proceso histórico de desarrollo del sistema del capital, es una manifestación contradictoria de esa pérdida de control, la cual no puede ser solucionada de forma sostenible, “por la radical separación de la producción y el control, y por la imposición de una agencia por separado (...) sobre la agencia social de la producción: el trabajo”, porque el éxito del control de las unidades particulares de producción (que puede ser ejercido tanto por el empresario privado, como por el burócrata del Partido en la Unión Soviética, por ejemplo) no es suficiente para garantizar la viabilidad global del sistema del capital. Es por eso, que se hace necesario subsanar los defectos estructurales de control a través de otras formas, como veremos más adelante. (MÉSZÁROS, 2001, p.55).

Ahora bien, esos defectos estructurales de control del sistema del capital pueden ser observados en el hecho de que los nuevos microcosmos que lo componen internamente son fragmentados a lo interno de varias maneras. En primer lugar, en la oposición

entre producción y control, que según Mészáros, están “radicalmente separados, y en verdad diametralmente opuestos entre sí”. (MÉSZÁROS, 2001, p.55).

En segundo lugar, en la separación entre producción y consumo, las cuales adquieren una existencia separada altamente problemática, lo que hace que “el ‘sobreconsumo’ desperdiciador y manipulado de la forma más absurda en algunos sectores puede encontrar su terrible corolario en la más inhumana negación de las necesidades elementales de incontables millones de seres”. (MÉSZÁROS, 2001, p.56).

En tercer lugar, esos defectos se observan en la contradicción entre la producción y la circulación. Según el autor,

los nuevos microcosmos del sistema del capital se combinan en una suerte de totalidad manejable de manera tal que el capital social total *pueda* ser capaz –dado que *tiene* que serlo– de ingresar en el territorio *global* de la *circulación* (o, para ser más precisos, ser capaz de crear la *circulación como una empresa global*, a partir de sus propias unidades *internamente fracturadas*) en un intento por superar la contradicción entre la *producción* y la *circulación*. (MÉSZÁROS, 2001, p.56).

En esas tres situaciones, el defecto estructural de control está localizado en una ausencia de unidad y, debido al hecho de que las tres dimensiones (producción-control, producción-consumo, producción-circulación) son estructuras vitales del sistema, “los antagonismos que emanan de estas estructuras son necesariamente reproducidos bajo todas las circunstancias históricas que cubren la época del capital”, sea en la forma capitalista, o en la forma pós-capitalista observada en la Unión Soviética, por ejemplo. (MÉSZÁROS, 2001, p.56).

Para su continua reproducción, el sistema debe intentar solucionar los defectos estructurales de control (ausencia de unidad), sin embargo todas las alternativas correctivas sólo pueden tener un carácter exclusivamente temporal, en virtud de que los defectos de control se constituyen como estructuras vitales (y no accesorias) para el sistema del capital.

Es por esta razón que, según el autor, por la formación del Estado

moderno, se realiza una acción correctiva de esos defectos, ya que éste se erige como una estructura totalizadora de mando político, fundamental para la viabilidad limitada del modo de control sociometabólico del capital. (MÉSZÁROS, 2001, p.57).

Así, según Mészáros, surge el Estado moderno,

en su modalidad histórica específica sobre todo para que sea capaz de ejercer un control englobador sobre las ingobernables fuerzas centrífugas que emanan de las separadas unidades productivas del capital como sistema reproductivo social estructurado antagonísticamente. (MÉSZÁROS, 2001, p.57).

Es así, que el Estado moderno se configura como una estructura de mando político del capital en cuanto sistema de control del sociometabolismo, que se vincula al carácter más estructural y a la propia naturaleza del sistema, pues es un elemento remediador de la ausencia de unidad entre las dimensiones estructurales del sistema.

2.El imperativo de la expansión del capital y el Estado moderno

Hemos hablado, hasta aquí, del imperativo estructural del sistema del capital y de sus determinaciones más profundas, analizaremos ahora la relación histórica entre el capital y el Estado moderno, porque desde nuestra perspectiva, el carácter y la naturaleza de esa relación permite explicar el hecho de que en la experiencia soviética el Estado no feneciera, lo que implica a su vez, la permanencia de la **relación-capital**, en la cual el propio Estado administró funciones fundamentales en el control de la producción.

Como vimos, en el desarrollo histórico del sistema del capital, el Estado se constituye en la “estructura remedial factible compatible con los parámetros estructurales del capital como modo de control metabólico social”. Esa estructura desarrolla la función de rectificar la falta de unidad en los tres aspectos estructurales del sistema anteriormente mencionados (producción-control, producción-circulación, producción-consumo), pero sólo lo hace en la medida en que, como acción correctiva, pueda ajustarse dentro de los límites del propio sistema. (MÉSZÁROS, 2001, p.57).

Es importante enfatizar, en primer lugar, que el Estado moderno es, según Mészáros, la única estructura correctiva compatible con el sistema del capital, pero esto no quiere decir que como estructura de mando político, solucione completamente los defectos estructurales que la falta de unidad provoca, pues el carácter estructural de esos defectos hace que sea imposible eliminarlos. En segundo lugar, debe aclararse que la acción correctiva del Estado moderno siempre es realizada dentro de los límites del capital como sistema de control sociometabólico. El Estado moderno, como “la única estructura remedial factible compatible con los parámetros estructurales del capital como modo de control metabólico social”, tiene la función de rectificar (hasta donde los límites del capital lo permiten) la falta de unidad en los tres aspectos mencionados anteriormente. (MÉSZÁROS, 2001, p.57).

Así, por ejemplo, en lo que respecta al primer aspecto (producción-control) y la respectiva acción remedial del Estado, el autor afirma que;

la unidad faltante es “metida de contrabando”, por así decirlo, por cortesía del estado que salvaguarda legalmente la relación de fuerzas establecida. Gracias a tal salvaguarda las varias “personificaciones del capital” pueden dominar (con inexorable eficacia) a la fuerza laboral de la sociedad, imponiéndole al mismo tiempo la ilusión de una relación entre iguales. (MÉSZÁROS, 2001, p.58).

En relación al segundo aspecto (producción-consumo), podemos ver como ejemplo, que el Estado asume una función creciente de “comprador/consumidor directo”, en la que debe satisfacer algunas necesidades reales del “conjunto social”, como educación y salud, y también algunos “apetitos en su mayoría artificiales”, tales como el complejo militar-industrial, “inmensamente desperdiciador” que sólo beneficia al propio capital. (MÉSZÁROS, 2001, p.60).

Sobre el tercer aspecto, Mészáros menciona como ejemplo, que las funciones del Estado en la esfera del consumo, tienen que ver con las acciones que se desarrollan en el plano de la relación contradictoria entre los Estados Nacionales como estructura correctiva de mando político y el propio capital, que como modo

de control sociometabólico, no puede confinarse a esos límites nacionales, debido a su imperativo de la “circulación global”. En esa situación, la forma en la cual el Estado intenta

resolver esta contradicción, es la institución de una “doble contabilidad”: un nivel de vida considerablemente mayor para el trabajo –aunado a la democracia liberal- en casa (esto es, en los países “metropolitanos” o “centrales” del sistema del capital global) y un régimen explotador al máximo y al mismo tiempo inexorablemente autoritario (y, cada vez que resulte necesario, incluso abiertamente dictatorial), ejercido directamente o mediante representación, en la “periferia subdesarrollada”. (MÉSZÁROS, 2001, p.61).

Es con esas acciones, entre otras, que el Estado moderno desarrolla la acción correctiva en la forma de una estructura de mando político totalizadora del capital. Tal acción revela el carácter del Estado moderno (cualquiera que sea la forma histórica en la cual el Estado se presente: por ejemplo, parlamentaria, bonapartista, estado soviético, etc), y de su relación con el capital como sistema de control sociometabólico. (MÉSZÁROS, 2001, p.71).

Pero todavía hay un elemento más que determina esta relación. Dado el carácter centrífugo (siempre en competición) de las unidades socioeconómicas que constituyen el sistema del capital, si éstas fueran tomadas por separado, serían incapaces de establecer una coordinación y una totalización espontánea, y si les fuera permitido continuar con su recorrido disociador, terminarían siendo lo contrario a un sistema con unidades coordinadas dada la naturaleza centrífuga que las caracteriza. Es por eso que,

paradójicamente, esta total “ausencia” o “falta” de una cohesión fundamentada positivamente en los microcosmos socioeconómicos constitutivos del capital –debida sobre todo a su divorcio del valor de uso y de la necesidad humana espontáneamente manifestada– es lo que origina la dimensión política del control metabólico social del capital en forma de Estado moderno. (MÉSZÁROS, 2001, p.72).¹⁰

¹⁰ Esto es así porque en el sistema del capital “el valor de uso del producto solamente aparece como el vehículo de su valor de cambio”. Debe recordarse que, en sociedades anteriores, aún con la existencia del intercambio, esa separación no era determinante de

La articulación del Estado con los imperativos metabólicos del capital, significa la transformación de las fuerzas centrífugas disociadoras en un sistema de unidades productivas que no tienen freno, por el hecho de que la propia estructura de mando está organizada de forma que maximice la potencialidad dinámica de esos microcosmos reproductivos materiales independientemente de sus consecuencias. (MÉSZÁROS, 2001, p.72).

El Estado moderno se configura, entonces, como una estructura de mando político en un ámbito separado de las funciones reproductivas materiales. Según el autor,

un rasgo distintivo del sistema del capital es que, como cosa normal, las funciones reproductivas materiales se llevan adelante en un compartimiento por separado, bajo una estructura de mando sustancialmente diferente de la estructura de mando política englobadora del capital [corporificado]¹¹ en el estado moderno. (MÉSZÁROS, 2001, p.837).

A pesar de esa separación, es necesario que el capital se complemente con su propio modo de control político para poder ejercer su control, lo que significa que “la estructura de mando material del capital no puede hacerse valer sin la estructura de mando política [global] del sistema”. (MÉSZÁROS, 2001, p.837).

El Estado contribuye en colocar bajo control las fuerzas centrífugas de las unidades productivas individuales, que por sí solas, son incapaces de establecer una coordinación espontánea, con ello, el Estado pasa a existir a causa de la falta de cohesión de los microcosmos que constituyen el capital como sistema. (MÉSZÁROS, 2001, p.72, 837).

Entonces, el sistema del capital se desarrolló, “a partir de unos constituyentes irrefrenables pero bien poco autosuficientes”; los defectos estructurales de control que surgieron de esta condición

las relaciones sociales; con el capitalismo no sólo es fundamental esa separación, si no que el valor de uso se transforma en el vehículo para el valor de cambio de la producción se transforma en producción de mercancías, el capital se transforma en el fundamento de la producción. (MARX apud Méészáros, 2002, p.72).

11 En la versión original en inglés (1995) se lee “embodied” (p.728), en la versión en español (2001) fue traducido erróneamente como “personificado”.

estructural necesitaron de estructuras de control que fueran capaces de complementar los constituyentes reproductivos materiales de acuerdo con la necesidad totalizadora y la dinámica de expansión del sistema del capital. (MÉSZÁROS, 2001, p.68).

Según Mézáros, fue de esta forma que,

el estado moderno, como la estructura de mando política del capital más englobadora, fue puesto en existencia, y se convirtió en una parte tan integral de la “base material” del sistema como las propias unidades reproductivas socioeconómicas. (MÉSZÁROS, 2001, p.68).

Es por eso que, según el autor, el Estado moderno es una exigencia absoluta para salvaguardar la productividad del sistema del capital que, como tal, llegó a su predominancia de la mano de prácticas políticas totalizadoras en la forma de Estado moderno. (MÉSZÁROS, 2001, p.57).

Esto es fundamental para comprender la naturaleza del Estado moderno y en ese sentido, es posible decir que la base socioeconómica del capital y sus formas de Estado no pueden ser entendidas de formas separadas, y que al mismo tiempo, no existe una relación de determinación unidireccional del Estado moderno por una base material independiente. La verdad, lo que sucede es que,

(...) el estado moderno altamente burocratizado, junto con su compleja maquinaria política/legal, surge de la necesidad material absoluta del orden metabólico social del capital, y entonces a su vez se convierte –en forma de una reciprocidad dialéctica- en una precondition vital para la subsecuente articulación del complejo en su conjunto. (MÉSZÁROS, 2001, p.58).

Porque sin una estructura de comando totalizadora, las unidades individuales del capital no se constituirían en un sistema, sino en “un conglomerado de entidades económicas más o menos aleatorio e insostenible”. De ahí que sin el Estado moderno,

el modo de control metabólico espontáneo del capital no se puede convertir en un sistema con microcosmos socioeconómicos claramente identificables –dinámicamente productores y extractores de plustrabajo, y a la vez apropiadamente integrados

y sostenibles. (MÉSZÁROS, 2001, p.72).

Es por eso que Mézáros afirma que hay una reciprocidad dialéctica entre el capital y el Estado moderno, como su estructura de comando político. Para el autor, dado su papel constitutivo y permanentemente sustentador, el Estado “debe ser entendido como una parte integrante de la propia base material del capital”. El Estado no solamente contribuye a formar y consolidar todas las grandes estructuras productivas de la sociedad, sino a su funcionamiento permanente. (MÉSZÁROS, 2001, p.74).

El Estado moderno pertenece a la materialidad del sistema del capital, y es el que corporifica la dimensión cohesiva que es necesaria para la realización del imperativo estructural del capital. Esta es una característica de todas las formas de Estado conocidas dentro del orden sociometabólico del capital.

Pero, al mismo tiempo, es una característica del sistema del capital que la estructura de comando política corporificada en el Estado, sea diferente de la estructura de mando bajo la cual se desarrollan las funciones materiales reproductivas, y ambas son “sustancialmente diferentes”. (MÉSZÁROS, 2001, p.837).

Es importante aclarar que no debe confundirse el Estado (la estructura de mando político) con la estructura de mando del sistema del capital, porque como “modo de control sociometabólico históricamente específico”, el capital tiene que tener una estructura de mando en todas sus esferas y niveles, porque no admite nada que esté por encima de él mismo, por eso, “el capital como tal constituye en sí mismo *su propia* estructura de mando, de la cual la dimensión política forma *parte integrante*, aunque en modo alguno *subordinada*”. (MÉSZÁROS, 2001, p.74).

Es esa comprensión sobre el Estado moderno lo que permite a Mézáros afirmar que, bajo el sistema del capital, hay una necesaria articulación entre las tres dimensiones: Estado, capital y trabajo. Todas ellas mantienen una relación de autosustentabilidad recíproca, lo que hace que, la necesidad de superar una de ellas, implique la necesidad de superar las tres dimensiones conjuntamente, porque solamente pueden ser suprimidas de formas simultánea. (MÉSZÁROS, 2001, p.565).

Según el autor, es por esa razón que,

ni el capital, ni el trabajo ni, en verdad, el estado, pueden ser simplemente *abolidos* ni siquiera por la intervención jurídica más radical. Por lo tanto no es nada accidental que la experiencia histórica haya producido numerosos ejemplos del *fortalecimiento* del estado posrevolucionario, pero ni el menor paso en dirección a su “debilitamiento gradual”¹². (MÉSZÁROS, 2001, p.566).

Y puesto que estas tres dimensiones del sistema del capital (capital, Estado y trabajo) “están constituidos y vinculados entre sí de modo material, y no simplemente sobre una base legal/política”, ninguna de ellas puede ser abolida, ni siquiera por la intervención jurídica más radical, lo que de hecho expresa bastante bien lo que sucedió en la experiencia soviética. Mientras una de esas tres dimensiones exista, el trabajo va a continuar atado a la existencia del capital, o sea, “a la existencia material de éste como determinación estructural del proceso de trabajo en marcha”. (MÉSZÁROS, 2001, p.566).

3. El Estado y la extracción política de trabajo excedente en la experiencia soviética

Como ya fue mencionado, el proceso histórico que lleva hasta la completa subordinación de la producción bajo el poder del capital es caracterizado por varias determinaciones que lo llevaron a consolidarse como un sistema de control del sociometabolismo.

Es el imperativo estructural, vinculado a la naturaleza más profunda del capital, lo que lo torna un modo de control “global/universalista que no puede ser sustituido históricamente salvo por una alternativa metabólica social que igualmente lo abarque todo”. El capital puede desarrollar las formas más diversas de control y la experiencia soviética nos muestra cuánto estas formas pueden variar. (MÉSZÁROS, 2001, p.565).

Es por eso que es necesario entender las leyes funcionales que emanan de la naturaleza más profunda del capital y que permiten

¹² En la versión en inglés puede leerse “wither away”, que puede ser traducido como “feneamiento” conservando mejor la idea original de la versión en inglés.

que dicha naturaleza se expresa tanto en las formas menos desarrolladas (capital usurero, por ejemplo) como en las forma más desarrollada (el capitalismo). Esto es importante porque, a pesar de sus formas históricamente adoptadas, la naturaleza del capital se mantiene inalterable trans-históricamente. (MÉSZÁROS, 2001, p.129).

Así, la diferencia entre capital y capitalismo¹³ es la base sobre la cual nuestro autor establece los elementos necesarios para afirmar que el capital podría continuar su existencia en las llamadas sociedades pos-capitalistas. Para él, el estudio de las determinaciones históricas del capital, así como su desarrollo, permiten afirmar que la existencia del capital no se restringe al capitalismo, porque de la misma forma en que es posible encontrar algunos de sus elementos en fases anteriores, hay indicios que permiten concluir que es posible encontrarlo también en formaciones sociales diferentes a la capitalista.

Esto significa que si pensamos en sociedades pos-revolucionarias, el dominio del capital, que se funda en la división jerárquica del trabajo, prevalece durante una parte de la transición, pero para que tenga éxito, el dominio del capital “debe exhibir las características de una tendencia decreciente”. (MÉSZÁROS, 2001, p.1053).

Esto es fundamental para entender el significado de la experiencia soviética, ya que lo que la historia registra es que, lejos de existir una tendencia decreciente, en el sistema soviético permaneció esa división jerárquica del trabajo, porque la “extracción política directa del trabajo excedente” fue desarrollada por “las personificaciones del capital pos-capitalistas que intentaron legitimarse como la corporificación de los ‘verdaderos intereses’ de la clase operaria”. (MÉSZÁROS, 2002, p.22).

Y el Estado, como estructura política, fue fundamental para esos

13 Según Mézszáros, el capital por un lado “tiene que ver, además del modo de funcionar de la sociedad capitalista en particular, con las condiciones de origen y desarrollo de la producción del capital, incluidas las fases en las que la producción de mercancías no lo invade y domina todo, como ocurre bajo el capitalismo” y el capitalismo, por otro, está “limitado a un periodo histórico” en el cual el capital se transformó en el fundamento de la producción. (MÉSZÁROS, 2002, p.1053).

desarrollos, porque, en la experiencia soviética, permaneció la explotación de los trabajadores “bajo una máxima *división jerárquica del trabajo* que operaba una extracción del plustrabajo impuesta políticamente, a la mayor tasa practicable. (MÉSZÁROS, 2001, p.xivii).

En vez de ser superada, de forma permanente, la extracción de trabajo excedente, en la experiencia soviética subsistió, desarrollada a través de la estructura del Estado. Según el autor,

los desarrollos posrevolucionarios consolidados bajo Stalin siguieron la *línea de menor resistencia* en relación con las estructuras económicas heredadas, y permanecieron así atrapados dentro de los confines del sistema del capital. Ellas continuaron explotando y exprimiendo al pueblo trabajador bajo una máxima *división jerárquica del trabajo* que operaba una extracción del plustrabajo impuesta políticamente, a la mayor tasa practicable. (MÉSZÁROS, 2001, p.xivii).

En ese sentido, es posible observar que la variedad de las personificaciones del capital no se limita a la “variedad capitalista privada” porque mientras el capital mantenga su poder regulador sobre el sociometabolismo, encontrará una personificación adecuada a las circunstancias históricas dadas. (MÉSZÁROS, 2001, p.712).

Pero se debe recordar que en el caso particular de la experiencia soviética, no fue la burocracia la que produjo el sistema del capital pos-capitalista, aunque la misma haya estado en el comando de la división jerárquica del trabajo, por el contrario, “la forma poscapitalista del capital heredada y reconstituida da origen a su propia personificación bajo la forma del burócrata, como el equivalente poscapitalista del sistema del capital”. (MÉSZÁROS, 2001, p.713).

En la experiencia soviética hubo, por lo tanto, una extracción de trabajo excedente impuesta políticamente y que tuvo su propia personificación del capital: “el partido y los funcionarios del Estado a cargo de la gestión”. (MÉSZÁROS, 2001, p.767).

De esta forma, el desarrollo económico de tipo soviético, obtuvo algunos altos niveles de acumulación de capital, por varias déca-

das, “sin tan siquiera parecerse remotamente al sistema capitalista en su obligada orientación hacia la ganancia, por no nombrar el ‘espíritu empresarial’ y ‘bucanero’ de la gente al mando, que está guiada supuestamente por la fuerza motivacional subjetiva del “móvil de la ganancia”. (MÉSZÁROS, 2001, p. 897).

En el sistema soviético, “el trabajador siguió estando subsumido bajo las condiciones objetivas del trabajo, bajo el control autoritario del estado manejado por las personificaciones poscapitalistas del capital”. (Mészáros, 2001, p.845).

El Partido, en cuanto estructura de mando de ese “nuevo género de control sociometabólico”, permaneció como regulador de la extracción política de trabajo excedente. El Estado “se vio reforzado y más que nunca centralizado bajo la forma de Partido-Estado, en lugar de tomar el camino de su ‘debilitamiento gradual’”. (MÉSZÁROS, 2001, p. 30).

En la Unión Soviética, el fortalecimiento del Estado pos-revolucionario sucedió “sobre y en contra de la fuerza de trabajo”, con la finalidad de extraer, de forma políticamente regulada, el trabajo excedente. Así, ese fortalecimiento del Estado, sólo podía ser cada vez mayor, transformándose así, en una “necesidad estructural desvirtuada, y no en una ‘degeneración burocrática’ corregible con mayor o menor facilidad, que sería rectificada en el plano político gracias a una nueva ‘revolución política’”. (MÉSZÁROS, 2001, p.568).

En ese sentido, es posible constatar que los “privilegios burocráticos”, no son solamente un problema del personal envuelto, sino, específicamente, “por sobre todo, de la retención de funciones *objetivamente* ‘privilegiadas’ –es decir, estratégicamente vitales- por parte del Estado en el metabolismo social general”. (MÉSZÁROS, 2004, p.1075).

No es casualidad que el sistema de capital pos-capitalista de tipo soviético no haya logrado avanzar firmemente en dirección al “achicamiento” del Estado, porque, según Mészáros, el Estado moderno, (altamente poderoso y totalizador) se yergue sobre la base del metabolismo socioeconómico y lo complementa de forma indispensable en aspectos que son esenciales. (MÉSZÁROS,

2001, p.48).

El Estado pos-revolucionario no liberó las fuerzas a los productores para tomar decisiones autónomas, a partir de las cuales en la debida hora, el propio Estado podría “fenecer”. Por el contrario, el Estado impuso “el sistema de capital pos-capitalista de extracción de trabajo excedente. (MÉSZÁROS, 2001, p.483).

Por lo tanto, en vez de la transferencia de control efectivo de la unidades de producción del capital hacia los productores, el Estado, en la experiencia soviética, no solo no liberó ese control, sino que además se fortaleció. Así , no hubo una socialización genuina del proceso de producción (aquella “que se opone a la administración jerárquica a través de la estatización y de la nacionalización”) en sus características esenciales.¹⁴ (MÉSZÁROS, 2002, p. 1046).

En este escenario, contrario a la existencia de un proceso de fenecimiento, el Estado pos-revolucionario se fue fortaleciendo y, con eso, fue fortaleciendo también el poder político por encima y contra el cuerpo social. El Estado, entonces, “asumió el control de todas las facetas de la vida social”. (MÉSZÁROS, 2001, p.529).

La experiencia soviética mostró así, que, “el ‘estado de los obreros’ no puede concebiblemente *abolir* la división social del trabajo heredada, excepto en lo que atañe directamente a la propiedad de los medios de producción”. (Mészáros, 2001, p.1074).

Porque la división jerárquica del sistema del capital no puede ser simplemente abolida. La superación de la fragmentación del trabajo, propia del sistema del capital, además del acto político, necesita del traslado progresivo del poder de control de la producción hacia los propios productores y, junto con esto, del fenecimiento del Estado.

Según Mészáros, la experiencia en la Unión Soviética mostró un proceso contrario al fenecimiento del Estado y, además de esto, evidenció que, para la superación del capital, no es suficiente la remoción de las “personificaciones capitalistas privadas”, porque en aquella experiencia, el proceso de reproducción del capital fue controlado, por sus personificaciones pos-capitalistas.

14 Traducción propia del portugués al español.

(MÉSZÁROS, 2002, p.29).

Así, en la Unión Soviética, el nuevo tipo de personificación del capital “los burócratas del partido del sistema pos-capitalista del capital” (los funcionarios del Estado), fueron responsables de imponer, a los trabajadores, los imperativos del capital. (MÉSZÁROS, 2001, p.150, 476).

De esta forma, el hecho de que el Estado en las sociedades pos-capitalistas se haya fortalecido en vez de fenecer paulatinamente, “no es una causa autosuficiente, sino que es inseparable de la dependencia estructural del capital por el trabajo”. (MÉSZÁROS, 2001, p.568).

Así, las relaciones heredadas por las sociedades pos-revolucionarias y la continuidad de la explotación de los trabajadores se dio a través de la división jerárquica del trabajo, que operaba con la extracción política del trabajo, ahora personificada en los funcionarios del Estado de tipo soviético.

Consideraciones finales

Para finalizar, es importante reafirmar algunos elementos anteriormente tratados. Uno de ellos es el hecho de que, en el “sistema de estado soviético, dirigido en contra del pueblo por la burocracia soviética en nombre del socialismo de la manera más autoritaria posible”, el poder de toma de decisiones sobre la producción, continuó estando separado de los productores. (MÉSZÁROS, 2001, p.816).

En el sistema soviético, el trabajador continuó subsumido, a las condiciones objetivas de trabajo, al “control autoritario del estado manejado por las personificaciones pos-capitalistas del capital.” (MÉSZÁROS, 2001, p.845).

Contrario a activar el poder de decisión de los productores, el sistema soviético, profundizó la separación entre “las funciones del Estado” y la fuerza de trabajo bajo su control. (MÉSZÁROS, 2001, p.838-839).

Mientras la división jerárquica del trabajo permanezca separando las funciones de control, y la producción propiamente dicha,

el capital continuará ejerciendo su dominio sobre el sociometabolismo. No es suficiente, entonces, la eliminación de las personificaciones del capital en sus formas capitalistas, pues la historia mostró que es posible encontrar otras formas de objetivar la separación de las actividades substantivas de la reproducción social.

En ese sentido, también no es posible que las determinaciones más profundas del sistema del capital puedan ser superadas a través de acciones políticas orientadas a la “expropiación de los expropiadores” por la vía de decretos que dejan intactos al capital y a su imperativo de expansión.

Ni el capital, ni el Estado, ni el trabajo pueden, por lo tanto, ser simplemente abolidos ni “por la más radical intervención jurídica”. Según Mészáros, la historia muestra varias experiencias en las que hubo fortalecimiento del Estado pos-revolucionario y, por tanto, esas experiencias no dieron pasos orientados a su fenecimiento. Ya que, independientemente de las personificaciones a través de las cuales el capital desarrolla su imperativo, la “sustancia” del capital permanece mientras el sistema consigue ejercer con éxito, sus “funciones de control del trabajo históricamente alienadas”. (MÉSZÁROS, 2001, p.666).

Finalmente, es importante recalcar la cuestión del fenecimiento del Estado, que en palabras de Mészáros es una causa “inseparable de la dependencia estructural del capital por el trabajo”. (MÉSZÁROS, 2001, p.568).

Según el autor, el fenecimiento del Estado implica no solamente el fenecimiento del capital, sino la “autotrascendencia del trabajo” de la condición de subordinación a los imperativos materiales del capital. (MÉSZÁROS, 2001, p.568).

Lo que a su vez, es posible solamente si las funciones de control del sociometabolismo fueran apropiadas de forma progresiva por los productores libremente asociados. (MÉSZÁROS, 2001, p.568).

El capital, el trabajo y el Estado, en tanto dimensiones fundamentales del sistema, están “constituidos y vinculados entre sí

de modo material,¹⁵ y no simplemente sobre una base legal/política”. Es por esto que la superación de uno, exige necesariamente, la superación de los tres. (MÉSZÁROS, 2001, p.566).

La experiencia soviética demostró que conquistar el poder del Estado no significa controlar el sociometabolismo. Esto quiere decir que la dependencia estructural del trabajo en relación al capital, sólo podrá ser alterada con una alternativa socialista viable, que desafíe el propio capital y que, con esto, modifique radicalmente la totalidad del proceso reproductivo, porque, mientras las funciones de control vitales del sociometabolismo no sean ejercidas por los productores asociados y, en vez de esto, sean dejadas bajo el control de algunos de los posibles tipos de personificaciones del capital, el trabajo continuará reproduciendo el poder del capital contra sí mismo. Y la experiencia soviética es un duro ejemplo de cómo esto puede suceder. (MÉSZÁROS, 2001, p.566-567).

Referencias bibliográficas

MARX, K. *O capital. Crítica da Economia Política*. Libro I, vol. I, tomo I. São Paulo. Abril cultural. 1996.

MÉSZÁROS, I. *Más Allá del capital. Rumbo a una teoría de la transición*. Caracas: Vadell hermanos. Editores. 2001.

_____. *Para Além do Capital – rumo a uma teoria da transição*. São Paulo: Boitempo, 2002.

_____. *O poder a Ideologia*. São Paulo: Boitempo, 2004.

15 Las negritas son del autor.

VI

Crisis civilizatoria y Socialismo

Roberto Ayala S. / Julio 2017.

La revolución rusa puede ser dimensionada como la entrada de la utopía en la historia. La ‘utopía’ historizada, prácticamente operante, se pone como un hecho histórico universal. Hasta entonces se podía argüir, en forma condescendiente, que el proyecto socialista representaba, en el mejor de los casos, una manifestación de buenas intenciones, pero irrealizable. Después de la revolución rusa, el proyecto socialista es una posibilidad objetiva, un momento de lo real, más allá de lo meramente existente.

El mayor proyecto de redención social jamás intentado, y conscientemente, por la humanidad en toda su historia: cerrar definitivamente el largo período histórico en que la evolución social se dio sobre la base de la desigualdad estructural y la dominación de una minoría sobre el trabajo de la gran mayoría. El inicio de una completa transformación de la organización social, de los términos de la convivencia, y del correspondiente marco cultural de socialización, contrapuesto al individualismo moral y al egoísmo racional burgués, sobre la base de la supresión de la propiedad

privada de los principales medios de producción y circulación de la riqueza social, de la explotación del trabajo humano y de la desigualdad social estructural, erradicando así la base económica del poder social de las clases dominantes.

La ruptura con el capitalismo abrió un período de transición, de inéditas características en la historia humana, de prolongación inanticipable, en el cual, enfrentando una feroz resistencia de los explotadores y privilegiados, se daba la posibilidad real de avanzar (con ritmos particulares en los más diversos órdenes de la vida social, cuya interacción daba lugar a un proceso de conjunto que, combinando lo desigualmente desarrollado, articulaba movimientos progresivos y saltos retotalizadores) en la constitución de las condiciones materiales y espirituales de la emancipación social y la libertad individual.

Pero la historia es un gran escenario en el que confrontan diversas fuerzas sociales, con sus intereses y proyectos, algunos articulables, otros, los decisivos, insuperablemente contrapuestos. Por eso, como dice Engels, la historia es el resultado de un paralelograma de fuerzas. Poderosas circunstancias sociales objetivas (el atraso económico de Rusia, los devastadores efectos de la I guerra mundial y la guerra civil) se combinaron con el movimiento de factores subjetivos (políticos, culturales, choque de personalidades), y también con multitud de accidentes (el más relevante por mucho, la enfermedad y muerte de Lenin) para producir un resultado inesperado. Las enormes dificultades internas a las que se vio sometida la población, agravadas por el aislamiento y la agresiva hostilidad de las potencias capitalistas, crearon condiciones de extrema precariedad que favorecían el ascenso y final triunfo de un sector conservador nacionalista, que recurriendo a la ideología del ‘socialismo en un solo país’ y apoyándose en los elementos de burocratización presentes en el Estado y el Partido, ya alertados por Lenin, representaban lo que Trotsky caracterizó como una reacción ‘termidoriana’ en el seno del proceso de la sociedad de transición¹.

1 El 9 de Termidor del año III, se da el golpe de Estado que derroca a Robespierre y los Jacobinos. Trotsky marca este episodio como el inicio de un período de reacción dentro del proceso de la revolución (ver “Trotsky y la Revolución francesa”, de Pierre Broue).

La deformación burocrática del Estado que representaba un instrumento decisivo en la inescapable lucha política interna y externa en el marco del proceso de transición, interviene como una rémora que lastra y conspira contra el empuje de las nuevas relaciones de producción, obturando y finalmente destruyendo los mecanismos de la democracia revolucionaria, dando lugar a un régimen político, una dictadura burocrática, de partido único, gestionado de arriba hacia abajo, del cual Stalin representa la personificación epónima.

En una extraordinaria pieza de análisis histórico-social, político-cultural, incluso de psicología social, que ilustra brillantemente el insondable abismo entre ser ‘experto-en-marx’ y *pensar* como marxista, dialécticamente, Trotsky estudia y expone las condiciones y dinámica de lo que denominó un pronóstico alternativo: si una revolución política no regenera las bases de la democracia revolucionaria, la dictadura termidoriana, stalinista, terminará por conseguir sofocar el poderoso impulso de las nuevas relaciones de producción y de las nuevas formas de organización y de transformación cultural de la sociedad toda, incluyendo los términos cambiantes de la vida cotidiana, hasta llevar a la destrucción completa del Estado obrero, conduciendo a la restauración plena del capitalismo². Resultado final de la burocracia gobernante, alimentado desde muy temprano por las implicaciones nacionalistas de la ideología del ‘socialismo en un solo país’, que muy naturalmente se convertirá en chauvinismo Gran ruso durante y después de la II guerra, con trágicas consecuencias dentro y fuera de la Unión Soviética.

La ‘fuerza de las nuevas relaciones de producción’ y de las bases generales de la nueva sociedad, consiguieron resistir 60 años de burocratización. Durante 40 años, un tercio de la población mundial vivió en sociedades que habían logrado desplazar la propiedad privada de los medios de generación y circulación de la riqueza. Las sociedades de transición experimentaron un particular ‘milagro económico’ y social. Sociedades atrasadas se industrializaron y urbanizaron, se ‘modernizaron’, crearon sistemas de seguridad social concebidos como derecho societario,

2 Ver de L. Trotsky, *LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA*

del conjunto de la población, establecimientos científico-educativos de primer nivel, mejorando sensiblemente el bienestar y la calidad de vida en general, con el conocido déficit en la calidad y variedad de los bienes y servicios de consumo. El mismo desequilibrio en los niveles de desarrollo entre la industria pesada y la de bienes de consumo constituía un indicador de la distorsión introducida en la dinámica de la vida social por el sofocante régimen burocrático.

La existencia de las sociedades de transición, como gran conquista y patrimonio del movimiento y las arduas luchas por la superación del capitalismo y la erradicación de la desigualdad de clases, constituía un poderoso elemento de estímulo para muchos, en los más distintos y distantes lugares del mundo todo. Tan fuerte llegó a ser por décadas el estímulo que para las esperanzas emancipatorias representaba la existencia de los ‘países socialistas’, que muchos optaban por justificar o ignorar, hacer como si no existiera, la monstruosa deformación burocrática, con sus múltiples consecuencias y ‘metástasis’ sobre el cuerpo de la sociedad de transición y la vida cotidiana de sus ciudadanos.

El rigurosamente fundado pronóstico alternativo de Trotsky terminó por cumplirse por el lado malo, desde el punto de vista de la lucha anticapitalista. El incruento derrumbe de la Unión Soviética y la subsiguiente restauración del capitalismo en los Estados postcapitalistas burocráticamente deformados de Europa Oriental y Asia, tuvo profundas y multivariadas consecuencias en el clima cultural, el estado de ánimo, y sus derivaciones intelectuales, de los últimos 25 años. Uno de esos eventos históricos que tuerce el curso de los acontecimientos por todo un período y que obliga a la reinterpretación del siglo todo.

El significado de la restauración del capitalismo en la emblemática URSS no puede ser exagerado: simplemente, para muchos, parece devolver al terreno de lo utópico, en el sentido tradicional de ‘no lugar’, la aspiración a una sociedad fundada en la erradicación de la propiedad privada de los medios de producción y circulación de riqueza, como base de la explotación del trabajo humano, y a la superación de la desigualdad social estructural. El proyecto de una sociedad postclasista vuelve a ser abrumado

por el escepticismo generalizado. Escepticismo que, de rebote, funciona como un racionalizador de la existencia y de la no-alternativa al capitalismo. Escepticismo que sustancia una reducción de las expectativas, que lleva a muchos a moderarse en la imaginación de apenas ‘un mundo menos peor’.

Sobre la base del colapso de los regímenes burocráticos, los mecanismos de legitimación del orden social capitalista usan y abusan de un factor ideológico clave en el clima cultural contemporáneo. El orden obtiene su mayor justificación de la aparente ausencia de alternativa aceptable. Aparece y se autopresenta como un sin-afuera metafísico. El fin de la historia. Se trata de una fundamentación ex negativo, la postulación de una no-opción, que teórica e históricamente no se sostiene, pero que político-culturalmente satura la definición social del presente, los significados sociales que informan el sentido común; y esto resulta así debido a que en realidad el dispositivo ideológico se sostiene en un elemento más de fondo: el desarrollo específico de la crisis y derrumbe final de la primera experiencia de construcción del socialismo, su fracaso final, provocado por la brutal deformación del despotismo burocrático (ampliada su resonancia por el relato unidimensional, constantemente reiterado, que desplaza los importantes aspectos rescatables que dejó la experiencia, e instala una versión del tipo leyenda negra, promovida por los medios de socialización del orden imperante)³, da como resultado una considerable pérdida de credibilidad y de confianza en la idea y el proyecto socialista, instalándose como un pesado lastre, como un viscoso sentido común, en la conciencia de los explotados y oprimidos, contribuyendo a su atomización macro y microsubjetiva, y constituyéndose, en el límite, en el principal componente de lo que podemos llamar una **crisis civilizatoria**, una situación en que el ordenamiento vigente resulta claramente insatisfactorio e insostenible, pero sin opciones plausibles a la vista.

3 “La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente”. Así consiguen “...presentar un interés particular como general o hacer ver que es ‘lo general’ lo dominante”. Marx y Engels, *LA IDEOLOGIA ALEMANA*. Ed. Pueblo y Educación. La Habana, 1982. Págs. 48 y sig.

Este brutal retroceso en la conciencia de los explotados y oprimidos es constantemente confrontado por la realidad apabullante del, en cierto sentido histórico-socialmente fuerte, aún más espectacular fracaso del capitalismo, como horizonte de futuro de la humanidad; pero su superación efectiva no se sigue automáticamente de las contradicciones objetivas, los desgarros, de la vida bajo el capitalismo; dependerá del curso concreto de las luchas sociales, de la lucha de clases cotidiana, y de sus cruciales desarrollos políticos e ideológicos.

I

Hablar de ‘crisis civilizatoria’ para caracterizar el momento histórico general que vivimos, refiere a la magnitud de las contradicciones y desgarros del presente e incertidumbres sobre el futuro. ¿Cómo se puede calificar una situación en la cual el estado de cosas dado crecientemente semeja un callejón sin salida, un boleto con destino a ninguna parte? Decir que ‘dentro del capitalismo no hay salida’ es repetir algo sobre lo que se viene discutiendo y aportando argumentos y evidencia desde hace mucho. Lo nuevo en realidad, y de ahí el término ‘crisis’, se instala con la frustración del experimento socialista -sofocado por la deformación burocrático-dictatorial-, del más importante movimiento de redención y emancipación social de la historia humana, superior formalmente (en concreto no son comparables por la radical diferencia de las situaciones y posibilidades históricamente presentes) al cristianismo de los orígenes, no solo en el plano de lo socioeconómico, también en el de lo moral, como criterio antropológico, en tanto que superación de la subordinación de lo humano a lo trascendental-metafísico y afirmador de la autonomía del sujeto, en el contexto de la construcción de una sociabilidad emancipadora, de la humanización de la naturaleza, de la historicidad y de la autoproducción/autorización del ser humano a partir de la acción sobre el mundo⁴.

4 Desde el marxismo, el uso de ‘proceso civilizatorio’ se enmarca en la disputa por una noción también empleada como perverso eufemismo para justificar y maquillar ideológicamente el proceso de expansión colonialista de las potencias europeas, y remite a la conceptualización de la evolución histórico-social como proceso de autoproducción humana

El fracaso final del primer experimento postcapitalista, el primero de escala relevante, tiene básicamente dos efectos en la reflexión: primero, más allá de los denodados esfuerzos de la enorme máquina de propaganda del orden por instalar una cerrada leyenda negra, el hecho es que los setenta años de duración de la experiencia, y la extensión sobre la que llegó a desplegarse, mostraron la efectiva factibilidad de lo que por mucho tiempo no conseguía superar la sospecha y la marca de mera aspiración utópica, bienintencionada, pero entre ilusa e ingenua, y además peligrosa, justamente por su carácter utópico, es decir, el peligro asociado al irracional, por voluntarista y no presente en lo real como posible, intento de realizar lo irrealizable. Esto ya resulta decisivo. Una transición postcapitalista hacia una sociedad socialista ya demostró ser una posibilidad histórica real. También el hecho de que plantea problemas nuevos, por las tendencias a la burocratización, por el atraso e inercia cultural de sectores significativos y, sobre todo, por el amplio predominio inicial y por un período indeterminado del capitalismo en lo internacional, con todos sus recursos (que en lo interno alienta por su vez constantemente tendencias de restauración).

En adelante, la discusión no discurrirá sobre la mera posibilidad teórica, o la necesidad histórica, sino sobre la real probabilidad y el desarrollo efectivo de las condiciones necesarias para la abolición del capitalismo y los caminos concretos de la acción social para alcanzar tal objetivo, así como sobre la superioridad civilizatoria, o no, de la alternativa (la 'alternativa', cualquiera, debe probar su superioridad histórico-civilizatoria, algo que no se puede dar por descontado; no son pocos los que parecen ignorar esto); no sobre la mera existencia de una oportunidad histórica real de la superación del capitalismo, sino sobre las vías y formas,

en la lucha por la humanización de la naturaleza y por la construcción de una sociedad de individuos iguales en la libertad. En realidad, el término connota una diversidad de experiencias históricas, accidentadas, conflictivas, no pocas frustradas, otras confluyentes, no raro por vías violentas, pero que tomadas en conjunto han contribuido en variada medida a producir un resultado histórico provisional, el presente, con diversas posibilidades de desarrollo, incluyendo las regresivas, el futuro abierto. Este carácter contradictorio, agonal, y no pocas veces brutal, de la historia del proceso civilizatorio humano, no se le escapaba a Hegel: 'la historia avanza por el lado malo'. Y así seguirá siendo, agregan Engels y Marx, mientras sea gobernada por los intereses y el egoísmo de clase.

diversas, que podría o debiera adoptar una nueva experiencia, sobre la base de un preciso examen y balance de la ya vivida, con sus luces y sus sombras.

Por otro lado, la leyenda negra ha intentado enterrar bajo diez metros los muchos y diversos logros de la experiencia del siglo pasado, desde el proceso de industrialización y el desarrollo científico-tecnológico, en buena medida autónomos, hasta la notable red de prestación de servicios sociales -concebidos no en forma asistencialista, y menos aún como caridad, ni siquiera como 'derecho social' mediatizado por el acceso a la ciudadanía, sino llanamente como un derecho societario, del conjunto de la población⁵-, el bajo o nulo índice de desocupación (que experimenta un salto socialmente devastador tras la restauración capitalista de inicios de los años 90, con los correspondientes efectos sobre la distribución de ingresos y riqueza), los derechos y posibilidades reales de incorporación social de las mujeres (educación, empleo, red de cuidado de los hijos, divorcio, salud reproductiva, derecho al aborto, etc.), la efectiva disminución de la desigualdad social, etc. Sin que esto dé pábulo a una imposible leyenda rosa; el esquizofrenizante carácter del régimen político socavó, primero, y terminó, después, por conducir la construcción de la nueva sociedad al despeñadero (tal como lo previó Trotsky en los años treinta); pero, y esto es ahora lo más importante, cuando lo que está en juego es el futuro, lo que debe ordenar la investigación/reflexión/debate es el hecho decisivo de que las nuevas relaciones de producción, así como aspectos principales de la estructura y dinámica social, del clima cultural y moral general, y también elementos del desarrollo de una vida cotidiana desalienada, alcanzaron a mostrar toda la enorme potencialidad de la nueva forma de la organización social⁶.

5 Molyneux, Maxine. "Ciudadanía y Política Social en perspectiva comparada". En *POLITICA SOCIAL*. Reuben Sergio, editor. Ed. UCR. San José. Págs. 28 y sigs.

6 Mandel, en *EL PODER Y EL DINERO*, presenta una elaborada, y polémica, reflexión sobre las raíces históricas y sociales, desarrollo y desenlace de la monstruosa deformación burocrática de las sociedades de transición, de los Estados postcapitalistas, y en particular de la URSS, como uno de los elementos de base para los estudios y discusiones sobre el futuro de la lucha por el socialismo. En Katz, Claudio, *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*, se puede encontrar, más allá de reservas, discrepancias y polémicas, una presentación particular del desarrollo del debate, doblemente útil, por lo que aporta y por lo claro que

La crisis civilizatoria consiste pues en la combinación de un real existente sin futuro, con un futuro objetivamente posible cuya presumible factibilidad es ahora puesta severamente en cuestión por la escandalosa degeneración de la experiencia previa. La frustración y el escepticismo, más vividos que reconocidos, se han instalado ampliamente entre aquellos sectores que anteriormente y por décadas abrazaron y mantuvieron en alto el sueño, y la praxis correspondiente, de una transformación social históricamente inédita en su pretensión. No obstante, de una u otra manera, con distintos niveles de conciencia, o solo prácticamente, importantes contingentes de la humanidad no pueden hoy evitar padecer las diversas manifestaciones de esta situación en su, percibida como, crecientemente azarosa vida cotidiana, que va más allá y revela un calado que excede la prolongada coyuntura de la importante y reveladora crisis económica global aún en curso.

Concebida o apenas confusamente experimentada, la contemporaneidad se presenta como desgarrada, en un nivel y grado que en cierto sentido sobrepasa o profundiza el diagnóstico realizado por el pensamiento radical de los siglos XIX y XX. Excitado y estimulado por los brillantes resultados de un prolongado período de veloz innovación tecnológica, el mundo contemporáneo se ve, sin embargo, obligado a encarar definitivamente el descorazonador hecho de que, y hay que subrayarlo, el avance tecnológico no puede por se aportar el marco sociocultural para la superación de las enormes fracturas sociales y los cruentos conflictos que a partir de ahí resultan inevitables. La tecnología no puede, per se, despejar los callejones sin salida del capitalismo⁷.

Es decir, el retroceso en la conciencia (de las posibilidades histó-
queda cuanto trabajo hace falta.

Trotsky, en la REVOLUCION TRAICIONADA, da cuenta con precisión descriptiva y rigor teórico-metodológico de los espectaculares avances de la economía soviética, sin olvidar sus enormes debilidades: el bajo nivel comparativo del que partía, la mala calidad de los productos de consumo, baja productividad y eficiencia, relacionados con los problemas de compromiso inducidos por el burocratismo.

⁷ La miseria y el sufrimiento social infligido a los perdedores del avance inclemente de la 'modernización capitalista', así como las cruentas e interminables campañas militares de las potencias imperialistas contra pueblos de la periferia y el creciente deterioro ambiental, son un recordatorio de que las fuerzas productivas, bajo la sociedad de clase, son siempre también fuerzas de destrucción, son dos aspectos de un mismo fenómeno.

ricas y de la factibilidad del proyecto alternativo, del socialismo) entra en sonora contradicción con la exasperante experiencia cotidiana con un orden social cada vez más marcado por tonos que van de lo absurdo a lo perverso. El resultado es un acelerado incremento del malestar, la ruptura con, y la agonía de, formas largamente tradicionales de autoridad y/o el gusto por las poses y los personajes transgresores. Lo cual, en general, está lejos de ser un camino que conduzca necesariamente, ni siquiera con positiva probabilidad, a una salida progresiva cualquiera. Que es otra forma de decir que el ‘retroceso en la conciencia’ conlleva escepticismo y confusión, en sumo grado, aparte de todo tipo de comportamientos escapistas, con rumbo a espejismos, no pocas veces autodestructivos o autoanulantes, lo que por su vez acarrea una gran dificultad para aprehender con un mínimo de claridad los aspectos clave de la situación, y, por tanto, de las vías en principio emancipatorias de salida (hacia una socialidad fundada en la solidaridad y, por eso mismo, potenciadora de la individualidad; la solidaridad es indispensable para el desarrollo de la individualidad).

Es el caso del llamado ‘postdesarrollismo’, claramente inclinado a rechazar toda y cualquier concepción del desarrollo -a partir de su justo reconocimiento del callejón sin salida que el capitalismo es-, reduciendo todas las concepciones a meros ‘relatos eurocéntricos’, un eco de la influencia postmoderna en su perspectiva, y olvidando que la situación de centenas de millones en la región, que oscilan entre una severa limitación de las opciones de desarrollo personal y la simple miseria, es muy concreta y material, y que esta situación no se puede afrontar con orientaciones exclusivamente locales y el ‘relato’ comunitarista; todo lo cual, como suele ocurrir, termina antes o después en el abandono de la lucha por la superación del capitalismo (como buenos posmodernos, no analizan el elefante que tienen enfrente sino los discursos sobre las sombras del elefante...).

De las disputas sobre las ‘promesas incumplidas’ de la modernidad, a la sintomatología postmoderna, de las distintas afecciones nostálgicas, al igualmente irracional optimismo del fetichismo tecnológico, de las tribulaciones y desconciertos de la ‘izquierda’, del sentir y la identidad anticapitalista, en toda su variedad y

dispersión, al maniaco autoengaño, o las burdas patrañas, de la derecha liberal, y, en medio, la abúlica procesión de los que, ocupados y alienados en sus tareas y fatigas prácticas cotidianas, ‘no saben lo que pasa’, que son por mucho los más, el ‘mal de inicio de siglo’ es este estado de ánimo signado por la incertidumbre y el pesimismo, el malestar y la desazón, respecto de lo que hay y de lo que no termina de despuntar en el horizonte (que además, con el fracaso anterior, se ha desdibujado conceptualmente, perdiéndose confianza en –o abriéndose un abismo de sospecha y aprensión ante- la idea general anterior de ‘socialismo’); marcado por esta sensación de estar atrapados en un presente que parece no conducir a ninguna parte, o al menos a nada que merezca el título de ‘futuro’.

La falta de referentes legitimados y creíbles, cualesquiera, entre otras cosas, produce el peligroso efecto de que todas las herencias y tradiciones, así, sin distinción, son desconfiadas, lo cual da pie, a partir de esa ‘noche negra en que todos los gatos son pardos’, al peligro de repetir horrores del pasado, y da algunas pistas para estudiar las actitudes imperantes en diversos colectivos y microcomunidades, actitudes que oscilan de la más candorosa ingenuidad, carente de memoria histórica, al peor de los cinismos desencantados. La ignorancia y el cinismo son igualmente peligrosos.

La crisis civilizatoria se pone en relación con ese renovado ‘malestar en la cultura’, que se manifiesta como insatisfacción y disgusto (‘aunque el capitalismo no permite gozar la vida, permite vivirla sin goce’), erosión de la legitimidad de las viejas formas de autoridad, de las instituciones y las tradiciones. Todo es objeto de desconfianza, los Estados y el mundo de la política, las corporaciones, pero también los intentos, no demasiado alentadores, de encontrar una salida. Produce confusión y pérdida de referencias, ausencia de proyecto y de sentido, repliegue en la intimidad, en la vida cotidiana, en la cultura de consumo y en la industria canalizadora del ocio, en el trabajo como mera forma de ‘ganarse la vida’, de incrementar los ingresos, clave del ‘estilo de vida’ (pero carente de la satisfacción personal que debiera reportar el trabajo como exteriorización y autorrealización del individuo). Es el tiempo de las expectativas reducidas, del escepticismo, don-

de, para muchos, los esfuerzos no deben ser orientados por la expectativa de ‘un mundo mejor’, apenas, si acaso, por la de uno ‘menos peor’. Es la combinación y retroalimentación de la sensación de inseguridad y la inseguridad real. Y en ese mundo, lo único que parece ofrecer refugio, así sea pasajero, es la industria del entretenimiento, particularmente para los más jóvenes, pero no solo, que al menos tiene un efecto balsámico, o directamente analgésico, opiáceo (que proporciona ‘un breve escape de sus vidas’). Por esta vía, el tiempo de ocio se ve invadido, en niveles inéditos, por una multiplicada variedad de dispositivos dispensadores de placeres sustitutos, compensatorios.

La crisis civilizatoria (un presente sin futuro y un futuro sin presente discernible, desde la percepción de muchos) es la representación que surge a partir de la combinación de diversas tendencias objetivas del capitalismo tardío, en un contexto de ausencia, para la gran mayoría, de alternativa reconocible, por la desacreditación de la idea socialista, tal como fue experimentada: la enorme desigualdad (que inevitable y previsiblemente se vuelca en magnitud desproporcionada sobre los grupos étnicos objeto de discriminación, en todas partes; la opresión étnica preselecta a las víctimas preferenciales de la explotación y la desigualdad, sometiéndolas, con particular desprecio, a formas agudizadas) y la hiperconcentración de la riqueza, que lejos de detenerse es fogueada por los determinantes de las crisis y las políticas encaminadas por los centros de poder para su superación (‘cuando hay crisis, salgo de compras’, ha declarado algún prominente nombre de la lista de multimillonarios de la revista Forbes)⁸; los problemas ambientales, en particular las manifestaciones del trastorno climático; la persistencia, incluso multiplicación, de los conflictos armados regionales, tan cruentos y brutales como siempre, estimulados, si no directamente provocados, por la agresiva polí-

8 Un informe de la agencia EFE, de junio 15 de 2015, se titula: “Los millonarios controlarán casi la mitad de la riqueza mundial en 2019”, sobre la base de un estudio realizado por Boston Consulting Group. “El informe revela que el número de millonarios creció en 2014 hasta 17 millones de personas, que controlan en la actualidad 41% de los 164 billones de dólares de la riqueza global en manos privadas... Los más ricos son cada vez más y más ricos y tienen cada vez más una parte de su riqueza invertida en los mercados financieros, según la directora ejecutiva de BCG, Anna Zakrzewski”. Hiperconcentración de la riqueza y financierización.

tica de las potencias centrales, que mata y mutila, física y psicológicamente, a granel, haciendo alarde de su incontrastable poder de fuego y ventaja tecnológica; la preservación e instrumentalización por el poder de enmohecidos mecanismos de influencia y control, como la religión institucionalizada -en sentido contrario por cierto de las tendencias más profundas del sistema, y del ‘espíritu del capitalismo’, hacia la secularización-, que prolongan tabúes e interdicciones injustificables, hábitos y prácticas culturales limitantes, que alimentan prejuicios y discriminaciones ya no solo injustas sino sencillamente absurdas; o la frustración y confusión, desaliento, ‘indignación’, y no poco extravío de millones de jóvenes alrededor del mundo, con particular visibilidad, en los últimos tiempos, los del mundo capitalista avanzado; son todos hechos o fenómenos que marcan la contemporaneidad y que ahora incrementan su impacto psico-cultural porque con los nuevos dispositivos tecnológicos se hacen presentes y resuenan en la cotidianidad de la mayor parte de las personas, en las diversas regiones del planeta.

La crisis civilizatoria es la clave, objetiva, y cada vez más también subjetiva, del ‘espíritu del tiempo’, del clima cultural de inicio de siglo. La multiplicación de placeres sustitutivos o compensatorios por la industria-sociedad del entretenimiento, que densifica al límite la alienante cultura-vida cotidiana, rasgo inherente de la cualidad-dinámica de la reproducción social amplia bajo el capitalismo, puede, y de hecho así ocurre, operar como un analgésico social-moral, que permite a muchos individuos sobrellevar la carga de temores, disconformidades e incertidumbres que saturan la existencia/convivencia, dándole esa textura inauténtica, que alienta, e incluso legitima, el refugio en la evasión, que erosiona la firmeza del carácter y la autoestima, y contribuye a ese arco de comportamientos que oscila entre la exasperación y el cinismo⁹.

9 Se trata de un aspecto intrincado de la vida social. Un mundo sin espacios y momentos de esparcimiento, ocio recreativo, sería un mundo inhumano, insostenible. En las condiciones generales del capitalismo, y teniendo en cuenta la desestimulante rutina laboral, la grisácea y frustrante monotonía de la vida cotidiana de la inmensa mayoría de los trabajadores, sin importar el color del cuello (dejando fuera a los simplemente sumidos en la miseria), la industria del entretenimiento (del fútbol televisado al cine o las teleseries, hasta la implicación emocional con las estrellas del deporte o de la música), instrumentalizando esta necesidad básica, ofrece desde su propia lógica un muy terapéutico tiempo

Y en realidad, esta situación, por el ya varias veces apuntado carácter contradictorio del capitalismo, puede prolongarse por un largo período; la historia del siglo pasado, si algo enseña, es que no se debe subestimar la capacidad del capitalismo para superar situaciones de riesgo; lo cual significa que también puede ocurrir que los grupos dominantes en el sistema consigan encontrar nuevas formas de administrar el conflicto de clase, y social en general, sea conteniendo y debilitando la capacidad de organización y resistencia de los subordinados, sumidos en la fragmentación y desmoralización de la pobreza y el desempleo, la inferiorización y el desamparo, mientras garantiza la tasa de explotación del trabajo, modificando a su favor, aún más, la relación de fuerzas y el balance de poder; sea atemperando, tal vez, algunas de las fracturas anotadas, imponiendo salidas en línea con la lógica del sistema, rentabilizando el problema al generar formas lucrativas de abordarlo: capitalismo 'verde', p.e., toda una nueva rama de la industria y los servicios florecida sobre la oportunidad ocasionada por los estragos ambientales del capitalismo y la nueva 'sensibilidad ambiental'; la industria turística, presentada como medio más eficaz para proteger la vida silvestre y ecosistemas -con lo que se termina discriminando vía poder adquisitivo y artefactos ideológicos el acceso a bienes anteriormente públicos-, o, también, incorporando los aspectos menos controversiales de la agenda de diversos movimientos sociales, que entonces se tornan funcionales en la reproducción social, etc.; incluso, la eventualidad no descartable de un neokeynesianismo internacional, por el que abogan los regulacionistas.

Por eso no se trata aquí de ningún fatalismo, triunfal o catastrofista, de derrumbes inminentes e inevitables, aunque históricamente no se pueda descartar como posibilidad real períodos de prolongado estancamiento, incluso de involuciones más o menos importantes, hasta ruinosas, provocadas justamente por la

de reparación, de distracción, un paréntesis, de relajación o de excitación, que no cambia nada, pero que permite sobrellevar la abulia y el malestar, el sin sentido y los episodios de inexplicable malhumor. Por esta vía, al menos en parte, el orden social consigue gestionar, en tiempos de reproducción normal, las tensiones, frustraciones y agresividad, produciendo resignación, conformidad y, dentro de ciertos límites, reconciliación temporal. La mercantilizada industria del entretenimiento está en continuidad con la vida confusamente percibida como una sucesión de expectativas frustradas, como condena.

ruptura con la crisis general de los referentes y la desconfianza respecto de la experiencia y la historia en general (cosa a la que lleva el irracionalismo del núcleo de la pose postmoderna, que algún pensamiento ‘progresista’ parece considerar atractivo en su irreverencia aparente, inocua, incluso funcional o rentabilizable), signo de la creciente agudización de las contradicciones, nuevas o tradicionales, que acompañan el proceso civilizatorio conducido por el capital, y que pueden conducir a una dislocación de envergadura, al fortalecimiento de la resistencia política y cultural al orden existente, abriendo un nuevo período de radicalización político-social y de masificación de los movimientos conscientemente anticapitalistas; pero que también, en buena medida por la dosis de desesperanza y desconcierto desarmanante, que introduce el deplorable final del proyecto postcapitalista del siglo XX, amenazan con incrementar el atractivo aparente de salidas ilusorias, distopías profundamente reaccionarias, de retorno a formas sociales superadas.

El incremento de las tensiones y contradicciones del orden social imperante y la persistente incapacidad de la humanidad para encontrar/construir una salida progresiva, racional -en tanto que socialmente emancipadora, capaz de enriquecer la vida y ampliar el horizonte de realización humana, fundamento colectivo de la libertad individual-, puede acabar provocando la quiebra del proceso civilizatorio. La sobrevida del capitalismo alimenta fenómenos sociales y culturales que representan un verdadero peligro para el futuro de la humanidad.

En esta segunda década del siglo XXI, como resultado de un recorrido de cuarenta años, y más allá de los rasgos específicos de la última crisis económica mundial, asistimos a una exacerbación de todas las contradicciones del orden burgués: un capitalismo que genera poco empleo -por la combinación del incremento de la productividad con el ataque a los salarios- y que degrada el mercado de trabajo y el poco empleo que produce; que empobrece a los propios ciudadanos-trabajadores del mundo capitalista avanzado, devolviendo la desigualdad a niveles anteriores a los años 50; que sobre todo impulsa un tremendo salto en la concentración de la riqueza, la cual alcanza niveles sin precedente a escala mundial; que como producto combinado de la sobreacumu-

lación y la hiperconcentración, tiende a la financierización, que amplía los rasgos rentistas y parasitarios del sistema y el dominio sobre el sector productivo real; que deprime la capacidad de consumo de la mayoría de los trabajadores, mientras paralelamente promueve el florecimiento de los sectores de artículos y servicios suntuarios¹⁰; que en los últimos años ha llegado incluso a instalar el riesgo persistente de crisis alimentaria, con brotes periódicos de disparada de los precios, como en 2007-8 (que según el Banco Mundial provocó disturbios, ‘revueltas de hambrientos’, en 33 países), producto en buena medida de la especulación en los mercados de futuros y el desplazamiento de millones de campesinos por el ‘agronegocio’; que arrastra al planeta al borde de una tremenda descompensación ambiental¹¹, que, ya en sus inicios, cada año incrementa su cuenta de muerte, sufrimiento y destrucción; que avanza progresivamente, incluso en el capitalismo avanzado, sobre la limitación de los derechos humanos (libertad vs ‘seguri-

10 Según BBC-Mundo, “Así compran los superricos que impulsan el mercado de la vanidad”, junio 15, 2015: “así definido, estamos hablando de un mercado (de bienes suntuarios) que en los últimos 15 años creció de unos 140 millones de personas a unos 350 millones. Este perfil de consumidor narcisista ha aumentado en todas las regiones... Si se compara con otros sectores de la economía, el consumo de este conjunto de productos ha crecido más que el resto. Esto se ve reflejado en la cotización bursátil del sector. Desde 1995, las acciones de este mercado en Asia aumentaron a un ritmo del 14,6% anual... Es una de las pocas áreas de la economía mundial en que el consumo está aumentando muy por encima de la media... Este crecimiento se explica por el aumento de una clase de superricos en todo el mundo. En EEUU el 0,1% domina hoy el 23% de la riqueza nacional”.

11 “...la limitación de la jornada laboral fue dictada por la misma necesidad que obliga a arrojar guano en los campos ingleses. La misma rapacidad ciega que en un caso agota la tierra, en el otro había hecho presa en las raíces de la fuerza vital de la nación”, *EL CAPITAL*, T1, pág. 184. “Con la preponderancia incesantemente creciente de la población urbana, acumulada en grandes centros por la producción capitalista, ésta por una parte acumula la fuerza motriz histórica de la sociedad, y por otra perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra, esto es, el retorno al suelo de aquellos elementos constitutivos del mismo que han sido consumidos por el hombre bajo la forma de alimentos y vestimenta, retorno que es condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo. Con ello destruye, al mismo tiempo, la salud física de los obreros urbanos...”, *EL CAPITAL*, T1, pág. 422. “La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del trabajo social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota toda riqueza: *la tierra y el trabajador*”, *EL CAPITAL*, T1, pág. 424. Hace 150 años Marx y Engels comprendían las raíces estructurales de la tendencia terricida del capitalismo, que les permitió anticiparla, las que cierto ‘ambientalismo’ contemporáneo aún se niega a reconocer.

dad’) y el secuestro de la libertad de expresión y el derecho a la información por las grandes corporaciones mediáticas; que lejos de superar, realimenta antiguas formas de opresión, en particular el racismo y la xenofobia; que multiplica las intervenciones político-militares en la periferia, con su secuela de devastación, exterminio de centenas de miles y hasta millones, y muchos más desplazados y obligados a abandonar su tierra; que asiste impávido a las muchas veces infrahumanas condiciones del enorme flujo migratorio provocado por el intento desesperado de escapar de la miseria, el hambre y la violencia que desgarran buena parte de la periferia capitalista, situaciones en las cuales las potencias occidentales tienen una directa responsabilidad histórica. Como inescapable consecuencia, las profundas y crecientes dificultades del sistema capitalista-imperialista están llevando al desquiciamiento de todo el sistema de dominio internacional, con elementos de debilitamiento de la hegemonía norteamericana.

La crisis civilizatoria consiste pues, en último término, en el fracaso, hasta aquí, en encontrar una salida histórica al capitalismo, con todas sus desquiciantes contradicciones e incapacidad absoluta para superar los desgarros sociales estructurales y dar lugar a un orden social justo. Por el contrario, la sobrevida del capitalismo, y los conflictos a que inevitablemente da lugar, impone la permanente convivencia con el riesgo de una catástrofe involutiva, o de una evolución distópica, que puede irrumpir por distintas vías. Socialismo o Barbarie, alertaba Rosa Luxemburg hace un siglo.

II

Pero la historia es siempre la articulación de un presente, un existente, con un conjunto de posibles, de posibles cursos de desarrollo, cuya resolución depende del resultado de las luchas y confluencias de distintas fuerzas sociales. La historia se produce a sí misma, como resultado general de la acción total humana. La crisis civilizatoria es el producto de las tendencias contradictorias del curso histórico, y, como apuntaba Marx, el capitalismo crea las condiciones objetivas de su propia superación, pero las neutraliza en su propio movimiento al apoyarse en la explotación

del trabajo y las distintas formas de opresión que la desigualdad estructural tornan necesarias para la prolongación del régimen social¹². De modo que el proyecto emancipatorio no surge de alguna ensoñación utópica, sino que echa raíces como posibilidad efectiva en la desgarrada realidad del capitalismo como fenómeno social. El proyecto emancipatorio se hace posible por probabilidades crecientes, vinculadas a la propia lógica del desarrollo del capitalismo. La centralización de la propiedad y la mundialización económica, hacen parte de esa lógica, e inducen concomitancias políticas, culturales, institucionales y de mentalidad, que acto seguido interactúan en el proceso histórico general.

La única salida verdaderamente progresiva a la crisis civilizatoria es desarrollar las tendencias que apuntan a la superación del capitalismo. **Sin superación del capitalismo no hay horizonte emancipatorio.** Esas tendencias, sustanciadas por el desarrollo de las fuerzas productivas humanas, el avance científico-tecnológico y los concomitantes cambios macro y micro-culturales, en su capacidad de reoperación autónoma sobre el conjunto del proceso histórico-social, crean las condiciones objetivas para la superación de la propiedad privada de los grandes medios de producción y circulación de riqueza y de la desigualdad social estructural, la división clasista de la sociedad, y los privilegios asociados.

Crean las condiciones objetivas pero no resuelven por sí mismas el conflicto inherente a la estructura social. Las posibilidades históricas se resuelven en el plano de la acción consciente, de la praxis transformadora; de los proyectos sociales y culturales alternativos levantados por la acción política revolucionaria, orientada conscientemente a la crítica teórica y práctica del orden social vigente. No hay derrumbe del capitalismo, ni transición apacible, no, al menos, en el punto fundamental de inflexión, mientras se invierte definitivamente el balance de poder entre las principales

12 Claudio Katz: 'el capitalismo es estructuralmente incompatible con los objetivos declarados de equidad, el sistema recrea sistémicamente la desigualdad social al sostenerse en la explotación del trabajo asalariado y en la competencia entre los empresarios, cuya intensificación erosiona la equidad porque las empresas rivalizan por aumentar la tasa de explotación'. *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*. Ed. Herramienta, págs. 31-35

fuerzas sociales enfrentadas. Aparece entonces la necesidad histórica y la posibilidad real de la supraestructuración de la base, el intento de domeñar, someter a control intencional, racional, las fuerzas ciegas de la economía, de someter a control político consensuado el funcionamiento de lo económico; de romper la resistencia inevitable de los explotadores y de la minoría de privilegiados. Y es a esto a lo que los movimientos anticapitalistas han denominado ‘socialismo’, desde el siglo XIX. El proyecto emancipatorio consiste en la lucha por el socialismo, entendida como una nueva sociedad, fundada en la igualdad, la libertad y la solidaridad, en tanto condiciones de posibilidad de realización de la emancipación social y el principio de autonomía.

No obstante, la monstruosa degeneración burocrática de las sociedades de transición del siglo recién pasado, y su derrumbe final, colocan la imperiosa necesidad de la reconstrucción de la idea y el proyecto socialista, como horizonte efectivo de superación de la crisis civilizatoria. Solo un marco societal fundado en la igualdad de condiciones, derechos y oportunidades, puede realizar el proyecto de emancipación social y de libertad de realización personal, desplazando el horizonte de lo posible y de lo factible. Una sociedad de iguales en la libertad y en las posibilidades de desarrollo personal, hecha posible por el definitivo comienzo de una verdadera Historia de la Humanidad, liberada de las trabas y taras de la explotación y las opresiones que constriñen y dividen a los seres humanos, y apoyada sólidamente en un proceso racional de expansión de las fuerzas productivas humanas, de conocimiento, control y aprovechamiento no destructivo del planeta y el cosmos, reconciliado con sus equilibrios y capacidad de restauración.

La superación práctica del capitalismo requiere, en efecto, bastante más que la imprescindible crítica de sus desgarros y contradicciones insolubles, que ninguna ‘regulación’ eliminará. Requiere una actualización crítica de la idea socialista, sobre la base del examen exhaustivo de la experiencia concreta del siglo XX. Con sus luces, penumbras y sobre todo terribles oscuridades, la experiencia general y particular de la pasada centuria constituye un enormemente rico laboratorio social.

La investigación/reflexión sobre las raíces históricas y sociales, desarrollo y desenlace de la monstruosa deformación burocrática de las sociedades de transición, de los Estados postcapitalistas, y en particular de la URSS, como uno de los elementos de base para los estudios y discusiones sobre el futuro de la lucha por el socialismo, está lejos de haber alcanzado un nivel satisfactorio en relación con las necesidades y desafíos del presente y el futuro previsible. Su punto de partida y marco general no superado sigue siendo el trabajo fundamental realizado por Trotsky en los años 30. En Katz, Claudio, *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*, se puede encontrar, más allá de reservas, discrepancias y polémicas, una presentación particular del desarrollo del debate, doblemente útil, por lo que aporta y por lo claro que queda cuanto trabajo hace falta.

En cuanto al tema pendiente y necesario de una valoración objetiva de la experiencia vivida, unos cuantos elementos de análisis de una fuente nada sospechosa de complicidad: “La planificación dio resultados impresionantes: aumento de la producción, industrialización, enseñanza básica, salud, vivienda y empleos para poblaciones enteras... En el sistema de planificación centralizada, los países de la ECO y la Unión Soviética eran sociedades bien instruidas, con índices casi universales de matrícula primaria y secundaria inicial, altos niveles de alfabetización comparados con los otros países de renta semejantes (y a veces con países de renta muy superior) y niveles excepcionales de conocimientos básicos de matemáticas e ingeniería... También en China los niveles de aprovechamiento educacional eran –y son– excepcionales en comparación con los países en desarrollo... En la ECO y en la Unión Soviética, las empresas tenían incentivos para emplear al mayor número posible de personas, motivo por el cual era más común encontrar escasez de mano de obra que desempleo... Al final de la era soviética las familias dedicaban a la vivienda (alquiler y servicios) apenas 2,4% de sus salarios – menos de lo que gastaban en bebidas alcohólicas y cigarrillos...”, Banco Mundial, *DEL PLAN AL MERCADO, INFORME SOBRE EL DESARROLLO MUNDIAL*, 1996.

Trotsky, en la *REVOLUCION TRAIIONADA*, da cuenta con precisión descriptiva y rigor teórico-metodológico de los espec-

taculares avances de la economía soviética, sin olvidar sus enormes debilidades: el bajo nivel comparativo del que partía, la mala calidad de los productos de consumo, baja productividad y eficiencia, relacionados con los problemas de compromiso inducidos por el burocratismo: “Ya no hay necesidad de discutir con los señores economistas burgueses: el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no en las páginas de *EL CAPITAL*, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en la del hierro, del cemento y de la electricidad. Aún en el caso de que la URSS, por culpa de sus dirigentes, sucumbiera a los golpes del exterior –cosa que esperamos firmemente no ver– quedaría, como prenda del porvenir, el hecho indestructible de que la revolución proletaria fue lo único que permitió a un país atrasado obtener en menos de veinte años resultados sin precedentes en la historia”¹³.

El triunfo de la revolución rusa y la extensión de la expropiación del capitalismo a sociedades distintas y distantes, económica y culturalmente, que llegó a abarcar un tercio de toda la población mundial, que pudo avanzar bastante más allá si los procesos de dinámica objetivamente anticapitalista no hubiesen sido frenados o directamente traicionados por factores políticos, constituyen una monumental corroboración de la teorización y la hipótesis más general de Marx y Engels sobre la naturaleza y contradicciones inherentes e irresolubles del capitalismo como sistema social, del marxismo como un análisis crítico del marxismo, en el marco de una teoría materialista de lo histórico-social. Pero el marxismo también puede ser definido como una teoría general de la totalidad social, fundada en un análisis de economía política (que incluye el estudio del conflicto de clases; sin análisis de clase, no hay marxismo); marco teórico-metodológico en base al cual adquiere sentido la hipótesis de Engels y Marx acerca del poderoso impulso que recibiría el desarrollo de las fuerzas productivas humanas, y el proceso civilizatorio todo, la ‘humanización’ de la naturaleza y la sociedad, a partir de la erradicación de

13 Trotsky, *LA REVOLUCION TRAICIONADA*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977, págs. 33-4.

la propiedad privada de los medios de producción.

Más allá de la multiplicidad de elementos y circunstancias inevitables que concurren en la modelación efectiva del curso histórico, la vigorosa activación social experimentada por una sociedad sumida en el atraso económico y maniatada por anacrónicas estructuras sociales y un marco cultural cuasi-feudal, en comparación general con las sociedades del capitalismo avanzado del occidente europeo, valida igualmente la anticipación de Marx y Engels. En unas cuantas décadas, Rusia pasó de ser el gigante torpe de Europa, con rasgos de despotismo oriental, de alma muzhik y mística, bastión decadente de todo conservadurismo y de todo atavismo, escandalosamente humillado por el 'no-caucásico' Japón, a inicios del siglo XX, a transformarse en una sociedad industrializada, urbanizada, que incorporó a decenas de millones a las ventajas de la forma moderna de vida, racionalizada y secularizada, una de las dos superpotencias político-militares de la segunda postguerra y una poderosa referencia político-cultural, y materialización histórica de la esperanza de una sociedad y una forma de vida superior, para buena parte de la humanidad. Todo eso pese a la devastadora experiencia de la segunda guerra mundial, con un saldo de 25 millones de pérdidas humanas, y la correspondiente destrucción económica y física, y las contradicciones y absurdos del régimen burocrático.

En el siglo XX, el único proceso efectivo de desarrollo de un establecimiento científico-tecnológico realmente autónomo, a partir de condiciones iniciales de notorio atraso, se verificó en la Unión Soviética, pero requirió la ruptura con el sistema capitalista-imperialista, y, en el marco de la deformación despótico-burocrática del sistema político, en buena medida relacionado con la combinación de las rudimentarias condiciones de partida y el aislamiento en un entorno agresivamente hostil, cobró un alto precio al provocar una severa distorsión de la estructura económico-social interna por la masiva orientación de las inversiones hacia la industria pesada, de bienes de capital y de tecnología de punta (al menos en algunos sectores, en buena medida vinculados a las indesatendibles necesidades militares de defensa). Los distorsionadores efectos de esta orientación, implementada por un prolongado periodo, son de sobra conocidos (subdesarrollo de

la industria de bienes de consumo, con afectaciones al bienestar y la calidad de vida de la población), aparte de los efectos negativos que tal desequilibrio proyectó sobre la dinámica de conjunto del desarrollo económico y social de la URSS (un consumo crónicamente deprimido por la limitada y baja calidad de los bienes y servicios disponibles, que de vuelta opera sobre el ritmo de expansión, la diversificación-innovación y el control de calidad de la producción), lo que, a la postre, previsiblemente provocó una desastrosa disociación entre las necesidades y aspiraciones de la población y el ordenamiento social directamente experimentado, representado como ‘el socialismo’; de la desilusión y la frustración a la ruptura.

Todo esto evidentemente se verá reforzado por las consecuencias de la desastrosa política de la burocracia gobernante en la URSS, el carácter políticamente sofocante del régimen, sus agresiones y aplastamiento de los intentos de construir democracias socialistas en el este europeo, en los años 50 y 60, y el estancamiento económico de los años 70 y 80. La enorme fuerza de las nuevas relaciones de producción, y de las formas de vida social y cultural que sobre ellas se levantan, y con las cuales interactúan, le permitió al proyecto de transición al socialismo sobrevivir 60 años, aunque lastrado y permanentemente socavado por la deformación burocrática, pero, finalmente, el pronóstico alternativo de Trotsky se cumplió, por su ‘lado malo’. El stalinismo terminó por llevar a la destrucción al proyecto socialista. La casta burocrática no solo acabó por asfixiar el ímpetu de la nueva sociedad, sino que fueron los propios integrantes de la burocracia del partido, del Estado y del aparato militar, los que promovieron la restauración del capitalismo, en un proceso lento y prolongado, que se acelera con el estancamiento de los años 70 y la crisis de los 80, convirtiéndose de paso en los primeros y principales beneficiarios del saqueo del Estado obrero. Crisis y estancamiento no muy diferentes, en su profundidad y aspectos formales, de las crisis regulares del capitalismo avanzado, pero que la desmoralizada burocracia, acorralada por la irreversible pérdida de legitimidad y de toda credibilidad del régimen burocrático, prefirió ‘resolver’ acelerando el curso de la restauración capitalista, antes que permitir la regeneración del Estado obrero postcapitalista, mediante

la reinstauración de la democracia socialista que la constitución soviética original consagraba y que las fuerzas revolucionarias se disponían a consolidar.

Trotsky había alertado en los años 30 que el despotismo burocrático era absolutamente incompatible con el Estado y la sociedad de transición al socialismo; que, en último término, si no era desplazada del poder por una revolución política, la burocracia terminaría llevando a la destrucción del proyecto socialista. “Una economía planificada necesita la democracia como el cuerpo humano necesita el oxígeno”, decía. Su solidez intelectual y aguda inteligencia le permitieron comprender, desde muy temprano, lo que el resto no consiguió captar (y que luego la mayoría decidió sencillamente ignorar) sino cuando ya la deformación despótica se tornó hartamente evidente. La paranoica necesidad de control del despotismo centralista, la obsesión por el secreto, la absoluta desconfianza de las masas y la férrea oposición a todo mecanismo de participación política independiente, de libre ejercicio ciudadano en el marco de una democracia socialista, produjeron no solo terribles deformaciones en la vida política y social cotidiana de la sociedad de transición, sino que permiten explicar hechos más que absurdos, como el monitoreo policial del acceso a las máquinas fotocopadoras, convertidas en asunto de seguridad interna!!!¹⁴

Un régimen político que le teme a las máquinas de hacer fotocopias, obviamente no puede sino obstaculizar el desarrollo y el acceso generalizado a las tecnologías de la información y a la red internet, que desde fines de los años 60 se van rápidamente transformando en la base tecnológica del siguiente salto económico-productivo, con los concomitantes efectos sociales y culturales. El desarrollo de la contradicción, de la incompatibilidad, llevó al régimen stalinista a ahogar el desarrollo científico-tecnológico de la URSS, privilegiando su supervivencia e intereses, fabricando una crisis económico-social del todo autoinfligida. La dictadura burocrática socavó la economía, alienó políticamente a la sociedad, desmoralizó a los ciudadanos, destruyó los vínculos solidarios y culturales entre los distintos pueblos integrantes de

14 Katz, Claudio. *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*. Ed. Herramienta. Buenos Aires. 2004. Pág. 180.

la URSS y dilapidó el entusiasta apoyo de millones alrededor del mundo, para quienes ‘los países socialistas’ representaban la materialización histórica de la ‘utopía’, de la esperanza y de la aspiración y la lucha por la abolición del capitalismo y de toda forma de sociedad de clase y fundada en la explotación del trabajo.

Como se dice al inicio de este trabajo, la tarea de someter a un exhaustivo examen crítico la experiencia toda de las sociedades postcapitalistas del siglo pasado, tarea que debería contar con el concurso de los mejores recursos científicos, teóricos y empíricos, y que solo puede acometerse desde un resuelto compromiso con la construcción del proyecto emancipatorio, con la lucha por la transición al socialismo, sigue pendiente y resulta más necesaria que nunca. Este trabajo no puede más que intentar argumentar la urgente necesidad de abordar con seriedad, amplitud y rigor crítico, una tarea tan compleja como decisiva para la lucha contemporánea por el socialismo.

III

El trabajo de reconstrucción de la idea socialista, imprescindible para avanzar en la reversión del catastrófico retroceso en la conciencia de clase, para cumplir el decisivo tránsito de clase en sí a clase para sí de los explotados y oprimidos, es inseparable y solo puede desarrollarse en el seno de las luchas sociales cotidianas, espacio de experiencia principal de los subordinados para alzarse a la comprensión de que sin la abolición del capitalismo es imposible superar definitivamente las taras sociales y culturales (desde el racismo hasta la degradación ambiental) inherentes a su carácter contradictorio, que incluso pueden llevar a una catástrofe involutiva, contratendencia de la que ya tenemos evidencia observable en el presente.

No hay un estado de conciencia particular que sea una condición de posibilidad de las luchas. La lucha de clases se sigue sistemáticamente de las contradicciones estructurales del orden burgués; radica en el insuperable conflicto de intereses entre el capital y el trabajo, vinculado a la estructura de propiedad, la producción socializada y la apropiación privada del excedente, la competen-

cia entre los capitalistas que mantiene bajo presión constante las condiciones de vida de los trabajadores, la producción organizada alrededor de la ganancia, etc. Alrededor del mundo son centenas de millones los que, hoy como ayer, por muy distintas vías y con diversos objetivos específicos, muestran que, independientemente de la ‘relación de fuerzas’, el malestar y el descontento, la ‘indignación’, una y otra vez se sobreponen a las corrientes de frustración, desaliento y resignación, incluso las travestidas de ‘progresismo’; que pese a sus ingentes recursos y denodados esfuerzos, el orden burgués no puede sofocar la resistencia social; que pese al escepticismo de no pocos referentes políticos e intelectuales, la lucha de clases y las luchas sociales en general, continúan siendo un factor decisivo del modelamiento de la historia, obstáculo insuperable para las tendencias a la adaptación, como en cualquier otro tiempo del último siglo; y, sobre todo, que en cualquier momento las luchas pueden, amenazan con, dar un salto, de la limitada conciencia de los objetivos particulares y locales, a los más generales e históricos, volviendo a poner en el orden del día el objetivo consciente de la superación del capitalismo.

La conciencia ‘para sí’ no es una condición necesaria de la lucha de clases, pero es imprescindible para elevarla al nivel del objetivo histórico condición de posibilidad de todo proyecto emancipatorio: acometer conscientemente el movimiento práctico por liberar a la humanidad del capitalismo y emprender la transición al socialismo, y para enfrentar con determinación los múltiples obstáculos y desafíos que la historia no le ahorrará a la humanidad en el proceso. El proyecto emancipatorio no tropieza pues en el elemento de la disposición de lucha de los trabajadores y los movimientos; tropieza en el retroceso de la conciencia de clase, de la conciencia socialista, y del reconocimiento de que solo la lucha por la abolición del capitalismo puede abrir el camino para asegurar definitivamente las conquistas civilizatorias ya alcanzadas por la humanidad, deshaciendo el nudo histórico y allegando las condiciones para la construcción de una sociedad de iguales en la libertad, una sociedad donde ‘cada cual tenga el espacio necesario para el desenvolvimiento esencial de su vida’, ‘para hacer

valer su verdadera individualidad¹⁵.

Pero la reconstrucción de la conciencia de clase y socialista no puede fundarse en la sola crítica del capitalismo, por completa, precisa y justa que sea. Necesita, para alcanzar amplitud y solidez, sustanciarse en el reconocimiento de la ventaja civilizatoria que el proyecto emancipatorio representa respecto del estado de cosas existente. El proyecto emancipatorio tiene que mostrar, evidenciar, su superioridad. Tanto más cuanto que el desafío/dilema se debate contra la frustrada experiencia del siglo XX.

El Socialismo como proyecto tiene que formularse como una democracia socialista. Una revolución democrática, porque no solo recupera la democracia formal de su vaciamiento de contenido bajo el capitalismo y la desigualdad social estructural, porque es una combinación de democracia representativa, directa y de soviétismo (consejismo), y porque desborda los límites de lo jurídico-formal para constituirse en una verdadera democratización de lo político y de la administración, de la actividad económica, del clima cultural -como reconocimiento de la diferencia en la identidad colectiva, como universalidad diferenciada-, y de toda la vida social, sobre la base del control ciudadano-popular. Y es también una democracia revolucionaria, porque se defiende con implacable determinación de sus enemigos, conflicto inevitable en el período de transición, porque los explotadores no renunciarán graciosamente a la vida privilegiada de la que disfrutaban, al dominio y al estatus¹⁶.

La posibilidad de una creciente democratización de la vida social, y el concomitante retroceso del carácter coercitivo del Estado, hasta su completa superación, está siempre en relación con el avance de las fuerzas productivas, como condición de posibilidad de la imprescindible reducción de la jornada laboral, y el incremento del nivel cultural, condiciones necesarias para avanzar en

15 Marx/Engels, *LA SAGRADA FAMILIA*. Ed. Claridad, Buenos Aires. Pág. 146.

16 Lo único que puede llevar los enfrentamientos de la revolución y la transición a su mínima expresión es la masividad de la conciencia socialista del movimiento social, la extensión y fuerza del apoyo social consciente, y la magnitud de la solidaridad internacional, de la ola de entusiasmo y optimismo que despierte entre los más distintos y distantes pueblos del mundo. De todo ello hay evidencia contundente en la historia del siglo XX, cosa que el escepticismo convenientemente decide ignorar.

el control y la gestión ciudadano-popular, única forma por lo demás de frenar y combatir las tendencias burocráticas inherentes a todo Estado y organización.

En un plano histórico muy general, la escasez de bienes materiales, de recursos y medios necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas, es el factor clave para entender las tensiones y conflictos sociales: “en una sociedad con un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, en la cual todos traban una ardua lucha con los restantes para obtener lo suficiente para vivir, sacado de un rendimiento nacional demasiado bajo para ser distribuido, se torna necesario un fuerte dispositivo de fiscalización”¹⁷; de ‘vigilancia y control, de arbitraje’. En un sentido histórico general, el Estado, como aparato coercitivo, regulador, está íntimamente ligado a la existencia de conflictos sociales, y estos conflictos por su vez a una cierta escasez de recursos. El proceso de erradicación de la escasez relativa pone las condiciones definitivas de la superación del individualismo competitivo, y, sobre tal base, del Estado. El reino de la libertad es el reino de la abundancia; el horizonte emancipatorio está en relación con la superación del reino de la necesidad, con la superación de la economía, como dimensión de lo social. La solidaridad es necesaria para la verdadera libertad, para que los individuos puedan realizar sus capacidades y aspiraciones; pero una comunidad de iguales en la libertad, forjada sobre valores y principios solidarios, solo puede consolidarse sobre la base de la definitiva superación de la escasez. El socialismo es la construcción económica, política y cultural de la superación de la escasez.

El proyecto socialista tiene que mostrar que, en el terreno de lo económico y de la innovación tecnológica, por un lado, es capaz de mantener la enorme capacidad del capitalismo para impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad, el conocimiento y capacidad de control racional del entorno que habitamos (que, por su carácter contradictorio, tienden a convertirse en fuerzas destructivas), como condición ineludible para avanzar

17 Mandel, Ernest. “Teoría Marxista do Estado”. <https://www.marxists.org/portugues/mandel/ano/mes/teoria.htm>

Bajo el capitalismo la escasez es relativa porque resulta, en parte, de la desigual distribución y acceso a los recursos y goces.

en la reducción de la jornada laboral, del tiempo que necesitamos dedicar a la producción de las condiciones sociales de la existencia, sin lo cual la gran mayoría de las personas no tiene posibilidad real de disponer del tiempo necesario, ni de acceder a los recursos culturales, que resultan la condición de posibilidad de una efectiva participación política y una genuina democracia social; y por otro, de conducir una forma de desarrollo de las fuerzas productivas mucho más racional que el capitalismo, ambientalmente equilibrada, no suicida.

El socialismo tiene que evidenciar, luego de la monstruosa deformación despótico-burocrática del siglo pasado, que es una verdadera y consecuente defensa de la libertad personal. Tomar al marxismo como una propuesta de colectivismo solo puede ser manifestación de ignorancia, mala intención, o alguna combinación de ambas. Para el marxismo el objetivo del proyecto emancipatorio, lo que lo hace digno de tal título, es alcanzar la mayor libertad personal posible, la más amplia capacidad de realización personal, para todos los seres humanos, en las condiciones sociales, culturales y tecnológicas, cambiantes, de la época.

El liberalismo es una falsa defensa de la libertad y la defensa de una falsa libertad: sacrifica la verdadera libertad al mecanismo ciego del mercado, y la libertad que realmente defiende es la libertad del mercado, una alienante pseudolibertad. Lo mejor de su legado, del liberalismo revolucionario clásico, el derecho a la individualidad, a la intimidad, y el laicismo, ha sido incorporado, como principios constitutivos, al humanismo socialista.

El proyecto emancipatorio tiene que mostrar que la sociedad postcapitalista de transición pone el marco histórico-social para una real emancipación humana. Uno de los rasgos que evidencia el callejón sin salida que el capitalismo es, está dado por la rígida separación de trabajo y disfrute. Civilizatoriamente, de lo que se trata es de recuperar el trabajo como una actividad interesante, un despliegue gratificante y enriquecedor de las fuerzas físicas y espirituales de los seres humanos, como exteriorización no alienante, sino constitutiva y autorrealizadora, como constructor de tejido social potenciador de las capacidades y aspiraciones de los individuos, una entrega de esfuerzo y talento que no se transfigu-

re en mundo opresivo (no 'ideas regulativas', proyecto histórico). El trabajo como algo que da (que contribuye a dar, de manera principal) sentido a la vida, que realiza y satisface, y que además es precondition, dependiendo del nivel de desarrollo alcanzado, para gozar y ampliar el tiempo libre. André Gorz¹⁸, entre otros, ha mostrado con sobrada solidez, que en las condiciones culturales, organizativas y tecnológicas imperantes hace ya dos décadas, se ha hecho, más que posible, del todo factible una económicamente racional reducción de la jornada de trabajo, sin reducción de las remuneraciones, justamente porque se da sobre la base de un espectacular aumento de la productividad del trabajo, claramente en los países avanzados, pero no solo, por la vía de la redistribución del tiempo de trabajo socialmente disponible y necesario; una redistribución técnica y económicamente factible, y sobre todo socialmente racional, si se considera la tendencia y ritmo del constante incremento del rendimiento del trabajo. Sin reducción de la jornada de trabajo y redistribución, solo podemos esperar un inevitable aumento de la desocupación, de acuerdo a la lógica mercantil.

En un contexto de proliferación de tecnologías ahorradoras de trabajo, problemas de subconsumo, por el desempleo y bajos salarios, que empantanan la economía, y, particularmente relevante, de sobreacumulación en las corporaciones, la reducción de la jornada y redistribución del tiempo de trabajo disponible, sin reducción de las remuneraciones, es la única salida racional, en el mejor sentido. Lo que lo impide es el obtuso afán de los grandes capitales de apropiarse superganancias a partir del incremento de la productividad (sin aumentar la producción), y, desde ahí, de la tasa de explotación. Como esas superganancias no pueden reinvertirse en el proceso productivo, por el represamiento de la capacidad de consumo, se dirigen a los circuitos financieros (aparte del consumo suntuario, de una minoría), en busca de alguna rentabilidad, donde refuerzan la financierización del sistema, y donde terminan alimentando los fundamentos de una crisis que tiende a tornarse crónica, por la persistente debilidad de la demanda, producida por la ofensiva sobre los salarios. Siendo

18 Gorz, André. *MISERIA DEL PRESENTE, RIQUEZA DE LO POSIBLE*, Ed. Paidós, Madrid, 1998.

que la salida racional, técnica y organizativa, se encuentra ya disponible, la explicación obvia de todo este descamino radica en el carácter insuperablemente irracional del capitalismo.

Concluyendo

El proyecto emancipatorio se construye en las luchas de resistencia de millones en todo el mundo; en las demandas de movimientos sociales diversos, que recogen y dan forma a sensibilidades y aspiraciones de múltiples individuos y grupos, en lucha contra formas anacrónicas de opresión, que coartan derechos y truncan expectativas, que humillan y desarman; sobre todo, en las luchas del pueblo trabajador, del viejo proletariado, más allá de toda su diferenciación, contra la ofensiva del capital sobre sus condiciones de trabajo y por mejorar sus condiciones de vida y las posibilidades de sus hijos. En el mundo, 4 mil millones dedican 70-80% de su tiempo activo a trabajar (tal es la centralidad del trabajo en la vida y la identidad, y la dimensión de la refutación de la tesis central de Gorz).

A esta contundente realidad social responde, como necesidad histórica ('lo racional es real, Hegel), el proyecto emancipatorio, la lucha por la transición al socialismo, como salida progresiva a la crisis civilizatoria, como marco histórico-social, material-cultural, de la libertad, del derecho a la intimidad y el libre despliegue de la individualidad, condición efectiva de la realización personal, de la solidaridad, de la igualdad de condiciones, derechos y oportunidades, del enriquecimiento de la vida, de la reconciliación de los seres humanos con el mundo que construyen, y consigo mismos, de la autodesalienación.

Es por todo ello que **sin superación del capitalismo, no hay proyecto emancipatorio**. La emancipación, como todo, es multidimensional, pero la abolición de la explotación del trabajo y de su fundamento, la propiedad privada de los medios de creación de la riqueza y de la construcción de la vida social, es una condición absoluta de posibilidad, porque es el fundamento primero y último de todo el orden social, y, por tanto, de todas las formas funcionales de opresión, en su relativa autonomía en

el proceso más amplio de la reproducción social.

Hoy, como en octubre de 1917, en la 'atrasada y bárbara Rusia', solo la confluencia de la acción consciente y decidida de los trabajadores, de todos los explotados y oprimidos, junto a la intelectualidad crítica y comprometida, siempre crucial, de todos aquellos, en fin, que aspiran a un futuro de libertad, igualdad y solidaridad, puede abrir el horizonte a posibles vías de superación progresiva de la crisis civilizatoria a la que ha conducido el orden capitalista. De lo contrario, nadie debiera permitirse descartar que la frustración y el cansancio, el desconcierto y el cinismo, acaben abriendo las puertas más bien de una aberrante involución social. Socialismo o barbarie! Rosa Luxemburg...

BIBLIOGRAFIA

Borón, Atilio (comp.). *LA TEORIA MARXISTA HOY*. CLACSO. Buenos aires. 2006.

Broue, Pierre. *TROTSKY Y LA REVOLUCION FRANCESA*. CEIP León Trotsky. Buenos Aires. 2009.

Callinicos, Alex. *CONTRA EL POSTMODERNISMO*. Ed. El Ancora. Bogotá. 1993.

Eagleton, Terry. *PORQUE MARX TENIA RAZÓN*. Ed. Península. Barcelona. 2011.

Elias, Norbert. *EL PROCESO DE LA CIVILIZACION*. Ed. FCE. México. 1987.

Engels, Friedrich. *ANTIDUHRING*. Marxist Internet Archive. 2003.

Engels, F. *LUDWIG FUERBACH Y EL FIN DE LA FILOSOFIA CLASICA ALEMANA*. Marxist Internet Archive. 2000.

Gorz, André. *MISERIA DEL PRESENTE, RIQUEZA DE LO POSIBLE*, Ed. Paidós, Madrid, 1998.

Harvey, David. *DIECISIETE CONTRADICCIONES Y EL FIN DEL CAPITALISMO*. Ed. IAEN. Quito. 2014.

Katz, Claudio. *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*. Ed. Herramienta. Buenos Aires. 2004.

Lowy, Michael. “La dialéctica de la civilización: barbarie y modernidad en el siglo XX”. Rev. Herramienta #22. Buenos Aires. 2003.

Mandel, Ernest. *EL PODER Y EL DINERO*. Ed. Siglo XXI. México. 1994.

Mandel, E. *TEORIA MARXISTA DEL ESTADO*. Marxist Internet Archive. 2011.

Marx, Karl. *EL CAPITAL*. Ed. Siglo XXI. Madrid. 2010.

Marx/Engels, *LA IDEOLOGIA ALEMANA*. Ed. Pueblo y Educación. La Habana, 1982

Marx/Engels. *LA SAGRADA FAMILIA*. Ed. Claridad. Buenos Aires. 2008.

Moreno, Nahuel. *CONVERSACIONES CON MORENO*. Ed. Marxismo Vivo. S. Paulo. 2017.

Trotsky, Leon. *LA REVOLUCION TRAICIONADA*. Marxist Internet Archive. 2010.

Vega-Cantor, Renán. “Crisis Civilizatoria”. Rev. Herramienta # 42. Buenos Aires. 2009.

VII

Las mujeres a la vanguardia: una mirada a la Revolución Rusa

Heidy Valencia Espinoza / Militante del NPS y Las Rojas

El cambio de época histórica siempre se puede determinar por el avance de las mujeres hacia la libertad, porque aquí, en la relación de la mujer con el hombre, del débil con el fuerte, la victoria de la naturaleza humanidad sobre la brutalidad es más evidente. El grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general."

Marx y Engels, La sagrada familia

En el centenario de la Revolución Rusa, resulta ineludible referirse al impacto que ésta tuvo en la organización de las mujeres. Desde luego, sobre este proceso revolucionario se puede reflexionar y estudiar enormemente, dado que ha sido el momento de mayor gloria para la clase obrera, no obstante, el peso que tuvo para las mujeres ha sido abordado a modo de acápites en la historiografía de la Revolución Rusa, por lo que, en este ensayo se pretende ahondar en el papel de las mujeres previo a la revolución,

en la intervención directa, así como en las conquistas.

En primer lugar, se mencionarán brevemente luchas históricas de las mujeres con el propósito de contextualizar momentos históricos caracterizados por su impronta. En segundo lugar, se revisarán las políticas más importantes del partido bolchevique en torno a la condición de la mujer. Posteriormente, se abordarán aspectos sobre la lucha de las mujeres y su relación con el estallido de la revolución. Asimismo, se retomarán figuras de revolucionarias claves en la orientación política y económica. Además, se expondrán las principales conquistas con miras a la liberación de las mujeres, así como los retrocesos perpetrados por la paulatina burocratización. Finalmente, se señalarán las tareas históricas planteadas para el feminismo socialista a 100 años de la Revolución Rusa.

En el desarrollo del ensayo se hablará de “mujeres” para referirse a diferentes movimientos que han levantado luchas feministas o en el caso de la Revolución Rusa en alusión a las mujeres trabajadoras pilares en el proceso revolucionario. Dicha aclaración sirva para despejar dudas, no se habla de mujeres de todas las clases sociales, sino de las rebeldes, revolucionarias, trabajadoras, “las de abajo”, oprimidas y explotadas con dobles o triples jornadas laborales, también las jóvenes, las que en este siglo conforman una recomposición de una nueva clase obrera.

De esta manera, con el feminismo socialista se reivindica la categoría “mujeres” en tanto oprimidas y explotadas, con fines estratégicos para la lucha política que posibilite su liberación, la misma liberación que requiere la clase trabajadora, que se empezó a forjar hace 100 años, pero consciente de que su liberación será en unidad con la clase obrera, con la población sexualmente diversa, es decir en conjunto con los demás sectores oprimidos y explotados.

Las mujeres frente al cañón

Existen dos experiencias en la historia de las luchas de las mujeres de gran envergadura que son fundamentales para profundizar en el análisis del papel de las mujeres para el inicio y el

sostenimiento de los procesos. Ambos ejemplos acontecidos en Francia, lugar central en el desarrollo del pensamiento político: la Revolución Francesa y la Comuna de París.

La Revolución Francesa negó la ciudadanía a las mujeres

Aunque la Revolución Francesa fue dirigida por la burguesía, las mujeres participaron activamente formando parte de los *sans-culottes*, es decir, de los miserables, porque estando ellas a cargo de la casa y las familias, estaban percatadas del encarecimiento de la comida, es más, desde antes de la revolución se manifestaban por la regulación del precio del pan, tuvieron un rol sumamente importante. No obstante, no lograron conquistas de signo feminista con la revolución, de hecho, en 1795 la convención francesa prohibió a las mujeres la participación política. También, con Napoleón quedaron recluidas a las labores del hogar.

En este sentido, se puede afirmar que la revolución burguesa fue incapaz de avanzar en la liberación de las mujeres. Posteriormente, con el desarrollo de la industria textil las mujeres se incorporaron a la producción de capital, empezaron a organizarse sindicalmente y a expresar solidaridad con el movimiento obrero organizado, a pesar de la oposición de las corrientes anarquistas de aquel momento, sobre todo de Proudhon (incluso la I Internacional) quien consideraba que el destino de la mujer era el hogar o ser prostituta.

Entonces, las mujeres organizadas desarrollaron con sus propias fuerzas la lucha por avanzar en la liberación de sus cadenas, al lado de la clase obrera, en la lucha por la liberación de las clases sociales. Así, con la Comuna de París se incorporan a la lucha por la igualdad de derechos.

La lucha de la Comuna: una ruptura con la burguesía

Para la época de la comuna ya existían experiencias en luchas revolucionarias. Las mujeres rompieron con el aislamiento del

hogar a partir de las protestas contra el hambre y la carestía. Además, en 1871 las mujeres ven la posibilidad de romper con el código napoleónico que establecía que eran propiedad de su marido.

Las mujeres fueron las primeras en 1870 que alertaron sobre el gobierno que pretendía retirar los cañones y desarmar París ante la avanzada de Prusia, lo cual significaba la instauración de un gobierno de defensa nacional y el sitio de París; ellas lo impidieron, se colocaron frente al ejército sobre los cañones. En esta revuelta destacó la participación de la comunera Louise Michel.

De ahí surge el poder revolucionario comunal, el cual, entre una serie de medidas progresivas, proclamó la igualdad de las mujeres. Este fue un ejemplo de que solo el proletariado puede avanzar en las tareas democráticas que la burguesía no puede cumplir. Las mujeres, junto a la Comuna se armaron y resistieron ante las tropas francesas y de los prusianos, se organizaron en clubes políticos y sindicatos.

¿Cuál fue la política del partido bolchevique para las mujeres?

Durante el año 1914 se marca una ruptura determinante para el partido bolchevique. Por un lado, fue en ese año que los partidos de la II Internacional votaron a favor de la guerra mundial imperialista, apoyando los créditos de guerra y con ello a sus respectivas burguesías nacionales. En ese marco, los bolcheviques (también los espartaquistas, entre otros) defendieron una postura revolucionaria en torno a la guerra imperialista y al sufragio femenino (rechazado por la II Internacional bajo el argumento de que era una lucha burguesa) sobre la cual reconstruyeron una nueva internacional marxista.

Por otro lado, ese mismo año, por iniciativa de Aleksandra Kollontai, los bolcheviques comenzaron un trabajo propagandístico con el periódico *Rabotnitsa*, dirigido a las mujeres trabajadoras. En su comité de redacción estaban Nadezhda Krupskaya, Innessa Armand, Stahl, Kollontai, Anna Ulianova-Eliazarova, Praskovia Frantsevna Kudelli, Damailova y Klavdia Nikolayeva,

junto a trabajadoras de San Petersburgo dedicadas a desarrollar la lucha revolucionaria.

Tanto Kollontai como Lenin pretendían involucrar a las mujeres en el partido, los soviets y el Estado. Además, trabajar a lo interno de los soviets para impulsar una conciencia sobre la necesidad de las reivindicaciones específicas de las trabajadoras, tarea que para las militantes bolcheviques también se planteaban dentro del mismo partido: la necesidad de consolidar la conciencia sobre la emancipación de la mujer como requisito para la liberación de la humanidad.

Sin embargo, dicha tarea no era sencilla. Involucrar a las mujeres y politizarlas suponía romper con el obstáculo del aislamiento dentro de la familia, particularmente la campesina, cabe recordar que para 1917 el 80% de la población era campesina. Asimismo, era un obstáculo la oposición de los maridos y padres a la participación de las mujeres en la política.

Por eso, los bolcheviques (con la orientación de Kollontai, secundada por Lenin) asumieron que para sumar a las mujeres debían tener organizaciones y propaganda con este objetivo. Con esta política, Lenin manifestó en múltiples discursos y escritos que para los bolcheviques constituía un enorme problema la opresión a la mujer, puesto que, el programa bolchevique consistía en abolir toda tortura y opresión. Además, sostuvo como tarea política desarrollar la actividad del partido entre las mujeres trabajadoras, educarlas, prepararlas para formar parte de la economía y el gobierno, librándolas del trabajo doméstico que debía pasar a ser responsabilidad de la sociedad, y no de la familia.

Esta tarea política cobraba particular importancia porque para este período se estimaban 20 millones de mujeres trabajadoras en la Rusia zarista. Se calcula que 10 millones se dedicaba al trabajo doméstico, mientras que 4 millones eran obreras industriales. Para febrero de 1917, casi la mitad de la clase obrera de Petrogrado eran mujeres. Por eso, Lenin sostuvo que no bastaba tener mujeres revolucionarias en sus filas, sino que era un imperativo ganar a millones de mujeres trabajadoras de la ciudad y el campo para conseguir un verdadero movimiento de masas y para la lucha por la transformación comunista de la sociedad.

“Estas deben saber que, para ellas, la dictadura proletaria significa la plena equiparación con el hombre ante la ley y en la práctica, dentro de la familia, en el Estado y en la sociedad, así como también el estrangulamiento del poder de la burguesía.”
(Clara Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*)

De esta manera, por presión principalmente de Kollontai y Lenin, los bolcheviques se dotaron de una orientación, sobre todo a partir de 1914 para dirigirse a las mujeres trabajadoras por ser una pieza clave en la transformación de la sociedad, porque además constituían una gran parte de la clase obrera, pero también porque las mujeres rusas se encontraban en una situación de esclavitud familiar, la revolución socialista no sería sin ellas y ellas no serían libres sin la dictadura del proletariado.

El momento de tomarse el cielo por asalto

La revolución de febrero arrancó con una huelga encabezada por las obreras de la industria textil en la barriada fabril de Viborg que reclamaban pan y el fin de la guerra. Al igual que en París, fueron las mujeres quienes espontáneamente protestaron contra la carestía del pan. La parte más oprimida y explotada del proletariado cargaba sobre sí la doble jornada, además de trabajar en la fábrica, debían velar por sus hijos, hacer filas interminables para conseguir alimento, a pesar del frío invierno ruso, mientras sus esposos estaban en la guerra. El movimiento prontamente se propagó a los barrios de Petersburgo.

En el Día de la Mujer, 90 000 obreras se dirigieron a la Duma pidiendo pan, contra la escasez y contra las muertes producto de la I Guerra Mundial. Ese fue el inicio del asalto al paraíso, las mujeres en huelga marchaban combativas gritando: ¡Queremos pan! ¡Abajo el zar! La furia por las penurias y la miseria se transformó en acción callejera. El movimiento se incrementó los siguientes días, cuando se sumaron cerca de la mitad de los obreros industriales de Petrogrado, comenzando una huelga general. Así, se acrecentaron las exigencias contra la guerra y la autocracia.

En pocos días, el zarismo se derrumbó, formándose un gobierno provisional, el poder pasa a manos de la burguesía liberal, prime-

ro a Lvov, luego a Kerenski, pero nació otro poder, surgieron consejos de delegados de la clase obrera, comités de campesinos y soldados. Los soviets -organismos nacidos durante la revolución de 1905, democráticos y de la clase trabajadora- se reactivaron.

La participación de las mujeres en el proceso revolucionario no se redujo a su explosión, sino que devino creciente. Se realizaron reuniones de obreras de grandes fábricas para sumarse a la lucha por los derechos de la clase trabajadora. Así, se logró el sufragio femenino, cuando en abril 40 000 mujeres se movilizaron en Petrogrado, conquista arrancada al gobierno provisional. Sin embargo, el gobierno provisional no cumple con las promesas, por lo que, miles de lavanderas dirigieron una huelga contra el gobierno provisional para exigir aumento salarial y mejores condiciones de trabajo.

En este periodo de radicalización, varias dirigentes bolcheviques, entre ellas: Kollontai, Goncharskaia e Inessa Armand, tuvieron una política de organización de las trabajadoras, recorrieron lavanderías y fábricas, dieron discursos, llevaron el periódico y organizaron reuniones, es decir, prepararon la revolución de octubre.

Quizás, lo más sorprendente de la Revolución Rusa fue que no haya sido esperada, que el partido bolchevique no se imaginara que la revolución socialista comenzase en Rusia, país tan atrasado en relación con Alemania, por ejemplo. De hecho, para el caso ruso se consideraba que debía haber previamente una revolución democrática burguesa que derribara el zarismo para posteriormente impulsar una revolución socialista. Sin embargo, la realidad resulta más compleja que la teoría, se impuso la ley del desarrollo desigual y combinado desarrollada por Trotsky para explicar los acontecimientos de 1917.

La gran paradoja de la Revolución de Febrero es que no haya sido dirigida por los bolcheviques. Esta insurrección fue impulsada por obreras y obreros conscientes, pero eso no bastó para asegurar su triunfo, el poder arrebatado a la monarquía pasó a manos de la burguesía liberal, pero la burguesía no era capaz de llevar a cabo las transformaciones que la clase obrera, el campesinado y las mujeres requerían.

El partido bolchevique se dota de una orientación hasta abril con la llegada de Lenin a Petrogrado tras la emigración. En palabras de Trotsky *“el proletariado no había tomado el poder en febrero porque el partido de los bolcheviques no estuvo a la altura de su misión objetiva y no pudo impedir que los conciliadores expropiaran políticamente a la masa del pueblo en provecho de la burguesía.”* (2012: 247)

Así, mientras la conferencia bolchevique se concentraba en las tareas democráticas de la revolución, a través de la Asamblea Constituyente, Lenin se centró en la revolución y la dictadura del proletariado. Lenin habló de la toma del poder, a pesar de que los bolcheviques aún eran una minoría en los soviets, pero su política se sintetizó en la intervención en los soviets, en una labor crítica para librar a las masas del engaño y de la confianza en la burguesía.

En sus tesis del 4 de abril, Lenin sostuvo que al ser Rusia uno de los países más atrasados de Europa, rural y con un gran componente campesino, podría ser la antesala de la revolución socialista mundial, con base en la experiencia de 1905. A pesar de la oposición a las tesis leninistas, con la discusión, triunfó el cambio de orientación del partido bolchevique. De esta manera, para setiembre, los bolcheviques eran mayoría en los soviets, y dirigidos por Lenin asaltaron el Palacio de Invierno en octubre.

Como dijera Kollontai, fueron cientos de miles de heroínas anónimas que marcharon junto a los trabajadores y campesinos tras la bandera roja y los soviets pasando por encima de la teocracia zarista hacia un nuevo futuro.

El mayor intento de emancipación de la mujer

“Para llegar a ser verdaderamente libre, la mujer debe desprenderse de las cadenas que le arroja encima la forma actual, trasnochada y opresiva, de la familia. Para la mujer, la solución del problema familiar no es menos importante que la conquista de la igualdad política y el establecimiento de su plena independencia económica.” (Kollontai, Los fundamentos sociales de la cuestión femenina)

Sin ningún titubeo, se puede afirmar que la Revolución Rusa ha sido la experiencia histórica que más se ha acercado a la emancipación de la mujer, tanto por el papel de las mujeres durante el proceso (las anónimas y las bolcheviques), como por las conquistas que se fueron implantando, pero sobre todo porque una de las grandes tareas de la revolución fue avanzar hacia la construcción de una sociedad que liberara a las mujeres de la “esclavitud doméstica”, es decir, que acabara con la familia burguesa para construir relaciones sociales que no se basaran a la dependencia económica, sino en la liberación de la mujer.

El papel de las bolcheviques en la Revolución Rusa

En el apartado relacionado con la orientación del partido bolchevique hacia las mujeres trabajadoras se introdujo el papel de las militantes. Sin embargo, es de suma importancia detenerse a retomar su participación para comprender aún mejor los avances de la Revolución Rusa en torno a la emancipación de la mujer, es decir la profundidad de la revolución.

Aleksandra Kollontai, quizás la más destacada revolucionaria, fue nombrada comisaria del pueblo de Bienestar Social, fundó junto a Inessa Armand y otras militantes del partido el Zhenotdel en 1919 -secretaría de mujeres del partido- que tuvo el objetivo de incorporar a las mujeres obreras y campesinas a la política y el gobierno a través de su educación y liberación de la esclavitud familiar. Estuvo a cargo de la publicación de varios periódicos destinados a mujeres trabajadoras y campesinas, entre ellos: *Kommunistka* y *Rabonitsa*, en los cuales desarrolló las políticas revolucionarias dirigidas especialmente a las mujeres obreras de Petrogrado en el período de guerra civil. Además, tuvo un papel como embajadora de la URSS, siendo la primera mujer que formó parte de un gobierno.

Inessa Armand, otra destacada militante revolucionaria, fue secretaria del Comité de Organizaciones Extranjeras, organismo encargado de coordinar a los bolcheviques en Europa Occidental. Trabajó como redactora de *Rabonitsa* y junto a otras militantes bolcheviques dio varios discursos contra la I Guerra Mundial.

También, dirigió el Consejo Económico de Moscú, así como el Zhenotdel, del que fue responsable.

Estas y otras líderes bolcheviques como Krupskaya, fueron claves para dotar al partido bolchevique de políticas dirigidas a las mujeres obreras y campesinas que las sumara a las filas de la revolución y a ser protagonistas de la transformación que las libra de sus cadenas, por ejemplo, las militantes bolcheviques impulsaron el primer Congreso de mujeres trabajadoras de Rusia. Estas revolucionarias, sin lugar a dudas, sentaron las bases del feminismo socialista.

Las conquistas para la emancipación de la mujer

El impacto de la Revolución Rusa sobre los derechos de las mujeres fue tal que en un corto tiempo se obtuvo más conquistas que en cualquier régimen del sistema capitalista. Por eso, aunque no se haya alcanzado un estadio de total emancipación de la mujer, así como tampoco de una sociedad comunista, sí se puede aseverar que se consiguieron importantes conquistas que tenían como política la liberación de las mujeres.

Partiendo de la lectura marxista, el patriarcado surge con la propiedad privada, cuando se establece la familia como institución que se encarga del trabajo doméstico y del cuidado de los niños y niñas. En esa medida, su destrucción supone tanto la abolición de la propiedad privada como de la familia burguesa, ambos objetivos incorporados en el programa político del partido bolchevique que se fue concretando con la Revolución Rusa a través de varias medidas.

Durante el zarismo, las mujeres debían ser sumisas y obedientes a su marido. El marido era dueño de la esposa como una posesión más, podía decidir si la esposa trabajaba o no, sin su consentimiento la mujer no podía incorporarse al mundo laboral. Además, este pasaba a ser dueño de la herencia que recibiera la esposa. Por si fuera poco, el divorcio era sumamente complejo de obtener, pues la Iglesia se encargaba de otorgarlo. Así, las mujeres estaban sujetas a dobles o triples jornadas, con jornadas de trabajo extenuantes, en el caso de las campesinas en condiciones de semi esclavitud.

Las conquistas de la revolución no se hicieron esperar para las mujeres. Con la Revolución Rusa se abolió el código penal zarista, es decir, se legalizó el aborto y el divorcio. Además, se despenalizó la homosexualidad y el adulterio. Asimismo, con la legislación soviética se reconoció igualdad de derechos a las mujeres, se estableció el derecho al voto de las mujeres, igualdad salarial y seguro de maternidad. También, con el Código sobre el Matrimonio, la Familia y la Tutela, establecido en 1918, se creó el matrimonio civil, se incluyó el divorcio sin justificación y se reconoció el derecho de los hijos nacidos fuera del matrimonio.

Con fines comparativas, basta contrastar los años en los que se conquistaron derechos democráticos para las mujeres en países claves para la democracia burguesa: Francia y EEUU, con Rusia, país atrasado en términos capitalistas, pero con grandes conquistas para las mujeres y la clase trabajadora a partir de la revolución. Existen dos derechos democráticos claves para las mujeres: el sufragio femenino y el derecho al aborto, ambos conquistados en Rusia tras la revolución de 1917, pero más tardíamente en países capitalistas destacados por sus regímenes democráticos burgueses.

El derecho al sufragio femenino fue conquistado en Francia hasta 1945, en EEUU en 1920, pero hasta 1967 pudieron votar las mujeres negras, mientras que en Rusia se garantizó el sufragio femenino a partir de 1917. El derecho al aborto fue obtenido en EEUU en 1973, en Francia hasta 1974, mientras que en Rusia se legalizó el aborto en 1920. A través de estos datos, se demuestra que la Revolución Rusa fue capaz de garantizar derechos democráticos básicos para las mujeres mucho antes que los países imperialistas.

En síntesis, los pilares de la Revolución Rusa en relación con la lucha feminista de aquella época, consisten en la eliminación de la familia burguesa y en la socialización del trabajo doméstico, por lo que se crearon comedores, centros de cuidado y lavanderías colectivas para trasladar el trabajo doméstico de la esfera privada que esclavizaba a la mujer al ámbito colectivo, lo que permitió la incorporación de mujeres a la esfera política y laboral.

Lo que no avanza, retrocede

“Tras la subordinación de la mujer se esconden factores económicos específicos, las características naturales han sido un factor secundario en este proceso. Sólo la desaparición completa de estos factores, sólo la evolución de aquellas fuerzas que en algún momento del pasado dieron lugar a la subordinación de la mujer, serán capaces de influir y de hacer que cambie la posición social que ocupa actualmente de forma fundamental. En otras palabras, las mujeres pueden llegar a ser verdaderamente libres e iguales sólo en un mundo organizado mediante nuevas líneas sociales y productivas.” (Kollontai, Los fundamentos sociales de la cuestión femenina)

Durante algunos años, la Revolución Rusa prometió avanzar en la construcción de nuevas relaciones sociales y económicas, por eso, tal como aseguró Kollontai, la posición social de la mujer evolucionó en cierta medida, pues los factores económicos que cimentaban la familia y las relaciones de dependencia económica fueron desapareciendo para abrir paso a relaciones sociales basadas en la libertad de elección. No obstante, la paulatina burocratización del proceso revolucionario implantada con Stalin significó un retroceso absoluto para la clase obrera, así como para las mujeres.

En el caso de las mujeres, dicho retroceso se puede rastrear en la década del 30, cuando la URSS ilegalizó el aborto -en 1936- promoviendo la “responsabilidad familiar”. Con esta política, Stalin adoptó la ideología burguesa, según la cual, la familia y la maternidad son un deber de la mujer asignado por la naturaleza. Además, la burocracia disolvió el Zhenotdel (sección femenina del partido), penalizó la homosexualidad y criminalizó la prostitución. En resumen, la burocratización estalinista se empeñó en el restablecimiento de las bases de la familia burguesa, opresiva, en oposición a las conquistas logradas por las y los bolcheviques.

De este modo, la contrarrevolución estalinista liquidó todas las iniciativas sobre la disolución de la familia y el Estado, con lo que se calculan unos 700 mil fusilamientos por oposición al régimen

entre 1936 y 1939, entre ellos los legisladores rusos que formularon algunas de las medidas soviéticas mencionadas anteriormente. De esta manera, logró imponerse el estalinismo, aplastando a la clase obrera, quitándole todo poder e instaurando un Estado burocrático.

Por eso, se puede decir que la revolución socialista en Rusia al verse truncada por la burocracia estalinista, no solo no tuvo oportunidad de avanzar hacia la plena emancipación de la mujer y la clase obrera, sino que retrocedió en derechos elementales conquistados durante el proceso revolucionario, sin embargo, las conquistas de la Revolución Rusa son totalmente reivindicables a 100 años de su consecución, puesto que, nunca antes la humanidad estuvo tan cerca de ser libre.

¿Por qué reivindicar el feminismo socialista en el S.XXI?

A partir de este recorrido por algunos procesos claves en la comprensión de la historia de la lucha de las mujeres, sobre todo de la experiencia rusa, se desprenden múltiples enseñanzas para la clase obrera y el movimiento de mujeres. Entre ellas, las más importantes: la clase obrera es la única capaz de encabezar una revolución socialista, pero esta revolución solo será emancipadora para el conjunto de explotados y oprimidos si las mujeres son protagonistas de la revolución, es decir, si se desarrolla una política con miras a su liberación.

En este sentido, a 100 años de la Revolución Rusa podemos afirmar que este momento histórico ha sido el más avanzado para la clase obrera y las mujeres. Por lo tanto, la tarea histórica para la clase obrera, las mujeres y la juventud de acabar con el sistema capitalista patriarcal tiene hoy más vigencia que nunca, puesto que la disyuntiva socialismo o barbarie se profundiza cada vez más. También, porque en este periodo el movimiento de mujeres ha estado a la vanguardia de las luchas a nivel mundial, por ejemplo, con el movimiento Ni una menos en América Latina, las manifestaciones el día de la toma de poder de Trump o las kurdas que combaten al Estado Islámico.

En este marco, el feminismo socialista tiene una gran pertinencia, tomando en cuenta su historia ligada a los movimientos de luchas de mujeres por sus derechos, en las cuales no solamente se ha cuestionado la opresión de las mujeres, sino también el conjunto de las relaciones sociales capitalistas. Esta tradición, aunada a las enseñanzas de la Revolución Rusa, son pilares en la construcción de un movimiento de mujeres que cuestione todas las relaciones de opresión y explotación y luche por construir nuevas relaciones sociales basadas en la liberación de las mujeres y la emancipación de la humanidad.

Por este motivo, las luchas de las mujeres no son ajenas a la lucha de la clase trabajadora contra el sistema capitalista. Por el contrario, el patriarcado (muy anterior al capitalismo) generó la división sexual del trabajo que con la propiedad privada se convierte en opresión para las mujeres. A su vez, el capitalismo, que se basa en la explotación de una clase sobre la otra, se aprovecha de las relaciones de opresión para que las mujeres realicemos el trabajo doméstico que no es considerado parte de la producción capitalista, pero es indispensable para la acumulación de capital.

En la lógica capitalista, el patriarcado devino compatible porque las mujeres se encargan de la reproducción de la vida (biológicamente, así como del trabajo que garantiza la fuerza de trabajo) en el ámbito privado, sin que el sistema capitalista deba invertir en el trabajo doméstico, entonces, este es resuelto exclusivamente por la familia, institución que es la base material de la opresión de las mujeres.

De esta manera, existe una unidad dialéctica entre las relaciones de opresión y explotación, ambas se sintetizan en la reproducción de la lógica capitalista patriarcal, pero a su vez, son problemáticas que conservan sus especificidades. Por eso, la lucha feminista socialista no se reduce a las reivindicaciones de las mujeres, sino que también lucha contra el conjunto de relaciones que oprimen y explotan a la clase trabajadora. No obstante, si no se adopta el feminismo, se invisibiliza al patriarcado, lo cual reduce la opresión a un producto de la explotación, es decir, la lucha por la liberación de las mujeres queda supeditada a un momento ulterior.

En resumen, las feministas socialistas nos organizamos y luchamos por construir un movimiento de mujeres anticapitalista y antipatriarcal con independencia de clase, que no confíe en el lobby parlamentario, que luche en las calles por sus derechos y por la transformación de todas las relaciones sociales, es decir, que luche también por la liberación de toda la clase trabajadora y demás sectores oprimidos, pero peleando para que la clase trabajadora acoja las reivindicaciones de las mujeres como parte de su programa de lucha, en pro de la emancipación del conjunto de la humanidad.

Así, a 100 años de la Revolución Rusa es inminente luchar por los derechos de las mujeres en unidad con las luchas de explotados y oprimidos, con un programa general por la emancipación de la humanidad. Pero a su vez, reconociendo las especificidades del patriarcado, peleando contra la familia capitalista patriarcal, por la socialización del cuidado y del trabajo, también por los derechos que el patriarcado nos ha negado históricamente, por el derecho al aborto libre, por la equiparación salarial, por una educación sexual laica, científica y feminista, por el derecho a vivir libres de violencia patriarcal.

Bibliografía

Goldman, Wendy (1993) *La mujer, el Estado y la revolución*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Kollontai, Alexandra. *Los fundamentos sociales de la cuestión femenina* (1907), Marxists Internet Archive visitado el 26 de agosto del 2017, <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1907/001.htm>

Marx, K. Engels, F. (1984) *La sagrada familia y otros escritos filosóficos de la época*. México: Grijalbo.

Perrot, Michelle (2009) *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Serge, Víctor (2010) *El destino de una revolución*. Barcelona: Los libros de la frontera.

Trotsky, León (2012) *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo 1. -2a ed. -Buenos Aires: Antídoto.

Zetkin, Clara (1975) *Recuerdos sobre Lenin*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.

